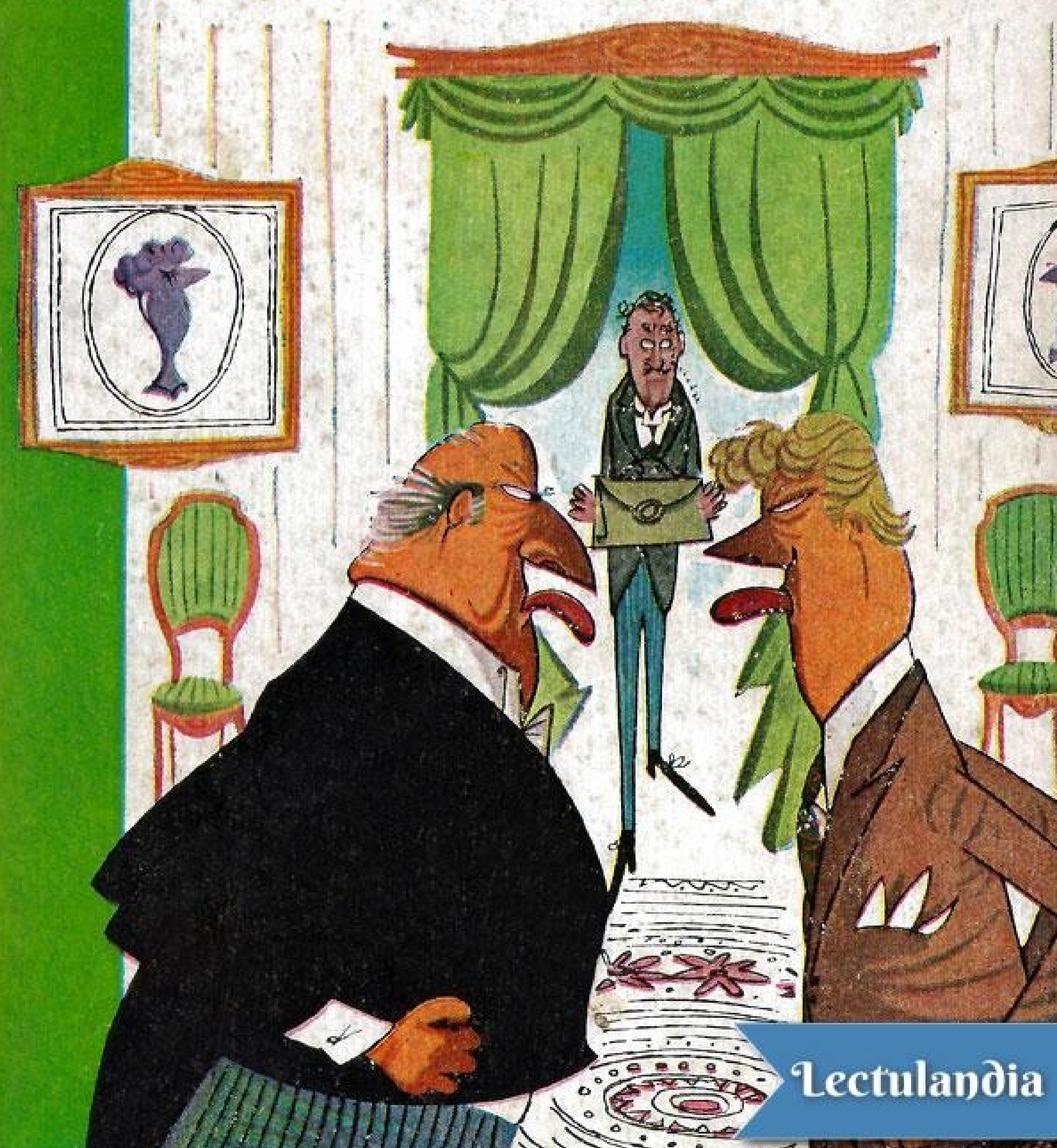
P. G. WODEHOUSE

SI YO FUERA USTED



Ha sido anunciado el compromiso matrimonial de Anthony, quinto conde de Droitwich, con la bella Violet Waddington, hija del fabricante de las famosísimas sopas (noventa y siete variedades) del mismo nombre. Todo hace presagiar uno de los acontecimientos sociales más destacados de la temporada. Pero la vieja nodriza de Anthony, que está enterada de todos los secretos de la familia Droitwich, especialmente de aquellos secretos que deben guardarse en lo más recóndito, se siente impulsada (por una afección cardíaca, una ansiedad sentimental y la afición que siente por el vino de Oporto) a revelarlos.

El anunciado compromiso matrimonial queda fulminantemente anulado. Un tremendo escándalo parece avecinarse… Pero las peripecias subsiguientes son de tal magnitud y resonancia, que dejan tamañito al más sonoro de los escándalos.

P. G. Wodehouse

Si yo fuera usted

ePub r1.0
GONZALEZ 07.09.15

Título original: *If I Were You*
P. G. Wodehouse, 1931
Traducción: Manuel Bosch Barret
Ilustración de cubierta: García Lorente

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

CAPÍTULO PRIMERO

A través de los amplios ventanales del salón de Langley End, la residencia campestre de Anthony, quinto conde de Droitwich, en el condado del Worcestershire, podían admirarse muchas cosas colocadas allí con intención de cautivar la mirada. Más allá del suave paseo enarenado que se perdía de vista detrás de un macizo de rododendros, se extendía un césped aterciopelado, alisado y cuidado a través de los siglos por generaciones enteras de asiduos jardineros. El césped se extendía hasta los bordes del lago circundado de árboles, y donde terminaba el agua comenzaban los bosques, trepando en masa ininterrumpida hacia lo alto de la colina. La mayoría de la gente que entraba en aquel salón, se detenía delante de uno de los ventanales, contemplando con veneración el paisaje, absorbida silenciosamente por aquella adorable escena.

Pero no le ocurría así a Charles, el ayuda de cámara de lord Droitwich. Todo esto era ya viejo para Charles. Además, estaba contestando al teléfono. La llamada lo había interrumpido en el momento en que disponía los adminículos para el té.

—Diga… —dijo Charles—. Sí, aquí Langley, 330. ¿Quién habla? ¿Quién…?

Slingsby, el mayordomo, entrando en aquel momento, le dirigió una mirada de reproche. Como todos los mayordomos, consideraba que contestar al teléfono era una misión que requería un tacto y una habilidad que estaban por encima del alcance de un simple ayuda de cámara. Para ello se requiere un mayordomo, y un buen mayordomo, además.

—Di… ga. Di… ga. Di… ga —repetía Charles.

Le expresión reprobadora se agudizó en el rostro lunar de Slingsby.

—¿Qué se figura usted que está haciendo, joven? —preguntó—. ¿Cree usted que estamos cantando una canción de caza?

—Llama Londres, míster Slingsby. Alguien que quiere hablar con milord.

—¿Quién?

—No he podido entenderlo, míster Slingsby. Hay muchos ruidos en la línea.

—Deme usted el aparato.

El mayordomo llevó el auricular a sus orejas, con el aire del hombre que no está dispuesto a oír decir tonterías.

—¿Quién es, por favor…? Hable, quiere… Acerque sus labios al… ¡Ah, el *Daily Express*…!

—¿El *Daily Express*? ¿Qué cree usted que quieren?

Slingsby no era hombre que tolerara conversaciones con los subordinados. Hizo con su pulgar un ademán autoritario y Charles, comprendiendo, se retiró.

—No —dijo Slingsby, dirigiéndose al lejano interlocutor—. No soy lord Droitwich. Soy el mayordomo de Su Excelencia… Su Excelencia está en el garaje y no puede ser molestado… Tampoco puedo contestarle preguntas referentes a los asuntos particulares de Su Excelencia. Si es verdad, no me cabe la menor duda de que

Su Excelencia informará de ello a «todos» los periódicos a su debido tiempo…

Hasta este punto, la actitud del mayordomo había sido un modelo de ceremoniosidad y compostura. Súbitamente, cambió y adoptó una actitud sorprendentemente humana.

—¡Eh…! —gritó—. ¡No cuelgue! ¿Quién ha ganado la de las dos y media?

Un ruido detrás de él le hizo volverse y mirar atemorizado por encima del hombro. Una mujer de comienzos de la media edad acababa de entrar por una de las grandes puertas de cristales. El mayordomo reconoció, sin la menor satisfacción, a la tía de su señor y dueño, lady Lydia Bassinger. Lady Lydia iba elegantemente vestida, como si tuviese que asistir a alguna ceremonia o festival. Acababa, en efecto, de regresar de la exposición local de floricultura.

—¿Quién es, Slingsby?

—El *Daily Express*, milady. Un periódico de Londres. Llamaban para cerciorar de si hay algún fundamento en el rumor que circula con persistencia por la metrópoli de que Su Señoría se ha prometido para casarse.

—¿Cómo?

—Sí, milady.

—Hablaré con ellos —dijo lady Lydia.

Tomó el receptor de la reacia mano del mayordomo.

—Hola, Freddie —dijo, al mismo tiempo.

—Hola… —dijo el exquisitamente ataviado joven que acababa de entrar en aquel momento. Se acercó a una mesa y tomó el periódico de la tarde—. ¿Llamaba alguien?

—Sí. El *Daily*… ¡Oiga…! ¿Está usted ahí…? ¿Cómo…? —En su mirada apareció una expresión mezcla de sorpresa y cólera. Se volvió hacia su sobrino como pidiendo compasión—. Al otro extremo del alambre hay un loco que se empeña en llamarme «Lindos Ojos Azules».

—Acaso haya un cruce en la línea, milady —dijo Slingsby, con una especie de sufrimiento mental—. Sí milady me permite…

Lady Lydia resistió la tentativa y no cedió el teléfono. Estaba escuchando. Y mientras escuchaba, una expresión sombría apareció en su rostro y se volvió hacia el mayordomo.

—¿Eh…? Ya… —Tapó el receptor con una mano—. ¿Tiene algún significado para usted, Slingsby, que «Lindos Ojos Azules», haya ganado la carrera de las dos y treinta en Gatwick? «Tomate», el segundo. «Yankee Pudibundo», tercero. ¿*En cuál* estaba usted?

El mayordomo la miró desconsolado, tragando saliva.

—«Ensalada de Frutas», milady.

—¡Asno! No ha llegado siquiera.

—Sí, milady.

—¿Quién ha sido el imbécil que le ha aconsejado a usted?

—Master Frederick, milady.

El honorable Freddie Chalk-Marshall levantó la vista del periódico.

—Lo siento, Slingsby, son cosas que ocurren…

—Le está a usted bien empleado —dijo Lydia severamente—, por creer lo que le aconseja master Frederick. Espero que habrá usted perdido un buen pico.

—Sí, milady —dijo Slingsby, saliendo de la habitación para estar a solas con su dolor.

Lady Lydia se volvió de nuevo hacia el teléfono.

—Oiga… ¿Está usted ahí?… Perdone mi breve interrupción. Hablaba de caballos con mi mayordomo. Ahora que hemos terminado nuestra disertación ecuestre, puedo decirle que está usted hablando con lady Lydia Bassinger, la tía de lord Droitwich. Mi marido fue el tutor de lord Droitwich durante su minoría. ¿Eh? ¿Qué? No, no lo creo. Estoy segura de que si hubiese tomado una determinación de esta importancia me hubiese hablado de ello. Llevo diez años viviendo con lord Droitwich, desde la muerte de sus padres, y… ¡Oiga…! ¿Se ha marchado? Bueno, adiós…

Colgó el receptor y se desplomó sobre un sillón.

—¡Dios mío! —dijo—. Me estoy derritiendo…

Freddie miró hacia los jardines que resplandecían bajo el radiante sol de pleno verano.

—Ya pensé que tendrías calor —dijo—. ¿Qué tal la exposición?

—Como de costumbre. Hemos ganado una Mención Honorífica por una calceolaria.

—¡Tres veces hurra! ¡Gloria al triunfo! —dijo Freddie—. ¿Y qué es una calceolaria?

—Una de estas flores que parecen calceolarias. Jamás he podido distinguir unas de otras.

—Ya veo… Has vuelto un poco temprano, ¿no?

—Sí —dijo lady Lydia—. Tu tío dijo que se sentía mal y temía tener una insolación. Aquí viene ahora… el granuja.

Un hombre de rostro rubicundo y cara acaballada, de unos diez años más que lady Lydia, entró alegremente en el salón. Su elegante traje y su reluciente chistera causaron la admiración de Freddie.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Los Grandes Amantes de la Historia!

Lady Lydia contemplaba sin pestañear a su apolillado marido.

—¡Ven aquí…, tramposo! —dijo.

—¡No soy ningún tramposo! Te he dicho que tenía miedo de desmayarme. ¿Quién quieres que no se desmaye con la asquerosa exposición esa, vestido de etiqueta y con chistera? Hacía más de treinta y siete grados a la sombra…

—No debías ponerte a la sombra —le reconvino Freddie.

—Bueno —prosiguió sir Herbert, compadecido de sí mismo—, lo que quisiera saber es por qué me tienen que meter en estos asuntos cada año…

—La familia debe estar representada, cariño —dijo lady Lydia.

—Bueno, ¿y por qué no la representa Tony? Es el jefe, el cabeza de familia. ¿Soy yo lord Droitwich o él? ¿Dónde está Tony? Supongo que tumbado en una hamaca en cualquier parte.

—Al contrario —dijo Freddie—. En el garaje, luchando denodadamente con su dos plazas.

Lady Lydia bajó la cabeza pensativa.

—Entonces la cosa está clara. No *puede* estar prometido con Violet Waddington. Si fuese así, estaría con ella.

—Se está bañando —dijo Freddie.

Sir Herbert lo miró.

—¿Prometido? ¿Quién dice que está prometido? ¿Qué lío es éste de estar prometido?

—El *Daily Express* parece creerlo así. Acaban de telefonear hace un momento.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Temo que sea culpa mía, tío Herbert —dijo Freddie.

—¿Tuya?

—Sí. Verás: mi amigo Tubby Bridgnorth acaba de tener su agarrada anual con su padre por haberle gastado unas bromas improcedentes relativas a su incipiente calvicie. Esto produjo algunas escaramuzas, y Tubby está ahora en la metrópoli, tratando de ganar cuatro honrados peniques escribiendo chismes sociales para los periódicos. Me pareció un deber de amistad darle el soplo de noviazgo de Tony de manera que le he puesto un telegrama después de almorzar.

—Pero…, solemne imbécil —dijo lady Lydia—. ¡Si Tony no tiene tal novia…!

—Oh, sí, eso sí.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, pero lo he visto besando a Violet en la rosaleda, Lady Lydia lanzó una exclamación febril.

—¿En la rosaleda? ¡Oh, dioses! ¿Y a esto llamas tú una prueba? ¿Es que tu madre no te enseñó nada de la vida? ¿No sabes acaso que en la rosaleda se besa todo el mundo?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sir Herbert, celosamente.

—¡Déjalo!

Freddie levantó una mano tranquilizadora.

—No te preocupes —dijo—. Aquel era uno de los besos especiales… *prolongados*…

—¡Ah! —dijo lady Lydia, soñadora—. Uno de aquellos…

—Además, bastaba ver el rostro de Tony.

—¿Embelesado?

—Medio embelesado y medio temeroso. Como puede verse en el hombre que firma el largo contrato de arrendamiento de un piso que sabe no ha inspeccionado a fondo.

Sir Herbert se echó a reír, meditando.

—Bien, espero que tengas razón, por Júpiter… ¡Pensar en Tony casado con la heredera de las Noventa y Siete Sopas de Waddington! ¡Qué atrocidad! ¡Eso es dar en el clavo!

Lady Lydia dudaba todavía.

—No quisiera empañar tu lógico entusiasmo, Herbert —dijo—, pero debo confesarte que estaría más tranquila si la hubiese besado en otro sitio que no fuese la rosaleda. Conozco estas rosaledas…

—¿Sí…? —Sir Herbert podía estar apolillado, pero no lo suficientemente para no saltar ante esta observación—. Bien, pues permíteme que te diga que cuando yo era joven conocía estas rosaledas tan bien como tú. Déjame que te diga…

—Más tarde —aconsejó Freddie—. Aconsejaría más tarde… a menos de que queráis incluir al viejo Wad entre la concurrencia.

Sir Herbert siguió con la vista la mirada de su sobrino.

—¡Oh, ah…! —dijo, comenzando a cepillar su chistera.

La puerta se abrió y apareció un hombrecillo grueso y pequeño. Era un hombre que parecía creado por la Naturaleza para usar patillas en forma de chuleta y que sólo haciendo un gran esfuerzo se resistía a cometer este ultraje contra el público bienestar.

G. G. Waddington, dueño de las Noventa y Siete Sopas, estaba radiante.

—Oigan, ustedes… —dijo—. ¿Han oído la noticia…?

Lady Lydia tuvo un sobresalto.

—¿No querrá usted decir…?

—Sí, eso es lo que quería decir. Droitwich y mi pequeña Violet.

—Ahora quizá me creeréis —dijo Freddie.

—¿Están realmente prometidos?

—Lo he oído de los propios labios de Violet. Acabo de encontrarla en la escalera.

—¡Capital! —exclamó sir Herbert.

—Una sorpresa exquisita… —comentó lady Lydia.

—¿Sorpresa? —dijo míster Waddington, irónico—. ¡Vamos, vamos, lady Lydia! ¿Quién fue el que sugirió…?

—Sí, sí, míster Waddington —dijo precipitadamente lady Lydia—. Dejemos esto ahora. Aquí viene Violet.

Violet Waddington era una muchacha alta y esbelta, acicalada e insípida como un figurín de modas. Parecía haber heredado su físico de la familia de su madre más que de la de su padre, porque era tan indiscutiblemente bella como feo el creador de las Noventa y Siete Sopas. Su actitud era lánguida y desmarrida.

—¡Mi querida Violet! —dijo lady Lydia—. Su padre acaba de darnos la noticia…

—¡Oh! ¿Sí? —murmuró Violet.

—Estoy encantada —dijo lady Lydia.

—Gracias.

—Estoy encantado.

—Gracias, sir Herbert.

—Y yo estoy encantado —añadió Freddie.

—Gracias, Freddie. Estoy contenta —dijo Violet, con la vaga sensación de un bostezo ahogado— de que estén todos contentos.

—Siendo ya la cosa oficial —dijo Freddie—, creo que será mejor redactar otro telegrama para el joven Tubby.

Se acercó a la mesa y tomando una silla se sentó frunciendo el ceño para consagrarse a la composición literaria. Lady Lydia seguía asediando a la futura esposa, como si tuviese la esperanza de dar a la escena un nivel más emotivo y entusiasta que el que había tenido hasta entonces.

—Se ha producido lo que desde tanto tiempo esperaba. Estoy segura de que serán muy felices.

—Es un tipo espléndido, Tony —dijo míster Waddington.

—El mejor hombre de este mundo —asintió sir Herbert.

—¡Oh, sí! —dijo Violet, con el mismo tono que emplearía si se viese obligada a tomar parte en una discusión sobre un tema enojoso—. Y tengo que decir una cosa en su honor…, sabe cómo comportarse en una rosaleda.

Sir Herbert tosió.

—Ha heredado esto de su tía —dijo, con toda la maldad posible.

Un destello brilló en los ojos de lady Lydia.

—¿Qué quieres decir con esto, Herbert?

—Ya lo has oído —dijo sir Herbert con dignidad, dirigiéndose a la puerta—. Voy arriba a quitarme estas asquerosas ropas.

—Bien —dijo lady Lydia—. Di a la doncella que te dé algo más cómodo y hablaremos de este último *crack* tuyo.

Freddie se levantó y tocó el timbre.

—¡Oh, no me he enterado! —dijo—. ¿De qué *crack* se trata?

—Déjalo —dijo lady Lydia—. Pero escucha una cosa. Esta noche no hay oporto para tu tío Herbert.

—¡Ah! Esto es una cosa que una mujer casada y de experiencia podrá decirme —dijo Violet—. ¿Cómo se las arregla usted para privarlos del oporto?

—¡Violet! —exclamó míster Waddington.

—Hija mía —dijo lady Lydia—, no tiene usted que preocuparse de esto con Tony durante muchos años. De momento está bastante preocupado con mantenerse en forma.

—Sí —dijo Violet con otro esbozo de bostezo—. Es un atleta completo, ¿verdad?

Slingsby apareció en el umbral como un emblema de la dignidad.

—¿Ha llamado, milady?

—He sido yo —dijo Freddie—. ¿Ha regresado ya el coche al garaje, Slingsby?

—Todavía no, master Frederick.

—Quisiera que Robert fuese al pueblo a poner un telegrama. ¿Dónde está?

—En la cocina, master Frederick.

—Muy bien —dijo Freddie, y salió llevando en la mano el telegrama que debía llenar de júbilo el corazón de su joven amigo Tubby Bridgnorth.

Slingsby se volvió hacia lady Lydia.

—Milady me perdona…

—Diga, Slingsby.

—Es referente a mistress Price, milady.

—¡Ah, sí! Va a venir hoy, ¿verdad?

—Sí, milady. —La perspectiva parecía intensificar el habitual aire de melancolía del mayordomo—. Acompañada de su hijo. Milady me dio amablemente permiso para recibirlos esta tarde en mis habitaciones. Tengo entendido ahora que va a venir con ellos una joven; según parece ocupa el cargo de manicura en el establecimiento del joven Price.

—Perfectamente, cuantos más seamos, mejor.

—Muchas gracias, milady. Lo que quería preguntar era si milady cree conveniente permitir a la joven pasear por los jardines. Sería para ella un deleite. Tengo entendido que viene de América, donde, como milady sabe, carecen de mansiones históricas como ésta.

—Perfectamente, Slingsby.

—Muchas gracias, milady.

El mayordomo se retiró con el empaque de un embajador que acaba de hacer entrega de un protocolo, o lo que sea que entregan los embajadores. Violet Waddington se volvió hacia lady Lydia.

—¿Mistress Price? ¿La vieja nodriza de Tony?

—Sí. La hermana de Slingsby. Se casó con un barbero de Londres. Y ¡ojalá se quedase en Londres que es su tierra…! —añadió lady Lydia con súbita irritación.

—¿No le gusta a usted?

—Me ataca los nervios.

—¿Por qué?

Una honda tristeza pareció apoderarse súbitamente de lady Lydia Bassinger.

—Es una vieja asquerosa —dijo— y bebe demasiado. Bueno, voy a imitar a Herbert y ponerme algo más humano. ¿Quiere servir el té?

—Bien, lady Lydia. ¿Té, padre?

Después de la salida de sus huéspedes, reinó un momento, de silencio entre los dos Waddington, padre e hija. Violet estaba ocupada sirviendo el té y su padre se había detenido delante de un ventanal, contemplando los céspedes y el lago. Fruncía el ceño. Y sus palabras, cuando por fin se decidió a hablar, demostraron claramente que este ceño no era producido por nada que le desagradase en el bello panorama que tenía ante los ojos.

—Verdaderamente —dijo, volviéndose y dirigiendo a su hija una mirada de

reproche—, no sé cómo se están volviendo las muchachas de hoy en día.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Violet.

—Quizá sea un poco anticuado —prosiguió míster Waddington, animándose con el tema—, pero en estas ocasiones me gustaría ver en ti un poco más de entusiasmo.

Violet suspiró. Frecuentemente encontraba a su padre exigente.

—¿Por qué ponerse sentimental? —dijo.

—¿Por *qué no* ponerse sentimental? —contestó míster Waddington.

—Te lo diré —dijo Violet—. Porque sabes perfectamente que se trata de un asunto puramente comercial. Yo aporto el dinero. Tony aporta el título. Seamos francos. Me has traído aquí para que conquistase a Tony. Y lo he conquistado. No veo la necesidad de mostrarse efusivo.

Un espasmo se apoderó de míster Waddington.

—¡Pss! —dijo—. ¡Ya sabes que las paredes oyen!…

—Y sabes muy bien que tú y lady Lydia lo habéis combinado todo. La aproximación… Los paseos bajo la luna… Haber traído aquí a Bertie Smethurst para que actuase como mediador…

—¡No hables así! —suplicó míster Waddington.

Violet dejó caer un terrón de azúcar en su té y lo removió plácidamente.

—Te diré francamente —dijo—; cuando se me declaró, tuve la impresión de disparar contra un pájaro en una rama.

—¡Basta!

—Desde luego, si realmente insistes pidiéndome entusiasmo, haré lo que sepa. ¡Oh, papá, querido! —dijo con puerilidad—, cuando Tony me preguntó si quería ser su esposa quedé tan sorprendida, tan profundamente impresionada al pensar que podía realmente sentir lo que decía, que me quedé con la boca abierta. Es un ángel de los cielos y yo estoy terriblemente enamorada de él. Me daría igual que no tuviese título ni nada. Lo que me preocupa —añadió, volviendo a adoptar su habitual compostura—, es que haya sido tan espantosamente… *fácil*.

Míster Waddington ahogó su indignación. La experiencia le había enseñado que en materia de argumentación verbal, su hija le daba veinte puntos de ventaja.

—En fin, fácil o no —dijo—, lo has conseguido. Y ahora voy a telefonear a los periódicos.

—Desde aquí no, si te es igual.

Míster Waddington se detuvo en su camino hacia el teléfono.

—¿Eh?

—No quiero escuchar todas las tonterías que vas a decir. Telefonea desde el bar del pueblo.

—Bueno, bueno… —dijo míster Waddington—. Bueno, bueno, bueno… Su Señoría es muy exigente, por lo visto. Pero sólo una cosa —prosiguió, deteniéndose de una forma impresionante ante la puerta—, no eres todavía la condesa de Droitwich. Si realmente quieres serlo, ten cuidado en cómo hablas cuando estés con

Tony.

—¡Papá! —gritó Violet—. ¡No vas a suponer que cuando estoy con Tony *hablo*! Soy demasiado tímida…

—¡Bah! —dijo míster Waddington.

No es que fuese muy importante, como última palabra, pero la dijo.

CAPÍTULO II

Durante algunos minutos después de haber sido pronunciada esta última palabra, Violet permaneció sola en la habitación. Estaba comiendo bocadillos de pepino y andaba por el tercero cuando el honorable Freddie Chalk-Marshall, después de haber hecho entrega de su telegrama al chófer, regresó en busca de sustento. A Freddie le gustaba su tacita de té a media tarde.

—¡Hola! —dijo—. ¿Sola?

—Sí —contestó Violet—. Lady Lydia ha subido a cambiarse y papá se ha ido al «Droitwich Arms».

—¿A echar un trago?

—No, sólo a telefonear a los periódicos el último, acontecimiento social de nuestro noviazgo.

Freddie frunció el ceño.

—¡Oh! —dijo—. Es un poco duro para el pobre Tubby. Temo que haya perdido la oportunidad. No conoce usted a mi amigo Tubby, ¿verdad?

—No.

—Es un buen chico, pero demasiado inclinado a hostigar a su anciano antecesor. Y ya que hablamos de él, voy a ver si le mando una nueva loción para el cabello.

—No sabía que tuviese usted esta profesión, Freddie.

—Sólo trato de echar un remiendo al asunto. Es una cosa que Tony trajo de Londres hará cosa de un par de meses y me pareció bastante bueno. La compró en la peluquería de Price. Es una receta antigua del abuelo de Price. Me parece que si pudiese encontrar un poco de capital, podría sacarle a Price una buena comisión como agente de ventas. No se sabe nunca…

—Los Price vienen esta tarde.

—¿Eh? ¡Arrea! —dijo Freddie—. ¿Conque vienen? Ella fue nodriza de Tony.

—Ya lo sé.

—Es una mujer repugnante. Y su hijo, peor. Es asqueroso.

—No creo que se tropiece usted con ellos.

—Si los veo de lejos, no —asintió Freddie.

Hubo una pausa.

—Oiga —dijo Freddie.

—¿Qué?

—Cuando, he estado fuera he visto a nuestro querido Tony en el horizonte dirigiéndose hacia aquí. Imagino que va a llegar de un momento a otro. Desea usted que deje el campo libre, ¿verdad?

—De ninguna manera.

—Vaya, vaya, ya sé lo que son ustedes, la gente joven. Pero, en fin, si me dice usted que…

El ruido de unos pasos sobre la arena del jardín le hizo detenerse. En medio del

marco de uno de los ventanales apareció la corpulenta silueta de Antonhy, lord Droitwich, en persona.

—¡Té! —gritó—. ¡En nombre del Profeta, té!

—¡Hola, Tony! —dijo Violet—. Parece que tienes calor.

—Tengo calor. He sido un perfecto asno al intentar siquiera arreglar la cafetera esta en un día como hoy. Tendré que ir al pueblo dentro de un momento a buscar una batería.

El quinto conde de Droitwich era un hombre macizo y corpulento que frisaba los treinta años. Una fotografía suya que había sobre la chimenea demostraba que podía parecer, si no precisamente guapo por lo menos limpio y aseado, pero en aquel momento no tenía un buen día. Iba en mangas de camisa y estaba despeinado y sudoroso. Un mechón de pelo rubio caía sobre su frente maculada por más de una mancha de grasa de motor y llevaba los antebrazos llenos de suciedad.

Su aparición provocó severos comentarios por parte de su hermano menor.

—Tony —dijo Freddie, más contrito que enojado—, estás hecho un asco.

Lord Droitwich se detuvo para mirarse delante de un espejo y pareció pensar que el veredicto, aunque severo, era justo.

—Sírveme una taza hasta los bordes, ¿quieres? —dijo—. Vuelvo dentro de un minuto.

Desapareció para regresar al cabo de un momento limpio y aseado hasta la cabellera. Iba todavía en mangas de camisa, porque había dejado su chaqueta en el garaje, pero, a decir verdad, no había sido nunca el hombre meticuloso que era su hermano. Hacía ya tiempo, por consiguiente, que el Honorable Freddie había renunciado con un suspiro a corregirlo, considerando las cosas bajo el punto de vista de lo Imposible.

Tomó la taza que Violet le tendía y la apuró de un sorbo.

—Más… —dijo.

Violet volvió a llenar la taza. Tony la vació de nuevo y pareció encontrarse mejor. Encendió un cigarrillo.

—¿Se ha enterado Freddie de la noticia? —preguntó.

Violet asintió.

—¿Cómo lo ha tomado?

—Hubieras podido tumbarlo de un sople.

Freddie intervino solemnemente.

—Oye, Tony.

—¿Qué hay?

—Si quieres besarla, adelante. No me importa —dijo Freddie.

Era un generoso ofrecimiento, pero antes de que ninguno de los dos invitados pudiese aceptarlo, un desagradable ruido procedente del jardín atrajo su atención. Se acercaba algún vehículo. Freddie, que estaba cerca del ventanal, miró hacia fuera. Tony, mirando por encima de su hombro, lanzó una exclamación y se echó atrás.

—¡Oh, maldita sea…! —dijo Tony.

—No me digas que son visitas… —dijo Violet.

—Para ti, no. Es Ma Price.

—¿Tampoco te gusta a ti?

—Me da náuseas —dijo Tony—. Va a insistir en verter lágrimas y besarme. Es una cosa húmeda y repugnante, puedes creerme. Comprendo que haya quien llore al verme. Comprendo incluso que haya algún excéntrico que quiera besarme. Pero las dos cosas a la vez, no. Es contradictorio.

Tomó más té a fin de adquirir fuerzas para la tortura. Aquellas visitas periódicas de su nodriza eran un suplicio para lord Droitwich. Si realmente se había complacido alguna vez en la compañía de Ma Price, era sin duda alguna porque tuvo una niñez idiotizada.

Freddie lanzó un suave gemido.

—Creo que ha traído a su hijo, según he oído decir.

—¿Te va a besar también? —preguntó Violet.

—De ninguna manera —dijo Tony—. Besar a un Par del Reino es ajeno a los principios de Syd Price. Es socialista.

—Observo que la expedición —dijo Freddie—, comprende también una muchacha preciosa. ¿Quién debe ser?

—La manicura.

—¿Cómo lo sabe?

—Slingsby nos lo ha dicho —dijo Violet, levantándose—. Bien, voy a salir distraídamente por la parte de atrás y los veré de cerca. Una mujer que ha sobrevivido a haber besado a Tony siendo niño, vale la pena de ser inspeccionada con atención.

—Tengo entendido que era un niño precioso y adorable —replicó Tony.

—¿Vienes conmigo?

—Tengo que ir a buscar mi batería.

—Bien, si encuentro a mistress Price le diré que esperas con ansia este beso.

—Pero esta vez lo preferiría seco.

—*Sec* —dijo Violet—. Perfectamente, trataré de arreglarlo.

La puerta, al cerrarse tras ella, volvió a abrirse y Tony se levantó para cerrarla de nuevo. Al regresar a la mesa, vio que su hermano lo estaba mirando de una forma que recordaba a un pez, con el aspecto de la persona que se encuentra mal y a disgusto. Embarazado, tomó un pedazo de calce. En aquel momento había en Freddie Chalk-Marshall algo de mal agüero que no le gustaba. Freddie le daba frecuentemente la sensación de sentirse un chiquillo en presencia de un veterano del Mundo.

Rompió el silencio.

—¿Qué hay, Gusano?

—¿Qué hay, Reptil?

Otro silencio. Tony creyó que debía afrontar la mala noticia en seguida. Si su hermano desaprobaba el proyecto de unión, valía más que se lo dijese

inmediatamente y saliese de aquella duda.

—¿Qué te parece la situación? —preguntó—. Violet y yo… Bien…

Freddie sopesó la pregunta con la solemnidad de un sumo sacerdote consultado por un acólito.

—Pues bien…, sí… y no —dijo.

—La cosa es clara. ¿Qué quieres decir?

Freddie se quitó una mota de polvo de la manga. La gravedad de su actitud aumentó.

—Supongo que sabes —dijo— que en calidad de padre político, el viejo Wad tendrá derecho, de ahora en adelante, a darte golpecitos en la espalda allí donde te encuentre.

—Eso es verdad.

—Te diré una cosa —dijo Freddie poco amablemente, pero con firmeza—: si se imagina que voy a pasear por todas partes y a presentarlo en el «Buch's» está en un grave error.

Tony parecía pensativo.

—Sí —dijo—, admito que el viejo Waddington es una sombra nefasta. Pero, dejando esto de lado, ¿no crees que soy un hombre de suerte?

Freddie lo contemplaba con amable compasión.

—¿Quieres que te hable francamente?

—Sí.

—¿Desde los más recónditos ámbitos de mi conciencia?

—Eso es.

—Bien, entonces supongo que sabes que te han pescado, ¿verdad?

Tony digirió la desagradable palabra en silencio.

—¿Pescado?

—Todo es un truco combinado.

—No digas imbecilidades.

—Nada de imbecilidades, muchacho.

—¿Es que tratas de hacerme creer que una muchacha como Violet es capaz de correr detrás de un tipo como yo?

—Mi pobre Tony —dijo Freddie—, ¿es que la ratonera corre detrás del ratón?

—Hasta ahora jamás hubiera soñado que pudiese ocurrir.

—Pues así ha sido.

Tony iba perdiendo aquella calma que es el sello de las grandes castas.

—Entonces ¿lo sabes todo? —preguntó con rudeza.

—Anthony Claude Wibraham Bryce —contestó su hermano—. Lo sé todo, sobre todo. Me llaman Frederick el Infalible porque no me equivoco nunca.

—Me das asco.

—¡Oh, yo no me lo tomaría tan a pecho, muchacho…! —dijo Freddie tranquilamente—. Es más bien halagüeño. Una demostración de que aun hay clase.

—¡Bah!

—En todo caso, ya está hecho. A propósito mi más cordial felicitación. Creo que vas a ser muy, muy feliz… quizá.

—¿Cómo «quizá»?

—Nada, nada, muchacho, nada. Sólo esto, ¡«quizá»!

La violenta respuesta que vibraba en los labios de Tony no fue pronunciada. Mirando más allá de su agorero hermano, se dio cuenta de que llegaba alguien más.

De pie en el umbral de la puerta de cristales había un hombre joven, de su misma edad. Llevaba pantalones de golf, y un horrible bigote desfiguraba su labio superior. En su actitud estaba mezclado el descaro y la timidez características del *cockney* arrancado a su ambiente familiar, cuando se encuentra en terreno desconocido.

—¡Hola! —dijo el recién llegado con una sonrisa furtiva—. Perdón, no sabía que hubiese nadie. Buenas tardes, milord.

CAPÍTULO III

Tony quedó sorprendido y no podía de momento apartar su mente de la conversación interrumpida. Pero, como buen hombre que era, consiguió dejar de lado sus inquietantes pensamientos referentes a Violet y se consagró a la tarea de recibir hospitalariamente al visitante.

—Hola, Syd —dijo—. No le había reconocido, de momento. Entre. Ya conoces a Syd Price, Freddie…

—¿… está usted, míster Frederick?

—*Pip-Pip* —dijo Freddie con austeridad.

—Desde la ventana le hemos visto llegar —dijo Tony—. ¿Cómo está su madre?

—No muy bien, milord. Ha tenido uno de sus patatuses durante el camino. Es el corazón.

—Mala cosa… ¿Toma algo?

—Demasiado. Una botella.

Tony se volvió hacia Freddie, cuya actitud demostraba con excesiva claridad dejar bien establecido que no quería tomar parte en aquella degradante escena.

—Ma Price tiene el corazón débil, Freddie.

—¿De veras? —dijo su hermano fríamente.

—Siempre ha sido así, ¿verdad? —dijo Tony, perseverando, dirigiéndose a Syd.

—Sí, milord. Recuerdo que una vez que Pa nos llevó de vacaciones (a Margate, o donde fuese) no se arriesgó a tomar el billete de vuelta de Ma. Pa era un hombre precavido.

Se echó a reír a gusto. Después se encontró con la mirada de Freddie y su risa se apagó.

—Tengo que darle la bienvenida a sus viejos lares —dijo Tony—. ¿Está en la despensa?

—Sí, milord. La encontrará un poco trompa.

Freddie frunció el ceño. Parecía pensar que un hombre decente no puede estar sujeto a esta clase de cosas.

—Es una lástima —dijo Tony—. No obstante, querrá verme.

—Esperemos que no vea dos.

—¡Gran Dios! ¿Tal mal está?

—Pues está bastante… así, milord, no quiero engañarlo. Cuando a Ma le da uno de estos arrechuchos hay que verterle el coñac dentro sin mirar. —Miró a Tony fijamente—. ¿Me perdonará usted una observación, milord?

—Adelante, Syd.

—Es referente al cabello.

Freddie arqueó una ceja.

—¿Qué cabello?

—Me refería —dijo Syd Price secamente— al cabello de la cabeza de milord. No

me gusta este cabello, milord. A usted le ha cortado el pelo alguien del pueblo. ¡Y vaya corte que le han hecho! Esta gente son unos; bárbaros.

—Syd tiene prejuicios, Freddie. ¡Esos londinenses!

—¡Rrrr! —dijo Syd—. Puede usted hablar de los londinenses… Mi padre tuvo el establecimiento antes que yo —dijo con cierta entonación de orgullo—. ¡Rrrr! Y su padre antes que él. Y el suyo, antes también. Tengo un colección de navajas de mis tatarabuelos. Son preciosas; tienen una hoja como un cuchillo para cortar pan.

Dirigió este canto a su tribu fijando en Freddie una mirada imperativa.

—¿De veras? —dijo Freddie.

—De veras. Puedo enseñárselas a usted.

—Lo pensaré —dijo Freddie fríamente, levantándose y saliendo de la habitación.

—¿Te vas, Freddie? —preguntó Tony.

—Sí —dijo Freddie con decisión—. Me siento un poco débil. Me parece que voy a tener quizá uno de mis arrechuchos.

Syd contempló sombríamente la puerta mientras ésta se cerraba. Hizo un gesto de amargura.

—Los hombres como él —dijo— son los que precipitan la Revolución Social.

Tony, bien intencionado como siempre, trató de curar la herida.

—¡Oh, no debe usted hacer caso de Freddie! Es su manera de ser…

—Una manera de ser —dijo Syd amenazador— que llevará los tanques a Piccadilly y la sangre correrá a ríos por Park Lane.

Tony se estremeció.

—¡Qué idea más bestial! —dijo—. ¡Es estúpido! Pero no sea usted demasiado severo con Freddie, Syd. Puede ser un poco Eton u Oxford, pero trabaja en su interés. ¿Recuerda usted la loción para el cabello que me dio usted la última vez que estuve en su tienda? ¿La que inventó su abuelo? Está pensando en interesar capital en ella. Le parece buena.

—Es buena.

—De manera que en cualquier momento puede usted cobrar grandes sumas. Recuerde esto en favor de Freddie cuando esté usted ayudando a pasar a cuchillo a la aristocracia. A propósito, ¿cuándo cree usted que empezará esta Revolución Social?

Syd sonrió sombríamente.

—¡Quizá mañana!

—¡Ah! —dijo Tony—. Entonces es hora de qué vaya al pueblo a buscar esa batería. No le importará que le deje. ¿Verdad?

—Vaya, milord. ¿Tiene usted inconveniente de que husmee un poco por aquí mientras está usted fuera?

—Ninguno. ¿Es usted aficionado a la pintura?

—Me gusta este cuadro —dijo Syd.

Había estado rondando por la habitación mientras hablaba y en aquel momento se detuvo delante de un retrato que colgaba majestuosamente del centro de la pared.

Representaba un caballero de aspecto marcial vestido con armadura, desafiando con la barbilla a algún invisible enemigo, y la mano derecha —la más indicada para luchar contra ese enemigo, en las circunstancias a que sin duda Syd hubiera aludido diciendo que pasaría algo «gordo»— sujeta a la empuñadura de una larga y probablemente bien afilada espada. Syd lo contemplaba con silencioso respeto.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un antepasado mío —dijo Tony—. Lo llamaban Richard Larga Espada. Le tiró de la nariz al rey de Escocia por haberle llamado embustero, y fue condenado a ser torturado y descuartizado.

—¡Coo! ¿Y lo hicieron?

—Su hija consiguió introducir una espada en su prisión (la misma espada que lleva aquí) y se abrió paso, consiguiendo escapar.

—Eran unos tíos en aquellos tiempos.

—¡Hola! —dijo Tony.

—¿Milord?

Tony contemplaba a su visitante. Syd se agitaba inquieto. Tenía perfecta noción de su aspecto físico y se preguntaba si le habría salido un grano en la nariz.

—Es curioso —dijo Tony—. ¿Sabe usted que hay un parecido entre ustedes?

—¿Entre yo y él?

—Sí. Un parecido sorprendente.

Syd se echó a reír, complacido.

—No tengo ninguna culpa, milord. Ninguno de mis antepasados conoció jamás a ninguno de los suyas, salvo Ma, y le doy mi palabra de honor de que es respetable.

Tony se echó a reír.

—¡Oh, no trato de hacer insinuaciones, Syd! Bien, voy a dejarlo. Si quiere usted algún cigarrillo, allí encima encontrará.

—Gracias, milord.

Tony desapareció por la puerta de cristales, pero Syd Price, aun pensando que le sentaría bien un poco de humo, no se acercó inmediatamente a la mesa sobre la cual estaban los cigarrillos. Permaneció delante del retrato mirándolo intensamente. Adoptó la posición del retrato, la barbilla prominente y su mano derecha apoyada sobre una invisible espada.

—Rummm… —murmuró.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Slingsby. Las impresionantes facciones del mayordomo tenían un aire de preocupación.

—Oye… —dijo.

Syd salió de su ensoñación.

—Hola, tío Ted.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó el mayordomo.

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¿No está en la despensa?

—No, no está. Está rondando por la casa y no tiene nada que hacer en ella.

—No hará ningún mal. Le gusta volver a ver su vieja casa. ¿No vivió acaso aquí dos años cuando milord era un chiquillo?

—No tiene nada que ver. Su sitio está en las dependencias de servicio, y tiene tanto que hacer por la casa como tú en esta habitación.

A Syd Price no le gustaba mucho su tío y creyó llegado el momento de poner en claro las cosas.

—¿De veras? —dijo—. Pues permíteme que te diga que tengo permiso expreso de milord para estar en esta habitación. Y más aún, ahora que estoy aquí voy a tomar un cigarro…

—¡Atrévete!

—Especialmente invitado por Su Señoría —dijo Syd triunfalmente—. ¡Prueba *ésta* en tu pianola!

El mayordomo estaba atónito.

—¡Imprudente perro asqueroso…! —dijo.

Syd buscó su invisible espada.

—¡Basta de eso, vasallo, o te clavo en la pared! ¡Sí, con mi temible espada!

—¿Es que te has vuelto loco?

—Es sólo una broma, tío Ted. Milord ha estado diciéndome que me parezco al tipo ese del retrato.

—¡Ah! ¿Sí? Eso te ha dicho, ¿eh?

—Sí, señor, sí, eso me ha dicho. Y es verdad. Un parecido extraordinario.

Contempló el retrato atentamente.

—¡Cooo! —dijo—. Me gustaría descender de un guerrero como éste. Hubiera sido un conde mejor que muchos de ellos, puedes creerlo.

—¿Qué significa eso, Syd? —dijo Slingsby secamente. Era imposible que un hombre de su corpulencia sintiese un estremecimiento, pero una especie de oleada de indignación recorrió todo su cuerpo—. ¡No me vengas con tus aires de socialista en *mi* casa!

—¿Tu casa? —dijo Syd con aire de mofa—. ¡Descubrios ante Su Honor lord Ted de Slingsby! ¡Paso al Duque!

El mayordomo miró a su sobrino con beligerancia. Por centésima vez deseaba haber podido educarlo a su manera. El problema de cómo crecían y se educaban hoy en día los muchachos había a menudo preocupado a Slingsby, y en Sydney Lancelot Price creía ver reunidas en informe masa todas las desagradables características de la moderna juventud. Antes de hablar soltó un fuerte resoplido por la nariz.

—Casi tengo ganas de doblarte sobre mis rodillas y darte de azotes.

Pero no en balde era Syd miembro de la Sociedad de Controversias de Fulham.

—Este ha sido siempre vuestro mal —contestó con facilidad—, que sólo tenéis *casi* ganas.

En la lamentable disputa familiar que siguió, el mayordomo hizo cuanto pudo. Pero se encontraba frente a un dialéctico sutil y llevaba la peor parte en la

controversia cuando fue salvado de la derrota total por la llegada de un nuevo personaje.

Era una mujer de edad ya madura y aspecto desaliñado. Mistress Price llevaba su mejor traje de seda negra de los domingos y había aplicado sobre su cabello algún pegajoso ungüento sacado de las reservas de Syd; pero aún así tenía un aspecto lamentable. Tenía el rostro rojo, y sus ojos, de aspecto nebuloso, parecían enfocar con dificultad su objetivo.

No obstante, después de haber pestañeado un par de veces, consiguió identificar a los dos contendientes; y una vez conseguido esto, pudo dirigirse a ellos con severidad.

—Vamos, vamos, vamos, vamos… —dijo—. ¿Qué discusión es esa?

Slingsby se volvió, contento de encontrar un nuevo antagonista. Un mayordomo de principios no puede admitir quedarse corto de argumentos ante un mequetrefe, y comprendió amargamente que no tenía grandes probabilidades de obtener la victoria sobre Syd. El joven Syd tenía una forma, peculiar de doblegar sus argumentos, darles la vuelta y devolvérselos como un *bumerang*. El mayordomo supuso que esto sería el resultado de pasarse la mitad de la vida discutiendo con sus amigos del «Bolshie». Miró a su hermana con ojo acusador.

—¡Hola! —dijo el mayordomo—. ¡Conque aquí te tenemos, viejo carcamal!

Mistress Price se agarró con fuerza a una silla que tenía al alcance de la mano y entró en lid con la prontitud de un veterano.

—¿Qué has llamado a una mu…? ¡Hip…!

—¡Hola, Ma! —dijo Syd—. Todavía un poco trompa, ¿verdad?

Mistress Price se formalizó.

—Nada de esto —dijo con dignidad—. Si he tenido que tomar un trago o dos durante el viaje, ¿tuve yo la culpa acaso? Soy más digna de compadecer que de censurar; es muy triste, pero con este corazón mío…

—Tu corazón está en su sitio.

—Ya lo sé, pero pega cada bote… ¿Qué diablos estabais discutiendo?

—A tío Ted no le gusta oírme decir que hubiera sido un buen conde.

—¡Rrrr! ¡Qué sabe él…!

—Y no me gusta que ronde por esta habitación —dijo Slingsby, más acalorado—. No lo quiero, además.

Ma Price lo miró con ojos de búho.

—Quizá Syd tenga más derecho a esta habitación que muchos otros.

—¿Qué quieres, decir con *esto*?

—Déjalo —dijo mistress Price sombríamente—. Yo sé lo que sé.

—Y yo sé lo que sé, y es que no tiene nada que hacer aquí. Vete a la despensa.

Ma Price soltó su presa sobre la silla a fin de cruzar los brazos con altivez. Este ademán estuvo tan cerca de llevarla al desastre, que tuvo, que recuperar precipitadamente su punto de apoyo. Había, no obstante, en su voz toda la altivez que

correspondía a tener los brazos cruzados.

—No me hables de esta forma insolente y altiva, Theodore Slingsby —dijo—, porque no te lo toleraré.

Si me da la gana de decir algo, lo diré…

—Entonces dilo en mi departamento. ¿Qué te figuras que es esta habitación, la sala de espera de una estación?

La actitud de Syd era la del hombre que ha conseguido una silla de primera fila de *ring* para presenciar un combate de Joe Louis.

—¡Vamos allá, Ma! —dijo, animándola—. Te toca a ti. Dile algo sobre la cara.

Pero en mistress Price se había operado un súbito cambio. Las lágrimas corrían por su rostro.

—No quiero rebajarme. Nadie me quiere. Esto es lo que destroza, mi corazón…

—¡Ánimo, Ma!

—Mi hermano me insulta. Mi propio hijo no me hace caso…

—Te estoy mirando, Ma, y, además, no te cobrare nada.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío…!

—Vamos allá, Ma.

Slingsby frunció el ceño.

—Es culpa tuya —dijo sombríamente a su sobrino—, mira a qué estado has dejado que llegara.

—Habría que darle algo. Ha tenido uno de sus arrechuchos.

—¿Qué va a pensar milord si la ve de esta forma?

Estas palabras parecieron evocar una serie de pensamientos en la mente de Ma Price.

—Quiero tomar una copa de oporto a la salud de milord.

—Vas a tomar té —dijo el mayordomo con firmeza—. Y lo tomarás en la antecocina, borracha empedernida. Venid, los dos…

—¿Dónde está Polly? —lloriqueó mistress Price.

—Ha ido al parque a ver los conejos —dijo Syd—. No ha visto nunca ninguno. Es decir, vivos, con todo lo que llevan dentro. Vendrá para el té. Es lo que se llama «la atracción del hogar».

—Es una buena chica. Americana…, sí —dijo Ma Price con el tono del que no teme considerar el lado brillante de las cosas como si fuera el sombrío—. Pero yo siempre he dicho —prosiguió— que en el mundo debe haber de todo y debo decir en honor a Polly que no la he encontrado nunca disparando ni matando a nadie como hacen estos americanos constantemente. Es una chica pacífica y tranquila; siempre lo he creído así. No la he visto nunca matar a nadie.

—No hay manera de apartar a Ma del cine —explicó Syd—. Se figura que todos los americanos son una especie de gorilas de Chicago.

—Llevan siempre las pistolas en el bolsillo y matan a la gente —dijo mistress Price en son de querella—. No lo puedo soportar y si me hiciesen caso a mí prohibiría

esas cosas. Pero nadie me hace caso. Ni siquiera Polly, a pesar de que reconozco francamente que es americana. Es una muchacha tranquila, buena y respetable, sí, señor, y, además, inteligente y muy buena manicura. Podrías hacer cosas peores que casarte con Polly. Sería una buena esposa. No dice tonterías. No ha matado a nadie.

—No soy hombre casadero, Ma —dijo Syd austeramente—. Estoy demasiado absorbido por el negocio. No tengo tiempo para las mujeres. Las tijeras son mi prometida.

—Lo único que pido —dijo mistress Price, abandonando el tema—, es un poco de cariño.

—Yo también. Y tostadas con mantequilla. Pruébalo, Ma; en cuanto tomes una taza de té te sentirás otra mujer.

—¿Dónde está milord? Quiero estrecharlo entre mis brazos.

—Lo estrecharás más tarde —dijo Slingsby, cansado—. ¡Vámonos! De todos los parientes que jamás infestaron la existencia de un mayordomo…

La puerta se cerró. La paz reinó en el salón.

CAPÍTULO IV

No sólo sobre el salón extendió la Paz sus benéficas alas. La tarde había alcanzado aquel punto en que, cuando por algún imprevisible accidente hace buen tiempo en Inglaterra, reina una especie de mágico hechizo sobre todas las cosas creadas. El mundo parecía dormido. Las sombras se extendían alargadas sobre los céspedes. Los pájaros revoloteaban por entre los arbustos. En el aire había una frescura húmeda que prometía un crepúsculo de paz.

En medio de aquella suave tranquilidad, el súbito estruendo que llegó de fuera resonó como algo apocalíptico. En nuestros días de coches potentes, el ruido en sí no tenía nada de particular, puesto que estaba compuesto de la estridencia de un claxon de automóvil, el chirrido de los frenos y un grito desgarrador; pero, al resonar ahora, el efecto fue sensacional. Parecía algo digno de la primera página de los periódicos.

Siguió el silencio. Un silencio preñado de amenazas. Después se oyeron unos pasos precipitados sobre la arena del jardín y por una de las puertas, en mangas de camisa todavía, entró lord Droitwich caminando delicadamente, pues llevaba en sus brazos a una muchacha.

Miró a su alrededor, vio el sofá, y acercándose a él colocó a la muchacha sobre los almohadones. Hecho esto, retrocedió, se enjugó la frente y la miró receloso.

—¡Ah, Dios mío…! —exclamó lord Droitwich.

La muchacha permanecía acostada con los ojos cerrados.

Le recordó un pajarito herido. Era una muchacha pequeña y frágil, de facciones picarescas y una boca que le dio a milord la sensación de que si algún día volvía a abrirse sería para sonreír.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, mi tía! —siguió exclamando lord Droitwich.

En su desesperación, tomó una de las delicadas manos y la golpeó vigorosamente. Era como golpear una mariposa, pero siguió haciéndolo. Los ojos de la muchacha se abrieron.

Eran unos ojos singularmente bellos, grandes y suaves, del color del jerez añejo, pero Tony no estaba en disposición de espíritu de especializarse en ojos. Si se hubiesen parecido a los de un bacalao le hubieran gustado lo mismo. Lo único que tenía importancia era que los hubiese abierto.

—¡Hola…! —dijo la muchacha.

Su voz era agradable también, era una voz grave y musical, con una muy vaga y ligera inflexión que tendía a hacerla más agradable todavía. Pero Tony, además de ciego, era sordo a las voces. Continuaba secándose la frente.

La muchacha miró a su alrededor.

—¡Oh! —dijo, como recordando.

Tony la contemplaba con alivio y reverencia.

—¿Sabe usted —le dijo— que es la muchacha más encantadora que he visto jamás?

La joven sonrió. Había tenido razón con respecto a su boca. A la más ligera provocación esbozaba la más encantadora de las sonrisas.

—¿Sí? ¿Por qué?

—En primer lugar —dijo Tony—, porque se despierta usted sonriendo después de haber sido atropellada por un auto asesino. Y, además, porque no ha preguntado usted: «¿Dónde estoy?».

—Ya sé dónde estoy.

Tony lanzó un profundo suspiro.

—Y yo sé dónde *debería* estar —dijo—. Delante del Tribunal, con el juez poniéndose el birrete y diciéndome: «¡Acusado…!»… Por favor, páreme si se le han contado ya alguna vez.

—No fue culpa suya. Fui yo quien salió de los arbustos para meterme debajo de sus ruedas.

—Salió usted, ¿verdad?

—Hubiera debido tener más cuidado.

—Y yo también. Dígame, ¿pasa usted muchos veranos bajo los arbustos?

—Había una ardilla. Quería ver si podía verla jugar. ¿No le gustan a usted las ardillas?

—Socialmente no creo haber conocido muchas.

—Yo las he visto muchas veces en Central Park, pero nunca de cerca.

—¿Central Park? ¡Ah, se refiere usted a Nueva York!

—Sí.

—¿Es usted de Nueva York?

—Viví toda mi vida allí hasta que vine a Inglaterra.

—¿Y que la ha traído a usted aquí?

—Siempre me he vuelto loca por ver otros países y pensé que lo mejor era empezar por Inglaterra a causa del lenguaje.

—Ya…

—De manera que cuando hube economizado lo suficiente para el pasaje, me vine aquí.

—Es usted muy valerosa…

—Por ahora todo ha ido bien. Tengo un empleo en casa de míster Price.

Tony vio un rayo de luz esclarecedora.

—¿Trabaja usted en el establecimiento de Syd?

—Sí, soy manicura. ¿Conoce usted a míster Price?

—Hace muchos años.

—Desde luego, es natural, trabajando aquí. Debe de venir a menudo, ¿verdad?

—Muy a menudo. Su madre fue nodriza de lord Droitwich.

—Ya lo sé. Es curioso pensar que lord Droitwich y él fueron niños al mismo tiempo. Debió de haber un tiempo, en que no había manera de separarlos. Y ahora aquí tiene usted a míster Price en su peluquería y a lord Droitwich en esta maravillosa

casa… —Hizo una pausa—. ¡Oiga!, ¿no va usted a tener disgustos por haberme traído aquí?

—De ninguna manera…

—En fin, usted lo sabrá. Hubiera temido…

—Esto me recuerda una cosa que hubiera debido preguntarle antes —dijo Tony —. ¿Está usted herida?

La muchacha reflexionó.

—Siento una cosa extraña…

Accionó el brazo arriba y abajo.

—¿Duele?

—No-o-o —dijo, con cierta duda—. Pero la rodilla, sí.

—¿Puedo mirársela? Las rodillas no son ya secretas en nuestros días.

—No, pero tenga cuidado.

Se bajó la media, y Tony la examinó gravemente.

—Un rasguño. Voy a buscar un poco de agua caliente.

Se acercó a la mesa del té y trajo un pañuelo empapado. Lo aplicó gentilmente.

—Si le hago el menor daño, chille.

—Perfectamente. —Miró a su alrededor—. Vaya casa que tiene, ¿eh? —dijo—. Debe ser estupendo trabajar con lord Droitwich. Me han dicho que es un as.

—¿Quién ha dicho eso?

—Mistress Price. Está loca por él. Dice que era el chiquillo más bonito que ha visto en su vida. Tiene una fotografía de él, desnudo, sentado dentro de una concha.

—¡Qué asco!

—¡Oh, no, en absoluto! —dijo ella, animándose—. Era un chiquillo precioso. Tenía una cara monísima. No está casado, ¿eh?

—Se va a casar, según tengo entendido.

—¡Ah…! Ya pensaba yo que alguna muchacha lo pescaría tarde o temprano.

Tony la miró intranquilo.

—¿Qué le pasa? —preguntó la muchacha.

—¡Oh, nada!… —Tony se metió el pañuelo húmedo en el bolsillo y se levantó. La muchacha volvió a subirse la media. Se acarició la rodilla suavemente.

—Está mucho mejor —dijo.

Tony permanecía de pie con una ligera arruga en la frente. Tenía la sensación de que un hombre que acababa de prometerse merecía que le animaran un poco más de lo que estaban haciendo. Primero Freddie con su infernal «sí… y no», y ahora aquella muchacha con sus siniestras expresiones.

—¿*Pescar*, ha dicho usted? —preguntó después de una pausa.

—Por su título.

Tony esbozó una siniestra sonrisa. Sí, indiscutiblemente, las cosas se le estaban poniendo un poco difíciles.

—¿Considera usted fuera de los límites de la posibilidad que una muchacha

pueda querer a lord Droitwich por él mismo, tal como es?

La muchacha movió la cabeza decididamente y su cabello castaño danzó por delante de su ojos.

—Una muchacha de la sociedad, no. Las conozco demasiado. Mientras se hacen las manos, ¿comprende? Desde luego, esto era en Nueva York, pero no creo que las muchachas de sociedad sean muy diferentes aquí.

—¿Se confían a usted estas muchachas de la sociedad?

—Lo que usted llama confiarse, no. Pero suelen hablar como si yo no estuviese. ¿Crudo? ¡Pregúntemelo usted a mí! ¡Gusanos, las llamo yo!

El malestar de Tony aumentó.

—¿Y cómo… pesca exactamente una muchacha a un hombre?

—¡Oh! Pues, halagándolo… fingiéndose tímida…

Hay muchos sistemas… Haciéndose simpática… Dándole celos con algún otro hombre…

—¡Bertie Smethurst!

—¿Cómo?

—Nada, nada —dijo Tony—. Era solo una exclamación. El grito del corazón. Siga usted.

—En un sitio como éste debió de hacer que la llevase a dar paseos bajo la luna…

Tony se frotó la barbilla.

—Freddie tenía razón —dijo, tristemente.

—¿Freddie?

—Mi hermano.

—¿Trabaja también aquí?

Tony se echó a reír.

—¿Trabajar Freddie? No lo conoce usted. Es incapaz de levantar un alfiler del suelo.

La muchacha abrió los ojos.

—Escúcheme… —dijo—. ¿*Quién* es usted? No habla usted como un chófer ordinario.

—Buenas tardes, milord —dijo la voz de Ma Price detrás de ellos, reprimiendo decorosamente un hipo—. Le he andado buscando por todas partes.

La muchacha pegó un salto. Con aire de reproche se quedó contemplando al recipiendario de sus imprudentes confidencias.

—¿Milord? —dijo.

—Perdóneme… —dijo Tony—. ¡Hola, Nannie!

—¡No ha sido leal!

—Lo sé. Perdóneme.

—¡Hacerme hablar de esta manera…!

Mistress Price intervino con un reproche.

—Tenga la bondad de ver cómo trata a milord, Polly. ¡Ya se ha propasado,

seguro…!

—Nannie —dijo Tony—. Me sonrojo al decirte que he sido yo el culpable. Debes de haberme educado mal.

—Estoy segura de que no, milord —dijo mistress Price, irguiéndose—. Di a milord todo el cariño y cuidado que una criatura puede necesitar.

—Pero pocos azotes. ¿Y cuál ha sido el resultado? Que me he portado como un traidor con esta muchacha. Como un traidor, te lo digo yo. ¡Dios mío!

Se cubrió el rostro con las manos. Polly se echo a reír. Mistress Price adoptó una actitud severa.

—Está usted hiriendo a Su Señoría.

—No —dijo Tony—. Yo soy quien la he herido a ella. Así nos hemos conocido.

—Bueno, a mí todo esto me parece muy extraño —dijo mistress Price con austeridad—, y si me preguntan ustedes si me gusta, les diré francamente que no.

Hubiera sin duda desarrollado este tema, pero en aquel momento se abrió la puerta y entró Slingsby.

—¡Oh, otra vez aquí! ¿No te he dicho…? —Vio a Tony y su actitud perdió el impetuoso fuego y se hizo más sumisa—. Que milord me perdone… no me había dado cuenta de que Su Señoría se hallaba presente.

—Está bien, Slingsby.

—¿Puedo asegurar a Su Excelencia, milord, con toda sinceridad, que no es culpa mis que esta mujer se meta aquí cada dos minutos como un conejo en su madriguera?

—No importa. Teníamos precisamente una animada conversación.

—Muy bien, milord.

Tony se volvió hacia Polly.

—A propósito, creo que no nos conocemos. Me llamo lord Droitwich.

Polly mostró su franca sonrisa.

—Y yo Brown, Polly.

—¿Cómo está usted, miss Brown?

—Encantada de conocerlo, lord Droitwich.

Se estrecharon las manos. Y en aquel preciso instante entró lady Lydia Bassinger seguida de sir Herbert.

Lady Lydia se detuvo en el umbral. Mistress Price no era una de sus favoritas y en aquel momento parecía llenar todo el salón. Como preliminar de los reproches que pensaba dirigir a miss Polly Brown por su familiaridad y ligereza, fuera de lugar, Ma Price había comenzado a hincharse desmesuradamente de manera que le daba a lady Lydia la sensación de ocupar, dado su categoría, un excesivo número de pies cúbicos.

—¡Hola, mistress Price! —dijo—, ¿cómo está usted?

Mistress Price balbuceó.

—Muy bien, milady, gracias. Si no fuese el corazón que pega brincos…

—Lástima —dijo lady Lydia, fríamente—. Tendría que hacer algo.

—Te presento a miss Brown, tía Lydia —dijo Tony—. Acabo de arrastrarla

diecisiete yardas, dos pies y once pulgadas con mi coche. Es el *récord* europeo.

Ante una visitante de lejanas tierras lady Lydia era capaz de mostrarse amable. Y dijo con gran afabilidad:

—Espero que no esté usted herida, ¿verdad? Mi sobrino, cuando está detrás de un volante es una amenaza pública. Es usted la manicura de la peluquería de Price, ¿verdad? Tendré que ir a que me haga usted las manos la próxima vez que vaya a Londres.

—Y si me pregunta usted *por qué* mi corazón está destrozado… —prosiguió mistress Price, decidida a dirigir sus observaciones a sir Herbert, fijando en él sus ojos con la severidad de un marino de alta graduación.

—No, no, de ninguna manera —dijo sir Herbert, eludiendo la explicación.

Lady Lydia acudió en auxilio de su asediado compañero.

—Slingsby —dijo—, llévese a mistress Price a la habitación del ama de llaves y dele usted oporto o lo que quiera.

—Lo único que quiero es un poco de cariño y afecto —dijo la huésped de honor, secándose los ojos con un pañuelo sucio—. ¿Podría decirle a usted dos palabras, milord?

—Iré a verla más tarde, Nannie —dijo Tony. Veía claramente que lady Lydia había soportado a mistress Price cuanto sus fuerzas le permitían—. Tengo que llevar mi coche al garaje.

—Ya comprendo —dijo la infeliz, cayendo en un más profundo desaliento—. El coche representa para milord más que yo…, yo que tanto he hecho por él…

Lady Lydia y sir Herbert cambiaron una mirada.

—¡Slingsby! —dijo lady Lydia autoritariamente.

El mayordomo conocía demasiado la casa para tener que dirigirle una mirada de asentimiento o comprensión, pero avanzó como el hombre que sabe lo que se espera de él.

—Muy bien, milady —dijo, volviéndose hacia su hermana—. Vámonos, por favor, y no hagas tonterías.

De la misma manera que lady Lydia había «buscado» la mirada del mayordomo un momento antes, como la dueña de una casa durante una cena, Slingsby «buscó» ahora la de Polly. Hacía poco que conocía a Polly, pero sí lo suficiente para tener la certeza de que era una muchacha con la que podía contarse en momentos difíciles como aquel.

No estuvo mal depositada su confianza. Obedeciendo a la silenciosa llamada, Polly avanzó hacia mistress Price y tomando su brazo comenzó a tirar de ella.

—Vámonos, mistress Price —dijo—, le irá muy bien descansar tranquilamente un rato.

Mistress Price reflexionó sobre la proposición. Parecía dudar.

—Bueno, muy bien. Pero si quisiera, podría …

—¡Mistress Price! —gritó sir Herbert secamente.

La ofendida lo miró como si lo viese por primera vez en su vida.

—¡Oh! ¿Cómo está usted, sir Herbert? Estaba precisamente diciendo…

—No nos importa lo que estuviese usted diciendo —interrumpió lady Lydia—. Lord Droitwich irá a verla antes de que se marche usted.

—Desde luego —dijo Tony.

Ma Price movió la cabeza, una cabeza sobre la cual, como sobre la de Mona Lisa, parecían haber caído todos los infortunios de la tierra.

—No me tiene ya el menor cariño… ni el menor…

—¡Qué tontería! —dijo sir Herbert—. ¡Pues claro que sí! Ahora váyase, sea usted buena… Dígame, ha cobrado usted su pensión, ¿verdad?

—¡Oh, sí! He cobrado mi pensión. Pero algunas veces me pregunto si vale la pena. Me hace el efecto de vender mi primogenitura por un plato de «porridge».

Con un último puchero, dejó que Polly se la llevase de la habitación. Slingsby salió cerrando la marcha; en su porte había una mezcla noble de declinar toda relación con la escena, y de excusarse por tener una hermana de aquella especie.

Tony la vio salir.

—¿Qué diablo estaba diciendo?

—Nada, nada… —dijo sir Herbert, sacudiendo la cabeza como si tuviese una mosca que lo molestase—. Está bebida. Será mejor llevarla a tu gabinete, Lydia, y que no se mueva de allí hasta que sea hora de marcharse a casa.

—Sí, creo que tienes razón.

Tony, asombrado, los miraba a uno y otro alternativamente.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¿Por qué? Pero ¿qué ocurre?

—Es una vieja chiflada —dijo sir Herbert, secamente—, y en el estado en que se encuentra sabe Dios lo que puede contar a los criados.

—¿Qué puede decir?

—¡Oh, no lo sé! —dijo sir Herbert, respirando con trabajo—. Es capaz de inventar historias respecto a tu padre…

—¿Por qué mi padre?

—O sobre mí. O sobre cualquiera. Por el amor de Dios, no hagas más preguntas.

Tony no entendía una palabra.

—¿Por qué demonios estás tan nervioso?

—¿Nervioso? ¡Qué tontería! No estoy en absoluto nervioso.

Tony lanzó un súbito grito de triunfo.

—¡Dios mío! ¡Ya lo entiendo! Ma Price forma parte de tu sucio pasado.

—No seas idiota, Tony —dijo lady Lydia.

—Date prisa, Lydia —dijo sir Herbert—. ¡No pierdas el tiempo aquí! Llévatela y no la dejes hasta que se haya dormido. Incluso ahora podría hablar demasiado.

Cuando la puerta se cerró detrás de lady Lydia, Tony se volvió hacia su tío, dispuesto a profundizar el asunto basta las raíces.

—Ahora, tío Herbert, mírame frente a frente. ¿Fue esta noble dama algo para ti

hace veinticinco años?

Sir Herbert soltó un resoplido.

—De ninguna manera. Hace veinticinco años yo era un tío famoso en el campo de la comedia ligera y musical.

—¡Huumm! —dijo Tony—. ¿Debo creerte o no? Tu conducta es evasiva y sospechosa. Siempre me he preguntado a qué era debida tu insistencia de pasar una pensión a Ma Price.

—¡Válgame Dios, muchacho! ¿Es que un criado fiel no tiene derecho a una pensión?

—¡Oh, no se la regateo! Quiero mucho a Ma… especialmente a distancia. Syd, su retoño, ya no me gusta tanto. Sospecho que este granuja dice cosas feas de la aristocracia en Hyde Park. Me mira con ojo acusador, como si creyese que yo y los que son como yo, somos quienes bloqueamos las ruedas del Progreso. Sería mucho menos severo si supiese la enorme lata que es ser conde. Me gustaría que lo fuese una temporada.

—¡Dios mío! —gritó sir Herbert casi con un sollozo—. ¡No digas esto…!

—Sí, sí, lo pienso. Estoy asqueado hasta el gaznate de todos estos tipos que piensan que un conde no tiene ninguna preocupación en la vida. Deben creer que una propiedad se administra sola. Si Syd Price se encontrase repentinamente en mi pellejo…

—¡Por favor! ¡Por favor!

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás temblando?

—No tiemblo.

—Tiemblas como una bella flor bajo la furia del huracán, tío Herbert, y quisiera saber…

—¡Oh! Ya estás otra vez…

La cabeza de Ma Price apareció en la puerta entreabierta. Sir Herbert la miró cómo si hubiese sido la de la Medusa.

—¡Válgame el Cielo! —sollozó—. ¿Qué diablos hace Lydia?

CAPÍTULO V

Ma Price se metió tímidamente en la habitación. Llevaba en la mano una copa de oporto medio vacía y a este hecho debía sin duda alguna atribuirse el que su aspecto hubiese sufrido un cambio tan sorprendente. Si era en mejor o en peor, le hubiera sido difícil a un crítico afirmarlo. De las profundidades de la melancolía se había elevado ahora hasta las alturas de una genial e incluso exuberante animación. Parecía considerar a toda la humanidad como unos hermanos menores.

—¿Puedo entrar? Ustedes ya *están* dentro —balbuceó amablemente—. Bien, querido —prosiguió sonriendo a lord Droitwich—, ahora podemos charlar un poquito.

Tony retrocedió. El paso de Ma Price era vacilante, pero maniobraba visiblemente en dirección al beso.

—Por favor, Nannie —suplicó—. Ahora no, estoy comprometido…

Ma Price se echó a reír.

—Ya lo sé, querido mío. Todo el mundo habla de lo mismo. Y espero que sean ustedes muy felices. ¡Hip! —Se detuvo y miró severamente a sir Herbert—. ¡Oh, sir Herbert! Estoy sorprendida…

—¿Qué diablos he hecho yo? —preguntó el desgraciado.

—¿Cómo? ¿Usted…? ¡Hip! Esto es lo que ha hecho.

—Será mejor que vaya usted a acostarse, mistress Price —dijo sir Herbert.

Estas palabras, por alguna razón ignorada, parecieron herir su vanidad femenina. Se irguió con toda su estatura, y su jovialidad pareció sufrir un momentáneo eclipse.

—No, estoy bien —dijo con dignidad—. Adelante.

—He acatado sus órdenes bastante tiempo, sir Herbert Bassinger.

—Escuche, mistress Price, no voy a soportar más tonterías. —Se dirigió hacia la puerta a la que se acercaba lady Lydia precipitadamente—. ¿Cómo diablos la has dejado escapar, Lydia?

—No he podido cogerla —dijo su mujer sencillamente—. Cuando llegué a la antecocina había desaparecido. Al parecer se ha pasado la tarde rondando por toda la casa.

Polly Brown apareció en el umbral.

—¡Oh! ¿La han encontrado ustedes?

Tony miró a su alrededor, asombrado.

—¿Es que están ustedes jugando al escondite? —preguntó.

La amabilidad de Ma Price, alterada por su último encuentro con sir Herbert, estaba ya completamente restablecida. Terminó su copa de oporto y dirigió a toda la concurrencia su más radiante sonrisa.

—Señoras y caballeros —dijo, apoyando una mano sobre una oportuna mesa— tengo algo que decirles. Ahora que estamos todos aquí reunidos vamos a beber a la salud de mi querido muchacho y su futura esposa. ¡Que todos sus contratiempos sean

leves! ¡Hip! ¡Oh, lady Lydia, usted también! —dijo como censurándose un olvido.

El comentario de lady Lydia fue breve.

—¡Qué asco de mujer! —exclamó.

De nuevo se obscureció su genialidad. Reapareció el aspecto lacrimoso descrito en la Primera Fase.

—Conque asco yo, ¿eh? —dijo señalando a Tony con un dedo tembloroso—. ¿Es que va usted a permitir que hablen de mí en esta forma? Ya estoy harta de todo esto. Tengo muchas ganas de soltarlo todo y liberar mi conciencia.

Sir Herbert dirigió una mirada de angustia a su mujer.

—Escúcheme usted —dijo, dirigiéndose a Ma Price como si la mirada le hubiese refrescado y dado vigor—. No quiero más tonterías de esas. Va usted a irse a la biblioteca y se acostará un rato.

Ma Price se apartó de su infeccioso contacto.

—¡No me ponga usted las manos encima! —gritó enfurecida—. ¡Usted es quien me ha hecho pasar año tras año ahogando la voz de la conciencia y cobrando a cambio! ¡Apártese de mí!

Polly dio un paso hacia adelante.

—Me la llevaré —dijo tranquilamente—. Venga usted, mistress Price. En la biblioteca hay un sofá muy cómodo y le arreglaré el pelo para que esté usted bien a la hora de la cena.

—Es usted una buena chica, Polly —sollozó conmovida mientras dejaba que se la llevasen de allí—. No ha matado nunca a nadie y así se lo he dicho a Syd. —Este nombre pareció reavivar el antiguo luego una vez más. Se volvió hacia sir Herbert—. ¡Pobre Syd! ¡Cuando pienso en todo el mal que le he hecho, y él tan bueno para mí…! ¡Sí, sir Herbert Bassinger, si no hubiese sido por usted…! ¡Hip!

—Ya basta, mistress Price…

—¿Sí, eh? —Parecía dudar—. ¡Hip! En esto se equivoca, ¿ve usted? Pero tengo demasiado hipo y quiero evitárselo a ustedes.

Y con esta frase espartana se retiró, rozando a Freddie en el marco de la puerta. Freddie, que se dirigía hacia el saloncillo creyendo que se aproximaba la hora en que los cócteles harían su aparición, se detuvo, mirándola y frunciendo el ceño.

—A menos de que mi experta mirada me engañe —dijo—, esta mujer está ebria.

—¡Claro que está ebria! —dijo, irritado, sir Herbert.

—¿Por qué no la ponen ustedes en manos del idiota de su hijo y le dicen que se la lleve?

Lady Lydia lanzó un agudo grito.

—¡No debe acercarse a su hijo!

—Oye, ¿qué significa todo esto? —preguntó Freddie, perplejo.

Tony avanzó. Su aspecto era sombrío.

—Esto es lo que quiero saber. Aquí hay un misterio.

—No, no, no —dijo sir Herbert, obstinado.

—Lo hay. ¿Creéis que soy tonto? ¿Qué es todo esto que estaba diciendo sobre la conciencia y el dinero?

—¡Herbert! —dijo lady Lydia, desplomándose sobre una silla. Parecía una mujer que ha abandonado la lucha—. Herbert, tiene que saberlo.

—¡Lydia!

—Sí, es necesario. Y Freddie también. No puedo soportarlo por más tiempo.

—Sí, vamos a ver, algunas notas aclaratorias al pie de la página —dijo Freddie—. Empiezo a sentirme como el héroe de una novela de Edgar Wallace, preguntándome cuál de vosotros es el Demonio Estrangulador y cuál el No Sé Cuantos de Ojos Verdes.

—La bruja esta no es de cuidado cuando no ha bebido —dijo sir Herbert—, pero en este estado me da miedo.

—No comprendo que nadie le pueda tener miedo a una nodriza una vez ha crecido uno —dijo Freddie.

—Díselo, Herbert —dijo lady Lydia.

—Sí —dijo Tony—. Estoy esperando, tío Herbert.

—Muy bien, muy bien… —murmuró sir Herbert Bassinger.

CAPÍTULO VI

Se levantó, se acercó a la puerta y la cerró. Se detuvo delante de uno de los ventanales y miró hacia el jardín. Freddie contemplaba todas aquellas actitudes melodramáticas con cierta irrisión y estaba a punto de hacer algún acerbo comentario cuando sir Herbert, convencido de que el efecto estaba producido, adoptó la inmemorial actitud del *gentleman* inglés: se puso delante de la chimenea con las manos a la espalda, y tomó la palabra:

—Tony —dijo—, ¿qué sabes de las circunstancias de tu nacimiento?

Tony frunció el ceño. Estaba intrigado y era una cosa que detestaba.

—Nací en la India…

—… donde los padres de nuestro héroe —añadió Freddie— residían en aquel tiempo. Siendo un niño delicado, fue enviado a Europa bajo el cuidado de una *ayah*…

—Falso —dijo sir Herbert—. Tony no nació en la India.

—En este caso —dijo Freddie—, los archivos familiares me han tomado el pelo.

Lady Lydia se puso en pie.

—Díselo, Herbert —dijo.

Sir Herbert Bassinger tragó saliva con dificultad, como el hombre a quien se administra una medicina desagradable.

—Muy bien —dijo—. Tony, tú naciste encima de una peluquería de Mott Street, Knightsbridge.

Tony parpadeó.

—¿Eh? Pero ¿cómo mi madre…?

—Si por tu madre —dijo sir Herbert— entiendes la difunta lady Droitwich, no tiene nada que ver con ello.

El Hon. Freddie Chalk-Marshall podía resistir hasta aquí. Esto, en su opinión, era ya excesivo. Miró al orador con dureza.

—Tío Herbert —dijo—, tú, te has tomado dos copas…

—¡*Díselo*! —intervino lady Lydia—. No te andes más por las ramas.

Sir Herbert explicó que estaba tratando de largarle la cosa con suavidad.

—Pues déjate de suavidades —dijo lady Lydia.

—Es verdad —asintió Tony—, que estalle la bomba y recoged mis restos.

De nuevo sir Herbert pareció tragar la desagradable medicina. Se atragantó. Después reaccionó con un visible esfuerzo.

—Muy bien —dijo—. Esta pobre mujer, mistress Price, es tu madre.

—¡Dios mío! ¡Quieres decir que…!

—No, no eres hijo ilegítimo… Es peor que esto.

—¿Peor? ¿Puede haber algo peor que esto? ¡Si no fuese hijo legítimo no tendría derecho al título!

—No tienes derecho al título —dijo lady Lydia.

—¿Es que os habéis vuelto locos los dos?

Sir Herbert lanzó un gemido.

—Es muy sencillo, ¡maldita sea! El pequeño Droitwich que fue mandado de la India fue confiado a una nodriza que lo amamantó. Naturalmente, la mujer tenía que tener, un hijo de una edad muy aproximada a la del otro crío.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Tony pasándose su mano febril por los cabellos—. Veo lo que queréis decir. El pequeño Droitwich murió y yo…

—El pequeño Droitwich no murió. Vive hoy todavía.

—¿Vive? ¿Dónde?

—Está ahora en las dependencias de servicio —dijo sir Herbert—. Es Syd Price, el peluquero.

El silencio que siguió a esta revelación fue roto por un grito de agonía casi animal. No procedía de Tony, que estaba mirando fijamente, a sir Herbert. Este aullido de espantosa amargura fue lanzado por el Hon. Freddie.

—¡Syd Price hermano mío! —gritó, atónito.

—No es verdad —dijo Tony, acongojado—. No puede ser verdad…

—Lo es, Tony, lo siento. Es la pura verdad —dijo lady Lydia.

Freddie luchaba todavía con su congoja particular.

—¡Pero si no puede ser mi hermano! —gemía—. ¡Lleva una corbata de nudo hecho!

Tony se acercó al ventanal, miró hacia afuera y volvió a reunirse con el grupo. Se sentó en el sofá. Tenía el rostro blanco.

—Creo que será mejor que me lo expliquéis todo —dijo—. ¿Estáis seguros de todo esto?

—Completamente seguros.

—¿Desde cuándo lo sabéis?

—Desde que cumpliste dieciséis años.

Tony adoptó una expresión trágica.

—¡Doce años! Habéis guardado bien el secreto. ¿Y cómo llegasteis a averiguar la verdad precisamente entonces?

—Este punto es perfectamente claro. Hubo un accidente en una de las lineas subterráneas y mistress Price se encontraba allí por casualidad. No fue herida, pero la impresión le dio una especie de ataque cardíaco.

—Creía morirse —añadió lady Lydia.

—Y llamó a Droitwich para referirle la historia —prosiguió sir Herbert—. En un arranque de conciencia, comprendes… Aquello del arrepentimiento *in articulo mortis*…

—Comprendo…

—Yo estaba en mi club cuando tu padre me llamó pidiéndome que fuese en el acto a Knightsbridge. Estaba muy agitado, pero no quiso decirme nada por teléfono… dijo que era peligroso. De manera que me metí en un coche y acudí a la peluquería, y

allí Droitwich hizo que la nodriza Price repitiese la historia. El resumen era que durante el año y medio anterior al regreso de lord Droitwich y su esposa de la India, ella había substituido a su hijo por el de ellos.

—Ya… —dijo Tony.

Freddie seguía todavía luchando denodadamente con su angustia.

—Pero, ¡cáspita! Estas cosas no pueden hacerse… —protestó—. ¿Es que no había ningún parecido de familia?

—Creo que el chiquillo *parecía* parecerse a su padre. Pero respecto a este punto —añadió sir Herbert—, todos los recién nacidos parecen Droitwich.

—Ya conoces el tipo —dijo lady Lydia—. Regordete, rosado, vago…

Freddie no abandonaba la partida.

—Pero ¿es que no había ninguna marca distintiva en estos cochinos niños? —sollozó—. Debía haber alguna marca. En estos casos siempre hay una marca. No hay más que ver los pasaportes. «Señas particulares»…

Sir Herbert bajó la cabeza tristemente.

—A eso voy. Esto fue lo que dio la certidumbre de la cosa. El pequeño Droitwich había sufrido una grave escaldadura en un brazo antes de salir de la India. Cuando sus padres regresaron, un año y medio después, la cicatriz había desaparecido. La nodriza Price explicó que la marca se había ido borrando paulatinamente. Catorce años después, el hombre conocido hoy por Syd Price, ostenta todavía esta marca.

—Pero entonces, ¡maldita sea! —dijo Tony—. Si estabais, los dos convencidos de que era…

—Espera un poco —dijo lady Lydia—. Ahora va a eso.

—Lady Droitwich —dijo sir Herbert— estaba entonces en un delicado estado de salud. Si hubiésemos tratado de quitarle el chiquillo que creía su hijo, a quien idolatraba, y tratado de substituirlo por aquel espantoso intruso, la impresión hubiera podido matarla. Durante toda la noche Droitwich y yo estuvimos discutiendo qué había que hacer. Entonces se me ocurrió una idea. Supongamos que le llevásemos el chiquillo a verla… que la dejásemos sola con él… Con toda seguridad el instinto de madre se revelaría… Seguramente sentiría una impresión…

—¿Y así fue?

—Desde el momento en que fijó los ojos en él, declaró que era la criatura más asquerosa que había visto en su vida.

—No pudo soportarlo —dijo lady Lydia.

—Y cuando su marido le propuso adoptar al chiquillo, sospechó inmediatamente un lío de la mano izquierda. Creo que le hizo la vida imposible al pobre Droitwich a causa de esto.

Sir Herbert Bassinger lanzó un profundo suspiro y se pasó un dedo por el interior del cuello de la camisa. Parecía feliz por haber llegado al final de su narración.

—¿Es esto todo? —preguntó Tony.

—Sí, eso es todo.

—¡Y ya es bastante! —dijo Freddie.

—Aconsejé a Droitwich que dejase las cosas como estaban. Teníamos, le hice ver, un muchacho criado para la posición que debía ocupar…, bien educado, buenos modales…

—Tienes muy buenos modales, Tony —dijo lady Lydia.

—Y por otra parte, el otro muchacho, mal educado, basto, de aspecto desagradable…

—¡Amén! —dijo Freddie.

Tony se agitaba febrilmente en el sofá.

—Pero ¿qué voy a hacer yo ahora? —gritó.

—¿Hacer? —dijo lady Lydia en un tono que no admitía la menor vacilación—. No hay más que una cosa que *hacer*.

—Exacto —intervino sir Herbert—. Quedarte en tu sitio y tener mucho cuidado en que esta mujer cierre el pico.

—Pero, ¡maldita sea! —exclamó Tony—. ¡Yo no puedo…!

Freddie se acercó a él y después, de haberle dado unos golpecitos cariñosos en el hombro, lo favoreció con su más suave cordura.

—No seas bestia, muchacho —dijo Freddie con tono de censura—. Si alguna vez se te ha presentado una ocasión de no portarte como un perfecto idiota, es esta. Serénate, muchacho. Incluso si quieres cambiar de sitio con Syd Price, piensa en mí… ¿Es que te propones favorecerme deliberadamente con un hermano como éste?

—Verdaderamente, Tony —dijo lady Lydia—, si el propio hijo de su padre no cree aconsejable poner las cosas en su sitio, ¿por qué te preocuparías tú?

—Has hablado como un hombre, tía Lydia —dijo Freddie, con aprobación.

—¿Preocuparme? —dijo Tony volviéndose hacia sir Herbert—. Ya… ¿es que no te has preocupado nunca tú?

—¡Nunca! Hago todo lo que puedo por el muchacho. Me corta el pelo dos veces al mes cuando voy a Londres…

—Y yo lo recomiendo a todas mis amigas —dijo lady Lydia—. Así fue como ha podido instalar una sección de señoras.

—Y si no hubiese tenido la sección para señoras —hizo observar Freddie— no hubiera conocido jamás una preciosidad de muchacha como esta que ha traído aquí. Pero, ¡si el hombre tiene de qué enorgullecerse!

Tony sonrió levemente.

—¡Oh, nadie podría criticaros vuestro egoísta altruismo! —dijo—. Pero, de todos modos…

Se calló. Alguien había llamado a la puerta. El silencio reinó en la habitación. El Consejo de Familia cambió una mirada.

—Adelante —dijo Tony.

Entró Polly Brown. Y ante su aparición, un silencioso suspiro de alivio escapó de los pechos de, por lo menos, tres de los presentes. Lady Lydia expresó su sentimiento

dirigiendo una agradable sonrisa a la muchacha.

Polly parecía completamente tranquila.

—¿Podría hablar con usted un momento, lady Lydia? —preguntó.

—Desde luego. ¿Qué ocurre?

—Quisiera preguntarle, si me lo permite usted —dijo Polly—, si hay algo de verdad en la historia de mistress Price.

CAPÍTULO VII

Un angustiado silencio siguió a esta desoladora pregunta. Fue roto inmediatamente por sir Herbert y lady Lydia, Sir Herbert expresó su angustia con un sonido parecido al del cordero que se ahoga con una brizna de hierba. Lady Lydia contestó.

—¿Qué historia? —preguntó, juntando las manos y ahogando el grito de angustia qué sentía deseos de lanzar.

—La del cambio de niños.

—¿Así que se lo ha contado a usted? —dijo Tony sin ninguna emoción.

—Sí.

—¡Dios confunda a esta mujer! —estalló sir Herbert—. ¿Con qué derecho le viene a usted con estas historias?

—Supongo que fue porque me encontraba allí —dijo Polly—. Creo que se la hubiera contado a cualquiera. Y sabe que me gusta, míster Price.

—¿Que le gusta a usted míster Price? —preguntó Freddie con incredulidad.

—Sí. Me limito a decir esto, pero no quisiera que me tomasen ustedes por una fresca. Me gusta míster Price. Ha sido siempre muy bueno conmigo desde que empecé a trabajar con él. Y, créanme ustedes, no todo el mundo trata bien a las muchachas en esta clase de negocio cuando una trabaja con ellos. Míster Price se ha portado siempre muy bien conmigo y por esto quisiera que fuese feliz.

Sir Herbert se ahogaba.

—Todo esto está muy bien, miss Brown pero no va usted a esperar que lord Droitwich…

—Por eso precisamente es por lo que quisiera pedirles que si la historia es verdad no se la cuenten a míster Price.

—¿Dice usted que no se la contemos a míster Price? —dijo Freddie tambaleándose—. ¿Ha dicho realmente que no se la contemos?

Polly prosiguió pausadamente:

—Míster Price es uno de los hombres más felices que podría usted encontrar. Está loco por su profesión y orgulloso de ganarse tan bien la vida. Tendría usted que oírlo hablar de sus proyectos de instalarse un día en Bond Street. Es como un chiquillo proyectando una, merienda. Les digo a ustedes que su sitio es el que actualmente ocupa. Tiene puesta en el oficio su alma y su corazón y sería desgraciado Si tuviese que dejarlo. Echarle encima un título y un caserón como éste es estropear su vida.

—Bien —dijo lady Lydia, que fue la primera en recuperar aliento suficiente para comentar el nuevo aspecto de la cosa—. Indudablemente es un punto de vista desde donde poder mirar el caso…

—El único —dijo Freddie con energía, sonriendo a Polly con aprobación—. No sé si se ha dado usted cuenta de ello, pero cada palabra que sale de sus labios es una perla de Oriente de puros rayos serenos…

—Sólo miro la parte sensible del asunto. En este mundo nadie es feliz si no se siente a sus anchas. Un rey no sería feliz si sus zapatos le apretasen.

Aprobación general.

—Salomón —afirmó sir Herbert, dirigiéndose a la concurrencia y empleando un tono de respeto—, era un imbécil el lado de esta criatura.

—Míster Price no tendrá un momento de tranquilidad si hacen ustedes de él un conde. Estará constantemente preocupado e inquieto por miedo de meter la pata.

—Quiere decir —interpretó Freddie, que había olido el inefable perfume del habla americana—, que tendrá miedo de colarse.

—Va a creer que la gente se ríe de él. Y le horroriza que alguien se ría de él. Lo sé —dijo Polly pensativa— porque lo he probado.

Tony era el único de los presentes que no parecía pensar que todo iba a pedir de boca.

—Sí —dijo—, no diré que no tengan ustedes razón. Pero la cosa no será tan cómoda ni tan fácil para mí; voy a tener que vivir del dinero que pertenece a otra persona y oírme llamar constantemente lord Droitwich cuando sé que no soy más que un vulgar impostor.

Freddie movió la cabeza con aire de reproche.

—Es morboso, muchacho. Es morboso… Tienes que corregir esta tendencia.

—En todo caso —dijo lady Lydia—, creo que lo considerarás bastante más agradable que vivir en Mott Street, Knightsbridge y oírte llamar míster Price.

—Hay algo en el fondo de esto, me parece.

—Y, además, hay que pensar también en Violet, desde luego.

—Sí —dijo sir Herbert—, ¿no vas a querer perder a Violet?

—¿Cómo perderla? —dijo lady Lydia—. El título no significa nada para Violet. Ella misma me lo ha dicho.

—Exacto —dijo sir Herbert, precipitadamente—. Exacto. Es una buena muchacha, sin egoísmo…

—Entonces, ¿no creen ustedes —dijo Polly— que cuando una muchacha es tan buena y tan poco egoísta, es muy poco leal aprovecharse de ella?

—Bien dicho —dijo sir Herbert.

Miró ansiosamente a Tony. Lo mismo hizo, lady Lydia, Y algo parecido, si bien con mayor intensidad, Freddie. Su decisión tenía mucha importancia para él.

—Muy bien —dijo Tony, desfallecido—. ¿Qué representan entre amigos unos cuantos escrúpulos de conciencia? Dejaremos las cosas como están.

—¡Hurra! —gritó Freddie.

—¡Gracias a Dios! —dijo lady Lydia.

—Y gracias sean dadas al cielo —dijo sir Herbert, devotamente— de que la imbécil de mujer esa esté durmiendo tranquilamente en la biblioteca donde no puede contárselo a nadie. ¡Imaginaos que empezase a rondar por la casa contándoselo a todo el mundo!

—Perdone, milord —dijo Slingsby, apareciendo en el umbral—, ¿podría el señor informarme respecto al paradero de mistress Price?

Sir Herbert pegó un salto como una ballena arponeada. Se tambaleó atontado.

—¿Cómo? —articuló, casi sin aliento.

—¡No me diga usted que no está en la biblioteca! —susurró lady Lydia, con voz ronca.

—La biblioteca está vacía, milady.

Polly lanzó un grito.

—¡Me habrá hecho una jugarreta fingiendo haberse dormido sólo para alejarme de allí! ¡Oh, por qué me dejé engañar tan fácilmente! Jamás me perdonaré, jamás…

Se dirigió hacia la puerta. Sir Herbert la detuvo con un movimiento de su mano.

—Espere un momento.

—Sí —dijo Freddie—. ¡En este momento crítico lo necesitamos a usted, Slingsby!

—Señor…

—Busque usted a ese granuja de Syd Price y mándelo aquí.

—Muy bien, señor.

—Y ahora —dijo Freddie, cuando la puerta estuvo cerrada— si se lo ha dicho a la excrecencia Price, sólo nos queda una esperanza. —Tendió la mano en dirección a Polly—. El Príncipe Salomón, la muchacha de la frente protuberante.

—Sí —asintió lady Lydia—. Si puede usted exponerle su argumento en la misma forma en que nos lo ha expuesto a nosotros, puede usted convencer al Joven Price cómo ha convencido a lord Droitwich.

—¿Olvidan ustedes que era ventajoso para lord Droitwich dejarse convencer? —preguntó Polly.

—Sí, sí, sí… —dijo sir Herbert—. Pero seguramente si le dice usted que el papel es demasiado grande para poder desempeñarlo él…

—Jamás le diré esto a míster Price. Dígale usted que es incapaz de hacer una cosa y sin pensarlo un instante se echa de cabeza a intentarla.

—¡Vaya tipo desagradable! —dijo Freddie—. Lo he dicho siempre.

Lady Lydia se mostró suplicante.

—Pero si hace ya doce años el difunto lord Droitwich en persona desesperó de poder jamás hacer de aquel muchacho un heredero aceptable a su condado, pregúntele qué especie de Par del Reino se cree capaz de ser hoy.

—Sé cuál será su respuesta.

—¿Cuál?

—Admitirá ser bastante ridículo, pero no más ridículo que muchos otros.

—Y en esto tendrá razón —dijo Tony.

—Bien, en todo caso —dijo Polly—, voy a ver lo que pasa.

—Vaya —dijo sir Herbert—, sí, vaya, por favor.

—Y crea una cosa —dijo Tony, abriéndole la puerta—, y es que le estoy muy

agradecido por todas las molestias que se está tomando.

Polly le dirigió una sonrisa y salió. Tony cerró la puerta y volvió a ocupar su sitio en el Consejo de Familia.

—Ahora, escuchad todos —dijo sir Herbert, en su calidad de autoelegido presidente—. Creo que el camino más prudente a seguir cuando llegue este muchacho es tratar de convencerlo ofreciéndole dinero.

—Sí —dijo lady Lydia, secundando el proyecto—, mucho dinero.

—Una donación importante y liberal a condición de que firme la renuncia a sus derechos —dijo sir Herbert.

—Exacto —dijo Freddie—. Pero, una cosa, haced la oferta descuidadamente; así, como si tal cosa.

—Veo lo que quieres decir —dijo sir Herbert—. Comprendo. Como si tomásemos la cosa así, ta, ta, ta…

—Eso mismo —dijo lady Lydia, con entusiasmo—. Como si lo encontrásemos increíble y divertido.

Tony pulsó una nota estridente en aquel coro de júbilo.

—¡Al demonio tantos planes y conspiraciones! —dijo.

Freddie se vio obligado una vez más a censurar a su hermano.

—Mi querido lord —dijo—, hay momentos en la vida en que lo único que se puede hacer es conspirar y conspirar a fondo. Da gracias al cielo de que ganase mis galones de estrategia en Oxford.

—Bueno, bueno, si es necesario…

—Es vital.

—Me doy asco.

—Estás estupendo. Ahora bien, no lo olvides, ta, ta, ta… Prepárate a considerarlo increíble y divertido.

Resonó un golpe en la puerta. El Consejo se puso rígido.

—Adelante.

Charles, el ayuda de cámara, entró.

—Perdóneme, milord —dijo—. Pero milord me dijo que le recordase que debía vestirse temprano esta noche.

El Consejo se tranquilizó.

—¡Ah, sí! Muchas gracias, Charles.

—Oiga, Charles —dijo sir Herbert.

—Sir Herbert…

—¿Sabría usted, por casualidad, dónde está míster Price?

—En las habitaciones del ama de llaves, sir Herbert —dijo Charles—, hablando con su madre.

CAPÍTULO VIII

No le es dado a menudo a un vulgar ayuda de cámara electrizar a toda la familia a cuyo servicio está como si hubiese hecho estallar una bomba bajo sus narices. Los deberes del personal subalterno de las casas rurales de Inglaterra raras veces les dan la oportunidad de alcanzar tan grandes designios. En todo el suelo de Inglaterra, Charles era probablemente el único de su categoría que podía ser causa, con una sola palabra, de que un baronet se mordiese la lengua, una esposa de baronet estuviese a dos pasos del ataque cardíaco y el segundón de conde dejase caer su monóculo, todo simultáneamente. Y lo irónico del caso era que el hombre que ostentaba aquel récord no parecía darse cuenta del sensacional acto realizado; porque, pasado el primer momento de la involuntaria reacción, los miembros del Consejo recuperaron su flemática actitud y volvieron a ser ellos mismos.

—¿Con su madre? —preguntó lady Lydia. Nadie hubiera dicho al oír lo reposado de su voz que una negra desesperación estaba royendo su alma—. ¿Está usted seguro?

—Sí, milady.

Freddie parecía todavía más indiferente. Había recuperado la calma correcta e inveterada de los Chalk-Marshall.

—¿Cómo estaba, Charles? ¿Cómo estaba la pobre mujer?

—Me parece que creía hallarse cerca de la muerte, míster Frederick.

Un «¡Oh, Dios mío!» escapó casi de los labios de sir Herbert, pero llegó a tiempo de refrenarlo. Sin embargo, se oyó una especie de sonido como de ratón en apuros que procedía de él, y el ayuda de cámara Charles lo atribuyó a un amable y aristocrático interés por una fiel familia de servidores. Charles lo consideró muy honroso y se apresuró a tranquilizarlo.

—No será nada, sir Herbert —dijo con indulgente respeto—. La conozco. Dentro de media hora andará por ahí cantando y riéndose.

—Sí, sin duda alguna —dijo Freddie, tristemente.

—Escuche, Charles —dijo Tony—. ¿Quiere usted rogar a Syd Price que venga en seguida?

—Muy bien, milord.

El ayuda de cámara se retiró.

—¿Qué retendrá a este hombre? —preguntó sir Herbert, obstinado, temblando todavía de emoción—. Cada persona que sale de aquí lleva instrucciones de buscar al Price ese y mandárnoslo, y no viene. ¡No viene, maldita sea…!

—Debe de encontrar apasionante la conversación de la vieja. No puede apartarse de ella.

—¡Esto es espantoso! —dijo lady Lydia—. Debe de habérselo dicho.

Freddie la tranquilizó con un ademán.

—En este caso —dijo—, nuestra política subsiste. «Indiferencia» es la palabra

justa. A toda costa debemos mostrarnos indiferentes e incluso distraídos. ¡Pardiez, si la educación sirve para algo, debemos poder, por lo menos, superar a un barbero!

Sir Herbert reflexionó.

—Yo diría…

—Distraídos… —suspiró Freddie.

—Yo diría…

—Indiferentes.

—Desde luego, desde luego. Sin duda alguna, indiferentes. Le diré indiferente que una historia ha llamado mi atención, una historia inventada probablemente por su madre…

—Eso, eso —dijo Freddie—. Usa grandes frases. ¡Asústalo!

—Si se me ocurre alguna, así lo haré —dijo sir Herbert.

—*Supererogación* es una buena palabra, si te acuerdas de ella —dijo Freddie, servicial.

Se oyeron pasos detrás de la puerta. Una vez más el Consejo se preparó para la tortura. Giró el picaporte y entró precipitadamente míster Waddington seguido de su hija Violet.

—¡Lord Droitwich! —exclamó míster Waddington.

—Perdonen la emoción de mi padre —dijo Violet—. La última bomba social lo ha puesto nervioso.

Sir Herbert lo miraba desalentado.

—¿Bomba?

—¿Quiere usted decir que se ha enterado? —grito Tony.

—Ciertamente, sí —dijo míster Waddington.

—¿Para qué diablos habrá querido decírselo *a usted*? —preguntó Freddie, tímidamente.

—¿Eh?

Lady Lydia intervino. Sospechaba que había una confusión de ideas.

—Un momento, Freddie.

—Pero ¿qué tiene que ver él, con ese asunto? —preguntó Tony.

—¡Esta me gusta! —exclamó míster Waddington con la boca abierta.

—Perdone —dijo Tony—. He sido brusco. Pero este asunto me ha puesto fácilmente excitable. Cuando un hombre está a punto de perder su título y hasta el último penique que posee en este mundo…

—Pero ¿de qué diablos está usted hablando? —preguntó míster Waddington.

—¿No dice usted que la vieja se lo ha dicho todo?

—¿La vieja…?

—Míster Waddington está hablando de tu noviazgo —gritó lady Lydia, sufriendo horrores—. ¡Tu noviazgo!

Tony se detuvo.

—¡Mi noviazgo! ¡Válgame Dios, lo había olvidado!

—Muy divertido y gracioso… —dijo Freddie, soltando una franca risotada—. Una mala interpretación. Dos personas hablando de temas diferentes…

—Pero ¿qué es eso de perder su título?

—Nada, nada… —dijo sir Herbert—. Una broma.

—Una pura cuchufleta… —añadió Freddie.

Míster Waddington no había hecho una fortuna en los negocios sin poseer una cierta agudeza. Se enorgullecía de ver lo que pasaba detrás de un muro de ladrillos. Allí había algo sucio, se dijo, y pensaba llegar al fondo del asunto.

—No puede haber sido una broma —dijo con recelo—. Aquí hay gato encerrado. Lo veo en sus rostros. Podría decirlo por la forma como se comportan, dejando de lado lo que han dicho. E insisto en saber de qué se trata. Ahora que mi adorada hija ha puesto su felicidad en sus manos, lord Droitwich, creo que…

—Sí —asintió Violet, lánguidamente—. A pesar de que no suelo pensar a menudo como mi padre, creo también…

Tony se volvió hacia ella violentamente. Su natural buen carácter no estaba a prueba de los acontecimientos de aquella tarde. Tenía el humor del hombre que está dispuesto a hundirlo todo. Sansón en el templo debió de experimentar lo mismo.

—Muy bien —dijo— puesto que quiere usted saberlo… Parece, míster Waddington, que no soy el verdadero lord Droitwich.

—No, de niño me dieron el cambiazo.

Violet levantó sus bellas cejas. Habían sido cuidadosamente depiladas por un artista de la pinza, pero había quedado lo suficiente para marcar el asombro.

—¿El cambiazo, de niño? ¿Qué quiere usted decir?

—Pues es como la historia aquella de «La Venganza del Niño» de los *Cuentos de Bab*. —Míster Waddington miraba sin expresión—. ¿No los ha leído nunca? Pues bien, una vez había dos niños, el bueno y el malo. Yo soy el malo.

—¿Es usted el malo?

—Sí. ¿Lo ha comprendido usted? Pues bien, vamos ahora a interrogar al bueno y veremos lo que pasa.

—Pensamos —dijo lady Lydia— poder convencer, al otro muchacho de que renuncie a sus derechos.

—¿Y hay caso?

—¡Oh, ya lo creo que hay caso…! —dijo Tony.

—Papá quiere decir si no sería como algunos de aquellos casos en que el reclamante sucumbe cuando es hábilmente interrogado y estrechado a preguntas. ¿Hay realmente fundamento en ello? —preguntó Violet.

—Mucho fundamento —dijo Tony, tristemente.

Los pulgares de míster Waddington se introdujeron en las aberturas del chaleco. Agitó, belicoso, su vestimenta.

—¡Oh! —dijo—. ¿Y si no renuncia a sus derechos? ¿Qué pasa entonces? ¿Eh? Contésteme usted a esto. ¿Qué será usted entonces?

—En este caso —dijo Tony—, seré peluquero.

—¡Esto es una broma…!

—Ya se lo he dicho a usted… —dijo sir Herbert.

Míster Waddington expresó sus sentimientos con un sonoro ronquido.

—No —dijo—. Sé reconocer una broma cuando lo es.

—Es un don apreciable —dijo Tony.

—Y esto no es nada de esta especie. Es verdad. ¡Dios mío! ¡Es *verdad*! Escuche… Si el tipo ese gana el pleito, ¿se quedará usted sin *nada*?

—Exactamente nada, no. Seré propietario de una floreciente barbería y peluquería en Knightsbridge.

—Pero perderá usted el título… y esta casa…, todo…

—Exactamente.

—Me parece que voy a tener un ataque —dijo míster Waddington.

Violet asintió.

—Sí, es verdaderamente un poco exagerado, ¿no crees? —dijo—. Ve a tener el ataque en la biblioteca, papá.

Míster Waddington hizo una profunda y emocionante inspiración.

—Voy a rezar —anunció.

—Muy bien, perfectamente —dijo Violet, volviéndose hacia lady Lydia—. Puede rezar en la biblioteca, ¿verdad?

—Puede rezar donde quiera —dijo lady Lydia, con rabia—. ¡Donde quiera!

—Por toda la casa —dijo sir Herbert.

—Muchísimas gracias —dijo Violet.

Acompañó a su efervescente padre a través de la puerta. Al cerrarse, Tony se echó a reír alegremente.

—Y ahora —dijo—, voy a coger una hoja de papel y haré la lista de las personas de Inglaterra que no están enteradas de nuestro secreto.

—Así me gusta, muchacho. Me alegra ver que te lo tomas en broma —dijo Freddie—. Da gusto volver a oír tu alegre risa.

—Es histerismo —dijo Tony.

Se oyó un golpe en la puerta. Y esta vez, por fin, era el joven míster Price en persona.

CAPÍTULO IX

Syd Price avanzó y Freddie Chalk-Marshall, modelo de imperturbable cortesía, lo miró atentamente con franco y silencioso desagrado. La actitud del Consejo de Familia en aquel momento terriblemente crítico era, a su juicio, equivocada, errónea, inadecuada. Ni por asomo. Con toda la fuerza de persuasión de que disponía les había recomendado mostrarse indiferentes, distraídos… ¿Y lo estaban? En absoluto. Su tío Herbert temblaba como un hombre atacado de aristocrática parálisis. Su tía Lydia parecía lady Macbeth en persona. Y en cuanto a su hermano Tony —prefería todavía considerarlo como su hermano—, un chiquillo, incluso un chiquillo corto de vista, hubiera sido capaz de decir que acababa de recibir noticias horripilantes.

Jamás el Hon. Freddie había visto en su vida una reunión de imbéciles acongojados como aquélla, y con un suspiro de desesperación se volvió para inspeccionar a Syd.

En fin, Syd estaba bien, gracias a Dios. Es decir, como estar bien, no estaba bien, porque había sido una birria toda su vida y seguía siéndolo en aquel momento, pero Freddie quería decir que Syd tenía el aspecto de siempre. Sus ojos no delataban ningún chispazo de excitación, como podía esperarse en un hombre que acababa de ser informado de que el verdadero conde es él. Parecía en estado normal. Si realmente había estado hablando con Ma Price, la conversación debió, a su juicio, girar sobre el tiempo, las cosechas y el probable resultado de las próximas elecciones.

De manera que, pese a que sus objeciones estéticas referentes a Syd permaneciesen incólumes, Freddie sentía una cierta tranquilidad.

—¿Quería usted verme, sir Herbert?

Perfectamente. La voz natural. Ni la menor insinuación de triunfo en el tono. Freddie pensó que las cosas iban bien y encendió, satisfecho, un cigarrillo.

Cerca de la chimenea, sir Herbert estaba hecho un asno. Cuando un sencillo «Sí» hubiera sido lo indicado, se agitaba como si tuviese un escarabajo en la espalda, y no hacía más que tartamudear.

—Exacto, exacto… —dijo—. Exacto. Exactamente. Sí, quería verlo. Todos queríamos verlo…

En aquel momento, su mirada se cruzó con la de Freddie y se calló, confuso.

—Siéntese —dijo Freddie, tomando la iniciativa.

Syd le dirigió una mirada de frío desagrado.

—Prefiero estar de pie —dijo brevemente.

Freddie se sintió un poco inquieto. El asunto no se desarrollaba con la facilidad que era de desear. No le había gustado la forma como aquel hombre lo había mirado.

Lady Lydia intervino en la conversación. No hubiera debido tratar de sonreír porque el esfuerzo fue un doloroso fracaso y nada es peor en una situación como aquella que una de esas sonrisas que se quedan en la mitad.

—¿Y cómo está su madre ahora? —preguntó.

Syd no se inmutó.

—A Ma no le pasa nada, todo es imaginación. Siempre se figura estar enferma.

—Exceso de sol, quizá —dijo sir Herbert, solícito—. Me parece que lo he pillado yo también.

—Una copa de oporto después de una botella de *whisky* —dijo Syd, sin inmutarse —. Está trompa.

—¡Dios mío, Dios mío…! —dijo sir Herbert—. Ahora que pienso en ello, ya noté yo algo extraño cuando la vi. En estas circunstancias a lo mejor imagina… imagina…

—¿Imagina?

—Imagina que está enferma —terminó sir Herbert, tímidamente—. Eh…, Price…

—Diga, sir Herbert.

—Pues… me pregunto si…

—Diga, sir Herbert.

—¡Oh, nada, nada!… —dijo sir Herbert Bassinger.

Afortunadamente para él, esta vez evitó la mirada de Freddie. Aquella lamentable actuación había aumentado el desprecio de su sobrino hasta un grado doloroso.

Freddie llegó a la conclusión de que había llegado el momento de que alguien que no fuese un perfecto idiota tomase la dirección del asunto.

—Tony —dijo, con un tono que era modelo de desinterés y negligencia— ¿no dijiste que querías preguntar algo a Price?

—¿Yo? —dijo Tony, con voz débil.

—Sí, desde luego. —La mirada de Freddie era la de un domador de fieras—. Acerca de su instalación en Bond Street.

—¡Ah, sí! —dijo Tony.

Syd dirigió a Freddie otra de sus miradas hostiles.

—No pienso instalarme en Bond Street —dijo.

Lady Lydia se lanzó de nuevo al remolino.

—Pero nosotros creemos que debería usted instalarse —dijo en un tono que a Freddie le pareció demasiado infantil—. Es una clientela tan diferente…

—Para instalarse en Bond Street se necesita capital.

Sir Herbert tosió.

—De esto precisamente es de lo que queríamos hablarle —dijo—. Suponga usted que lord Droitwich estuviese dispuesto a proporcionarle a usted este capital…

Syd miró a Tony.

—¿Usted, milord? ¿Por qué haría usted eso?

—Pues… hay una razón —dijo lady Lydia.

—Exacto, exacto… —intervino sir Herbert.

—Es una razón muy curiosa, pero lord Droitwich es un hombre un poco fantasioso. Piensa que puesto que es usted su hermano de leche…

—Lord Droitwich tiene siempre ideas románticas…

—¿Qué le parece a usted, Syd, acepta? —preguntó Tony.

Syd volvió a mirarlo.

—¿Aceptar, qué? No me ha dicho usted todavía su proposición.

—¡Oh! ¿No? Pues…

—Es un poco difícil de expresar… —dijo lady Lydia.

Syd miró hacia otra parte. Sus ojos eran duros y fríos.

—¿Quieren ustedes que lo diga yo? —dijo—. Me darán ustedes el dinero si firmo un papel renunciando a todos mis derechos al condado de Droitwich. —Y miró circularmente a todo el Consejo estupefacto—. Sí —prosiguió—. Porque desde que entró no empecé a chillar hablando del asunto se figuran ustedes que Ma no me ha dicho nada ¿eh? Pues me lo ha dicho ¿saben ustedes? Pero yo estaba dispuesto a reírme un poco de la historia hasta que entré aquí y les vi a todos tan nerviosos…

—¡No estamos nerviosos! —grito sir Herbert.

—¿No, eh? Pues deberían ustedes estarlo. ¡Privarme de mi herencia durante doce años…!

Ahora que la bomba había estallado, lady Lydia se sintió inspirada.

—Tendrá usted todavía que probar que es el heredero legal…

—No será difícil. Miren ustedes este retrato de la pared —dijo tendiendo su brazo hacia el guerrero de la Larga Espada—. Nos parecemos como dos gotas de agua.

—Esta clase de prueba no será de mucha eficacia ante el «*Bar of The House of Lords*»[1].

—Cuando vaya a la Cámara de los Lores no encontrarán ustedes rondando por el bar.

—Mi tía… —comenzó Tony.

—No es su tía —dijo Syd.

—La dama que acaba de hablar —corrigió Tony, pacientemente—, quiere decir que va usted a tener que probar su pretensión.

—Ante un tribunal especial de mis compadres, lores, ya lo sé.

Sir Herbert trató de mostrarse ampuloso.

—Veamos, veamos —dijo—. Todo esto no nos lleva a ninguna parte. Supongamos que lord Droitwich…

—No es lord Droitwich.

—Llamémosle X —dijo Freddie, cansado.

—Supongamos que la familia —comenzó de nuevo sir Herbert— estuviese dispuesta a concederle una renta de mil libras anuales…

Syd se rió despreciativamente…

—¡Mil libras…!

—Es inútil regatear —dijo Tony—. Es todo lo que la propiedad permite ofrecer.

—Bien —dijo Syd, riéndose de nuevo—. Entonces ya sé cuánto puedo ofrecerle a *usted* para que se largue tranquilamente y nos evite muchos gastos de abogado.

El orgulloso espíritu de Freddie no pudo soportar más.

—En mi vida he visto una desfachatez…

Syd se volvió hacia él, rápidamente.

—¿Desfachatez, eh? Escucha. Ya estoy harto de ti. Soy el quinto conde de Droitwich, ¿te enteras? Y tú eres mi hermano menor, de manera que no lo olvides. Una palabra más y te quito la pensión para tus gastos.

Freddie levantó los ojos al techo como implorando al Cielo que enviase un rayo justiciero. Pero no cayó rayo alguno.

—No será usted lord Droitwich hasta que los Tribunales lo hayan declarado así —dijo lady Lydia.

—Así lo declararán, no se preocupe usted… *¡tiíta!*

Lady Lydia sucumbió, herida en el corazón. Sir Herbert se metió valientemente en la brecha.

—Escuche, Price…

—Déjese usted de *Price*. Va usted a hacer un bonito papel cuando el *News of the World* se entere de todo esto. «Conspiración en la Alta Sociedad. Severa sentencia contra un baronet. Abajo: Fotografía de sir Herbert Bassinger camino de la cárcel». ¿Eh? ¿Qué le parece esto?

—Syd —dijo Tony, tranquilamente.

El demandante se volvió para contestarle.

—Veamos —dijo—. Escuchemos lo que tiene que decir.

—¿Le han arreado a usted alguna vez una patada, Syd?

El demandante reflexionó.

—Nada de esto, eh… —dijo, inquieto—. Nada de trucos de esos aquí.

—Bien, entonces vea de moderar su lengua.

—Bueno, bueno… ¿Qué quiere que haga si no puedo evitar ser amargo, irónico y sarcástico? ¿Cómo quiere que no lo sea en la situación en que estoy? Mire usted. Es usted un hombre honrado. Dígame usted una cosa, claramente. ¿Cree usted que soy por derecho lord Droitwich?

—Sí.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Es todo lo que quería saber —dijo Syd, agradecido—. Ahora me voy a fumar un cigarro al jardín y les dejaré a ustedes que hablen de todo esto tranquilamente. —Se acercó a la mesa, cogió un puñado de cigarros y avanzó hacia la puerta de cristales —. Les daré diez minutos para reflexionar —dijo—. Es suficiente.

—Bien, algo es algo —dijo Tony.

La puerta se abrió violentamente. Entró míster Waddington. Iba seguido, con su aspecto lánguido habitual, por su hija Violet.

CAPÍTULO X

—Bien… Bien —dijo míster Waddington.

—Lejos de ahí, temo, míster Waddington —dijo Tony.

—No querrá usted decir…

—Lo sabe todo y va a pleitear.

—¿Qué probabilidades tiene de ganar? —preguntó Violet.

—Muchas.

—Si esta vieja infernal declara —estalló sir Herbert—, estamos perdidos.

—¡Dios mío! —exclamó míster Waddington.

—No hay más que una esperanza —dijo lady Lydia—. Debemos mandar a buscar a esa muchacha a ver qué puede hacer.

—¿Qué muchacha? —preguntó Violet—. ¿La que ha venido con él?

—Sí. Puede ser capaz de hacerle oír la voz de la razón. Ve a buscarla, Freddie.

—En seguida.

Violet levantó las cejas.

—¿Por qué puede hacerle oír la voz de la razón?

—Parece comprenderlo bien.

—¿Es que es novia suya o algo parecido?

—No —respondió Tony.

—Pues a mí me parece que puede serlo —dijo Violet—. En cuyo caso sus intereses están del otro lado. Si nuestro míster Price adquiere el título, ella se convierte en una pudorosa condesa.

—No está prometida con él —insistió Tony—. Y, por lo que ha dicho, no le gustaría ser condesa.

—¡Qué muchacha más extraña! ¿No se caería de cabeza cuando era pequeña?

—Bueno, mira… —dijo míster Waddington.

—¡Cállate! —dijo Violet.

Míster Waddington se tambaleó de emoción.

—¡Oh! —dijo—. En mis tiempos las muchachas hablaban respetuosamente a sus padres…

—Debían de tener otra clase de padres —dijo Violet.

Freddie regresó con Polly. El Consejo la acogió calurosamente.

—¡Oh, venga, venga, mi querida muchacha…! —dijo lady Lydia—. Necesitamos su consejo. ¿Le ha puesto mi sobrino al corriente de la situación?

—A grandes rasgos —dijo Freddie.

—Creo haber comprendido —dijo Polly—. Míster Price lo sabe.

—Bien. Y desearíamos —dijo lady Lydia— que fuese usted a hablar con él tan sensatamente como lo ha hecho hasta ahora con nosotros.

Polly movió la cabeza.

—Sería inútil.

—¿Qué quiete usted decir?

—Si se lo han dicho, será inútil hablar con él.

Tony asintió.

—Tiene razón, desde luego. Lo único que se puede hacer aquí es luchar denodadamente.

—¡Luchar hasta la muerte! —asintió Freddie, aprobando.

—O no luchar en absoluto —dijo Polly—. Sería lo mejor.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó míster Waddington—. Está usted diciendo tonterías. Ton-te-rí-as…

—No lo crea usted —dijo Freddie—. He aquí una mujer que no dice nunca tonterías. La he estado observando atentamente y veo que tiene alguna idea. Un ardid. Una astucia. Una zangamanga de alguna especie.

—Pues sí —dijo Polly—, la tengo, y me parece buena. Ustedes quieren que míster Price no reclame su título de conde, ¿verdad?

—Eso mismo —dijo sir Herbert, sombríamente.

—Pues bien, la única manera de conseguirlo es que pruebe a serlo y se dé cuenta de lo molesto y solitario y fuera de lugar que se encuentra uno cuando lo es.

—¿Qué diablos quiere usted decir?

—Propongo que le dejen ser lord Droitwich desde *ahora*. *Denle* ustedes el título.

—Pero, mi querida muchacha… —dijo sir Herbert, desalentado, porque había esperado algo mejor—, mi querida muchacha, esto es imposible. El caso tiene que resolverse ante un comité en la Cámara de los Lores…

—Sí, pero entretanto pueden ustedes instalarlo aquí y decirle que lo están educando, que lo están entrenando para ser lord Droitwich, acostumbrándolo de manera que no sea un deshonor para la familia cuando el caso comparezca ante la Cámara.

Lady Lydia lanzó una exclamación de entusiasmo.

—¡Qué espléndida idea!

—¡Esto es una idea! —exclamó sir Herbert.

—Ya les decía yo que esta muchacha no dice nunca tonterías… —dijo Freddie.

Míster Waddington renunció a unirse al coro de alabanzas.

—No entiendo lo que pretende —gruñó.

—¡Oh, padre! —dijo Violet. Tenía esa impaciencia de la muchacha moderna ante la lentitud de comprensión de sus mayores—. ¿De qué te sirve la materia gris, si es que tienes? El plan es darle tantas facilidades a míster Price que sea él quien lo mande todo a paseo.

—¿Cómo?

—Hay mil maneras —dijo sir Herbert—. Lo haré montar a caballo.

—Yo lo llevaré a *buenos* conciertos clásicos —dijo lady Lydia.

—Y yo haré su vida inaguantable en cuestión de indumentaria —dijo Freddie.

—Slingsby arqueará las cejas y lo mirará de soslayo —dijo Violet.

Freddie tuvo algo que objetar a esta observación.

—Eso no le importará. Slingsby es su tío.

—Entonces contraten un mayordomo que pueda mirarlo de soslayo.

Míster Waddington, finalmente, había comprendido.

—Ya entiendo —dijo—. Es una idea espléndida.

—Pero no me parece muy deportiva —replicó Tony.

—¿Deportiva? —preguntó lady Lydia, escandalizada—. Pero, muchacho…

—Bueno, pero ¿lo es o no? —insistió Tony—. A mí me parece bastante baja…

—En una situación desesperada como esta —dijo sir Herbert—, no podemos permitirnos andar con delicadezas. Después de todo, hasta cierto punto es una delicadeza para con él. Le enseñamos únicamente lo que le espera.

—Ya comprendo —dijo Tony, secamente—. Mero altruismo.

—En todo caso, Tony —dijo lady Lydia—, tú no estarás metido en ello. Será mejor que te vayas a Londres, que te apartes de su camino.

—Muy bien.

—Yo también me tengo que ir a Londres —dijo Polly—. Si míster Price se queda aquí, no podrá llevarme.

—Yo la llevaré —dijo Tony, y se disipó su melancolía por primera vez—. ¿Está usted lista?

—Creo que tendría que despedirme de mistress Price.

—Muy bien. La espero a usted en la puerta de atrás dentro de diez minutos.

—Muchas gracias, lord Droitwich.

—Llámeme usted Syd —dijo Tony.

Lady Lydia se volvió hacia Polly.

—Miss Brown —dijo—, no sé cómo expresarle nuestro agradecimiento por su consejo.

—De perilla —asintió Freddie.

—Muchas gracias, lady Lydia —dijo Polly.

Un murmullo de reverencia siguió a su salida.

—¡Qué muchacha! —susurró sir Herbert con devoción.

—Hay cerebro —dijo Freddie—. Hay buena pasta.

—No he visto nunca una muchacha que me haya impresionado tanto —dijo Tony.

Violet lo miró de una manera extraña.

—Sí, esta era la impresión que dabas —dijo.

Durante la corta pausa de malestar que siguió a esta observación, Syd apareció ante una de las puertas vidrieras.

—Aquí estoy —dijo, mirando suspicazmente a su alrededor—. ¡Arrea! Me parece que ha aumentado la orquesta desde que estuve aquí.

Tony hizo los honores.

—Mi novia, miss Waddington. El padre de mi novia, míster Waddington. Permítame que les presente a lord Droitwich.

Syd pareció quedar sorprendido.

—¡Hola! —dijo—. Conque han decidido claudicar, ¿eh?

—Usted lo ha dicho —repuso Tony—. Voy a largarme y dejarle a usted la posesión. —Sacó un manojo de llaves—. Esta llave maestra abre sus maletas, la caja del despacho, la bodega y algunas otras cosas de las que Slingsby lo pondrá al corriente. Esta es la llave de su casa de Arlington Street y esta la de *esta* puerta principal. —Arrojó el llavero sobre la mesa—. Ahora deme las llaves de su cochina peluquería y todo está arreglado.

Syd se quedó atónito. Las cosas avanzaban demasiado rápidamente para su mentalidad.

—Adiós a todos —dijo Tony—. Adiós, tía Lydia. Adiós, tío Herbert. *Tu-tu*, Freddie…

—*Tararí*, muchacho…

—Adiós, Violet.

—Adiós, Tony.

Tony se volvió hacia Syd.

—*Au revoir*, lord Droitwich —dijo—. Nos veremos en el Philippi.

Se marchó. Syd miraba en torno suyo, abandonado.

—¡Oiga! —dijo—. ¿Qué significa todo esto?

Se dio cuenta de que todo el mundo se estaba marchando.

—Es hora de vestirse para la cena, Herbert —dijo lady Lydia.

—Es verdad, Dios mío.

—¿Vienes, padre? —dijo Violet.

—¿Eh? —preguntó míster Waddington—. ¡Ah, sí!

Freddie se retrasaba. Estaba mirando melancólicamente a Syd. Este acogió su mirada con ferocidad.

—¿Qué hay? —dijo Syd—. ¡Dos reales por lo que piensa…!

—Pensaba sólo una cosa —dijo Freddie—, y es que si jamás tiene usted que sentarse en la Cámara de los Lores, hago cuestión de honor estar en las galerías. No hay nada que me divierta tanto como reírme a gusto.

—¡Oh! —dijo Syd.

Pero nadie lo oyó. Freddie se había marchado. Syd permaneció un momento estupefacto; después se acercó a la chimenea y contempló el retrato de Larga Espada. Con cierto recelo adoptó la vieja actitud; mentón alto, la mano en la empuñadura de la espada. Después se apartó de allí y, mientras andaba por la habitación, un nuevo orden de ideas pareció apoderarse de él.

Se detuvo y adoptó una actitud oratoria, una mano en el chaleco, la otra tendida horizontalmente hacia adelante.

—Milords —dijo cautelosamente y en voz baja—. Me levanto por primera vez en esta histórica casa.

Se detuvo confuso. Slingsby estaba en la habitación.

—¡Eh! —dijo el mayordomo mirándolo cariacontecido.

—¡Hola, tío Ted!

La mirada del mayordomo se ensombreció todavía.

—Lord Droitwich… —dijo maliciosamente.

—¡Oh! —Syd, como habían hecho los demás en aquella misma sala, trataba de parecer indiferente y natural—. ¿Te lo han dicho ya?

—Lo sé todo —dijo el mayordomo—. Aprisa, ahora. Es hora de que se vista para cenar.

—¿Y la ropa?

—La ropa está dispuesta.

—¡Oh!… —gimió Syd al enterarse de aquello—. Bueno necesito un baño.

—Lo creo…

—Tío Ted —dijo Syd con tenacidad—. ¡Prepárame un baño!

—¡Prepáratelo tú mismo milord! —contestó el mayordomo.

Y salió ceremoniosamente del salón. El Pretendiente Droitwich permaneció de pie, en silencio. En su rostro se dibujaba la expresión de una creciente inquietud.

CAPÍTULO XI

Unas dos semanas después de los sensacionales acontecimientos de la Alta Sociedad que acabamos de relatar, el amigo de Freddie Chalk-Marshall, Tabby Bridgnorth, decidió que era ya hora de que le vaciaran un poco su enmarañada melena. Tomando bastón y sombrero, y de acuerdo con esta decisión, emprendió el camino del Salón de Peluquería Higiénica de Price. Era un sábado.

El Salón de Peluquería Higiénica de Price se hallaba situado, como ha sido dicho ya en esta crónica, en aquel pequeño callejón sin salida que parte de Brompton Road, conocido por Mott Street. Allí era, donde generaciones enteras de Prices habían luchado infatigablemente contra el creciente sistema capilar de Londres. Allí era dónde el tatarabuelo, de Price había una vez despuntado un grano en una barbilla no menos augusta que la de aquel famoso duque de Wellington y recibido por ello toda clase de maldiciones expresadas, en lenguaje llano y sencillo. La mayor parte de la nobleza y la clase acomodada que residía en la parte sur del Park acudían a Price para el bimensual corte de cabello, Lord Bridgnorth, cuya familia vivía en Gadogan Square, no dejaba nunca de hacerlo.

Ostentando, por consiguiente, la honorable categoría de cliente asiduo, quedó un poco decepcionado aquella mañana de un sábado al ver que no iba a ser servido como le ocurría habitualmente, por el propietario en persona. Cuando entró, en la tienda, no vio el menor rastro de Syd. El único agente ejecutivo presente era un hombrecillo entrado en años con lentes y un bigote lacio, cuyo nombre, aun cuando Tubby no lo sabía, y de saberlo no le hubiera interesado, era George Christopher Meech.

Meech envolvió a Tubby en una sábana y se dispuso a servirlo, y al poco rato había llegado a aquella fase en que el operador deja las tijeras y coloca el espejo detrás de la nuca del cliente esperando silenciosamente su veredicto.

Tubby se examinó minuciosamente y no quedó descontento. Crítico severo, halló realmente poco que censurar.

—Parece estar bien —dijo.

George Christopher Meech retiró el espejo.

—¿Le quemo las puntas, señor?

—No, gracias.

—¿Le lavo la cabeza?

—No, gracias.

—¿Alguna loción en el cabello, señor?

—No, gracias.

—Muy bien, señor.

Con digna resignación, Meech le quitó la sábana y Tubby reapareció como una linda mariposa saliendo de su capullo. Dirigió una más minuciosa mirada a su rubicunda imagen.

—Sí —dijo—. No está mal.

—Gracias, señor.

—Desde luego, no es usted el artista consumado que es Price.

Meech se enderezó todo lo que le permitía su estatura. La observación lo había ofendido. Hasta hacía dos semanas había estado empleado en casa de los eminentes Messrs. Truefitt, cuyo establecimiento abandonó debido a lo que él llamaba, al hacer referencia a ello, un «equívoco», y personalmente consideraba que al alejarse tanto hacia el Oeste como Brompton Road, incluso tratándose del respetable y, desde luego, histórico establecimiento de Price se rebajaba un poco. Se ofendió, pues, al pensar que su técnica pudiese ser inferior a la de nadie.

—No he tenido el honor de contemplar el trabajo de míster Price —dijo secamente.

—Siempre me corta el pelo él —explicó Tubby— y cortaba el de mi padre cuando tenía. ¿Cómo quiere usted decir que no le ha visto trabajar nunca?

—Míster Price lleva fuera del establecimiento más de dos semanas, señor. No lo he visto desde el día en que me contrató.

—¿Ah, es usted nuevo aquí?

—Sí, señor. Trabajaba en la casa de Truefitt —dijo Meech, con el tono de quien pone a alguien en el sitio que le corresponde.

—¿Y Price no ha venido por aquí hace dos semanas?

—No, señor.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Está en el campo, señor.

—¿De vacaciones?

La voz de Meech adquirió un tono misterioso. Había olvidado su pasajero disgustado y aprovechaba la oportunidad de hacer referencia a un asunto que le había dado mucho que pensar.

—Según tengo entendido, creo que míster Price se retira.

—¿Cómo?

—Sí, señor. Creo que este establecimiento va a pasar a otra dirección.

Tubby lanzó un «¡Dios mío!» de sorpresa. Estaba atónito. Price había sido siempre para él algo tan estable como el British Museum. Allí estaba y allí había estado siempre. Recordaba haber ido allí acompañado de su niñera para hacerse rizar los bucles cuando vivía todavía el padre del actual propietario. Le parecía imposible que una dinastía reinante pudiese desaparecer.

—¿Quiere usted decir que Price ha vendido el local?

—Si la venta ha sido consumada o no, señor —contestó Meech con toda dignidad —, no podría decirlo. Pero el caso es éste. Desde hace dos semanas míster Price no ha puesto los pies aquí, y durante este tiempo hay otro hombre nuevo que va y viene. Sin duda estudia las condiciones, a mi juicio, para verificar la compra.

—¿Cómo es?

—Es un hombre joven, de buenos modales. Habla muy bien, señor. Un verdadero

caballero. Se llama Anthony.

—Ya… —dijo Tubby.

Estaba impresionado. Tenía un alma conservadora y lamentaba todo cambio en una característica londinense. Consideraba triste que una casa que había pasado de padres a hijos durante tantas generaciones cayese ahora en manos de un desconocido, por amable y correcto que fuese.

No obstante, así es como van las cosas en nuestros días, pensó tristemente. Todos los viejos lugares que uno había considerado siempre como inamovibles, se los llevaba ahora el viento en cuanto uno aparta la vista de ellos. Casi no le sorprendería que el día menos pensado le dijesen que habían desaparecido el Cheshire Cheese o el Simpson's. Sólo faltaba ya que aboliesen el match Eton-Harrow.

—Bueno, esperemos que todo irá bien —dijo—. Porque hay mucha gente que tiene la costumbre de venir aquí.

Hubiera seguido hablando sobre este tema, pero en aquel momento la puerta se abrió y entró la inmaculada figura de su amigo Freddie Chalk-Marshall.

Tubby quedó sorprendido. Lo creía en Langley End.

—¡Hola, Freddie! —dijo.

—¡Hola Tubby!

Lord Bridgnorth parecía estar todavía bajo la impresión de que existía aún la remota probabilidad de que todo aquello fuese un espejismo o una ficción imaginativa.

—¿Estás en Londres? —preguntó para dejar bien sentado este punto.

Freddie le aseguró que así era.

—¿Y Tony también?

—Eh…, sí —dijo Freddie—. Sí. Tony está en Londres también.

—¿Toda la floreciente familia en Londres?

—Sí, venimos ayer de Langley End.

Freddie hablaba como el hombre que está en guardia, pesando sus palabras. En su aspecto, al mirar a su antiguo compañero de colegio, aparecía una cierta cautela. Lo último que quería Freddie, dado el delicado estado actual de los asuntos de familia, era que un escritor de «Indiscreciones Sociales» metiese la nariz en la zona peligrosa. Hasta la fecha no había trascendido al público ni un sólo ápice de lo que había ocurrido en Langley End aquel día de estío fatal; pero no se sabe nunca cuando puede escurrirse algún indicio por leve que sea, e ignorando que Tubby hubiese sido cliente de Price desde su más tierna infancia pensaba, cuál sería él motivo de su presencia allí.

Miraba, por consiguiente, a su amigo con recelo. Tubby, pensaba, había sido siempre un asno de la mejor especie asnal, pero alguien pudo haberle dado el soplo del asunto.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

—Cortarme el pelo. ¿Y a qué has venido tú?

—¿Afeitar, señor? —preguntó profesionalmente Meech.

—Quería decir dos palabras al dueño del establecimiento —dijo Freddie.

Meech pudo ayudarlo.

—Míster Anthony ha estado aquí hace poco hablando con miss Brown, la manicura. Ha salido.

—¿Es probable que tarde?

—Me parece que no, señor. Creo haber oído decir algo de volver con algo para almorzar aquí los dos juntos.

Meech parecía husmear alguna cosa al decir estas palabras. En Truefitt estos almuerzos improvisados en un salón de peluquería eran desconocidos. Si mister Truefitt quería comer un bocado, se iba a otro sitio a buscarlo.

Tubby estaba interesado.

—¿Conoces a ese Anthony?

—Sí —dijo Freddie—. Lo conozco.

—¿Cómo?

—¡Oh! Como se conoce a la gente…

—¿Dónde?

—¿Qué importancia tiene dónde?

—¿Y para qué quieres verlo ahora?

—Por una cosa mía. Me pareces muy curioso —dijo Freddie, fríamente.

—Lo preguntaba por algo.

—¿Por qué?

—Este hombre me interesa.

—¿Por qué?

—Pues, verás… —dijo Tubby—. Vengo aquí a que me quiten el suplemento de vegetación desde que era un chiquillo y caigo hoy aquí, pensaban encontrarlo todo como de costumbre y el tipo ese, aquí…

—Me llamo Meech, señor —dijo George Christopher, servicial.

—Y míster Meech, aquí, me dice que el establecimiento ha sido vendido a un sujeto misterioso llamado Anthony. Quiero saber quién es y cuanto a él hace referencia, y si puede uno depositar en él la confianza para que cuide de mi sistema capilar en la forma en que lo hacía Price.

Las sospechas de Freddie aún no se habían desvanecido.

—¿Seguro que es ésta la razón?

—¿Qué quieres decir?

—¿No has venido aquí en tu capacidad periodística buscando material para tus «Indiscreciones Sociales»?

La desorientación de Tubby aumentó. Su amigo parecía estar hablando con enigmas.

—No entiendo una palabra de lo que hablas. ¿Qué diablos quieres decir?

—Bueno, bueno, en este caso, no importa. Creí que era posible.

—¿Qué?

—Andar husmeando material para tus «Indiscreciones»…

—No las escribo ya. Me he retirado.

—¿Te han despedido? —preguntó Freddie, llegando a la conclusión natural. A menudo se había preguntado cuánto tiempo un periódico acreditado qué tenía un deber que cumplir con el público podía publicar las sandeces que Tubby era capaz de escribir—. ¿Cuándo?

El joven lord Bridgnorth acusó el puyazo.

—No me han despedido. Estaban encantados, si quieres saberlo, de la brillantez y la inteligencia de mi trabajo.

—Entonces, ¿por qué te has marchado?

—¿No lo has oído decir?

—¿Qué?

Lord Bridgnorth agarró la solapa de la bien cortada chaqueta de su amigo y se dispuso a soltarle las grandes noticias.

—Estoy prometido.

—¿Prometido?

—Absolutamente. Con Luella, la hija única de J. Throgmorton Beamish, de Nueva York.

Freddie quedó vivamente impresionado.

—¡No me digas…!

—Te lo digo. Acabo de decírtelo.

Freddie encendió un cigarrillo.

—¿Es ciega? —preguntó.

—¿Qué quieres decir si es ciega?

—Pues, tiene que serlo, ¿no crees? De todos modos, felicidades. ¿Y cuándo ha sido esto?

—Hará cosa de un par de días. Salió ayer en el *Morning Post*.

—No leo nunca el *Morning Post*. En realidad entre una cosa y otra…

El Honorable Freddie Chalk-Marshall se detuvo. Parecía habérsele ocurrido súbitamente una idea. Sus ojos brillaban con aquel brillo que sólo se ve en los ojos de los auténticos triunfadores.

—Este Beamish —dijo—, ¿es rico?

—Revienta de dinero.

—¿Y calvo? —preguntó Freddie, con interés.

—Desde luego, es calvo. Todos los americanos lo son.

—Entonces lo que necesita —dijo Freddie— es el «Derma Vitalis» de Price. Es maravilloso. Te di una botella una vez.

—¿De veras? ¡Ah, sí, ya recuerdo! La rompí.

—Entonces eres un imbécil y un asno de primera categoría —dijo Freddie—. Tu salud y tu felicidad hubieran cambiado completamente. —Se volvió hacia Meech—.

Mande usted inmediatamente media docena de botellas de esta loción a lord Bridgnorth, Drone's Club, Dover Street.

Meech estaba encantado. Era un buen negocio.

—Muy bien, señor.

—Se las das al viejo, Tubby.

Lord Bridgnorth pareció vacilar.

—Pero oye —dijo—, no puedo ir cargando al viejo Beamish con tónicos capilares. No lo conozco lo suficiente.

—Te vas a casar con su hija, ¿no?

—Si empiezo a cargarlo de tónicos capilares, no. He llegado a la conclusión de que a los pájaros esos la calvicie les importa un bledo. Fíjate en lo que ocurrió con mi padre.

—No importa…

—Y, además —prosiguió lord Bridgnorth—, acuérdate de lo que ocurrió con Eliseo.

—¿Eliseo, qué?

—Sólo Eliseo. El tipo aquel del Viejo Testamento. No tenía ni un pelo en el coco y cuando una manada de chiquillos se lo dijeron, ¿qué pasó? ¡Devorados por los osos!

Freddie se balanceaba nerviosamente sobre sus bien calzados pies. Apreciaba la fuerza de los argumentos de su amigo, pero su alma de vendedor era demasiado fuerte en él. Reflexionó profundamente un buen rato.

—Oye —dijo al final—, ¿cuándo vas a ver otra vez al Beamish ese?

—Almuerza conmigo en el Ritz. Vamos a ver la Torre de Londres.

—Entonces llévame contigo y deja que haga yo la propaganda.

La idea le gustó a lord Bridgnorth.

—Bien, bien, si tú le sueltas la cosa como idea tuya… Es decir, si eres tú quien debe ser devorado por los osos…, perfectamente.

Freddie miró su reloj.

—Tendré que almorzar aprisa. Monto a caballo a las dos y media con un amigo.

—¿Qué amiga?

—Un amigo.

—Apostaría a que es una amiga.

—Ojalá —dijo Freddie—. Cuando míster Anthony regrese —dijo dirigiéndose a Meech—, dígale que ha venido míster Chalk-Marshall y que volverá.

—Muy bien, señor.

Tubby volvió al viejo tema.

—¿Conoces bien al Anthony ese?

—Ligeramente —dijo Freddie—, muy ligeramente.

—¿Quién es?

—Un tipo cualquiera —dijo Freddie—. Se llama Anthony. Vámonos.

Se llevó a su amigo por Mott Street, donde encontraron un taxi que los condujo hacia el Ritz. Se felicitaba por aquella mañana de trabajo bien empleada. Por conmovido que estuviese hasta lo más profundo de su corazón por los recientes acontecimientos familiares, Freddie Chalk-Marshall no olvidaba nunca que tenía una misión que cumplir.

CAPÍTULO XII

Durante algunos minutos después de la salida del futuro esposo y de su amigo el vendedor de lociones capilares, Meech estuvo solo en la tienda. Empleó el tiempo como todo buen peluquero hubiera hecho, arreglando los adminículos para el próximo servicio. Afiló una navaja, puso en orden diferentes jabones y ungüentos en sus estanterías, enderezó uno de los anuncios de la pared, le dijo a un muchacho la hora que le había preguntado, y después, creyendo que no quedaba nada por hacer antes de que llegase el próximo cliente, se colocó en el umbral de la puerta, contemplando lo que ocurría en Mott Street.

Siguiendo un orden de ideas provocadas por el espectáculo de un cierto número de personas que veía deslizarse por la entrada del bar «La Oruga y el Jarro», situado en la esquina, había empezado en aquel momento a debatir consigo mismo la posibilidad de ir a echar un trago rápido a su vez, cuando la puerta del público establecimiento se abrió, esta vez para dar salida a un cliente.

Este cliente era un muchacho robusto y fornido, de agradable apariencia, cuyo paso estaba embarazado por un cierto número de paquetes que llevaba. Sólo verlo fue causa de que Meech se metiese rápidamente en la peluquería, consagrándose a afilar otra navaja, dando con ello muestras de celo profesional. Y entonces se oyó una especie de silbido musical en la calle y entró en la tienda su dueño y señor, el correcto míster Anthony.

—¡Hola, Meech! —dijo el recién llegado—. Aquí me tiene usted de nuevo, fresco y vigoroso.

—Encantado de verle, señor —dijo Meech cortésmente.

—Afilando una navaja, ¿eh?

—Sí, señor.

—Afílela, Meech, afílela…

Tony depositó sus paquetes sobre una mesa colocada al lado de la puerta que ostentaba el rótulo «Sección para Señoras». Para un hombre que había sufrido recientemente un golpe tan rudo en su posición y prestigio, parecía extraordinariamente alegre. Ni el menor signo de preocupación ensombrecía su rostro. Tenía la apariencia del hombre que encuentra la existencia llena de atractivos.

Y esta apariencia no hubiera engañado al observador. Considerada la cosa en conjunto, Tony no había sido jamás tan feliz en su vida.

Hay mucho que decir sobre el hecho de ser un Par del Reino y poseer grandes propiedades en el campo y una gran casa en Arllington Street. Un hombre en esta categoría puede ser considerado de posición desahogada. Pero —y este descubrimiento era el causante de que Tony exhibiese al público un rostro tan radiante— hay mucho más que decir respecto a ser el propietario de un «Salón de Peluquería Higiénica», cuyo personal incluye una muchacha como Polly Brown.

Dos semanas son ampliamente suficientes para confirmar a un hombre su primera

y rápida impresión de que ha encontrado la única mujer que podía amar. A la expiración de éste plazo la mente de Tony se había convertido en un mero receptáculo en el que reinaba la imagen a la que los libros llaman la Adorada. Viendo a Polly cada día, estando en constante relación con ella, había llegado a una condición mental en la que pocas cosas de la vida, fuera de Polly, tenían existencia real.

George Christopher Meech hubiera quedado sorprendido al saberlo, pero en aquellos momentos aparecía ante los ojos de su dueño como una especie de fantasma.

Tony se decía que en Polly había descubierto a la muchacha de sus sueños juveniles. Y, no obstante, cosa curiosa, no se parecía en nada al objeto de estos sueños, porque, de muchacho, sus gustos —despertados acaso por la visión de la heroína de algún bello espectáculo— tendían más bien hacia lo majestuoso, lo bello y lo voluminoso. Pero le había bastado ver a Polly dos veces para darse cuenta, emocionado, que había conseguido alcanzar la meta de su camino.

Adoraba su originalidad, su sutil filosofía, el color moreno de su tez, el centelleo que con tanta facilidad acudía a sus ojos y que era el precursor de aquella deliciosa sonrisa suya.

Una muchacha única entre un millón.

Diría más aún. Dos millones. Tres.

Habiendo depositado sus paquetes, Tony comenzó a esparcir algo de su efervescente espíritu en animada conversación. Por fantasma que fuese Meech le gustaba hablar con él.

—¿Cómo han ido los negocios? —preguntó.

—Mucha calma, señor. Poco trabajo. He cortado el pelo a un cliente.

—Bien…

—Pero no ha querido ni lavarse la cabeza, ni quemar las puntas, ni loción para el pelo.

—Malo…

Meech sonrió paternalmente.

—No hay que descorazonarse, señor. Mi experiencia me ha enseñado que las aglomeraciones se producen los sábados por la tarde.

—¡Ah…! Por las tardes, ¿eh?

—A propósito, señor. Míster Chalk-Marshall ha estado aquí hace poco preguntando por usted.

—¡Ah! Conque están en Londres… ¿Ha dejado algún recado?

—Sí, señor. Dijo que volvería más tarde.

—Bien. Y ahora —prosiguió Tony—, ¿me hace usted el favor de colgar el «Cerrado» en la puerta?

Meech, no diremos exactamente que se tambalease, pero estuvo muy cerca de ello. Todo lo que en él había de profesional estaba escandalizado.

—¿Va usted a cerrar la tienda? —preguntó.

—Exacto.

—¿A la una del mediodía? ¿Un sábado por la tarde?

Tony había estado desenvolviendo sus paquetes. Estos, una vez liberados de sus envoltorios, se transformaron en bocadillos. Había también una botella decorada con papel dorado y un par de vasos. La botella tenía el vago aspecto de ser champaña y había sido adquirida en el bar de la esquina.

—Todo esto no es muy ceremonioso —dijo—. Pero bastará, ¿no cree?

—Sí, señor —dijo Meech, dudando.

—Especialmente, gracias a esto —dijo Tony señalando la botella de champaña.

—Eso mismo, señor —dijo Meech.

Estaba completamente aturdido, pero le parecía la mejor táctica a seguir.

Tony expuso su argumento.

—Soy joven, Meech. El sol luce. Tengo invitada una dama a almorzar. No quiero que me molesten. Por consiguiente, cierro la tienda. ¡Al diablo, Meech, esta moderna tendencia de sacrificarlo todo al dinero! ¿Qué importancia tiene que dejemos pasar dos o tres cortes de pelo?

—Afeitados, especialmente los sábados por la tarde.

—O afeitados, Meech. Por mis venas corre una sangre ardiente, Meech, y quiero disfrutar hoy, aunque la tienda se vaya a paseo.

Meech suspiró.

—Como usted quiera, señor. La tienda es suya.

—Exactamente.

—¿Y va usted a explotarla profesionalmente?

—Desde luego.

—Pensé que podría usted ser uno de estos jóvenes excéntricos que lo hacen como distracción.

—Lejos de ahí.

—Me perdonará usted que se lo diga, señor, pero es usted lo que me atrevería a llamar el Hombre Misterio. Este míster Chalk-Marshall era una persona de alta categoría y habló como si le conociese a usted íntimamente.

—Así es.

—Eso precisamente quiero decir, señor —hizo observar Meech triunfalmente—. Esto es lo que me induce a llamarlo a usted el Hombre Misterio.

Tony le dio unos golpecitos en la espalda.

—No soy más que un hombre joven que trata de salir adelante —dijo—. Pero no hablemos de mí. Hablemos de miss Brown. ¿Dónde está?

—En la «Sección para Señoras», supongo. Haciendo una peluca.

—¡Oh! Bien, esperemos que no tardará. El champaña está frío todavía.

—¿Voy a enterarme?

—No, no, no importa. Váyase usted a casa a jugar con los niños.

—No estoy casado todavía, señor.

—¿Todavía no?

—No, señor. Pero empezamos ya a hablar de ello. Llevamos ocho años y medio prometidos.

Tony miró a su ayudante con franco interés. Una de las compensaciones menores del cambio de su vida era establecer contacto con la sociedad de gente de la clase de Meech. Con él siempre aprendía algo nuevo. El día anterior había descubierto que tocaba el saxofón, el último instrumento que une hubiera jamás sospechado en él.

—Es usted uno de estos amantes del Marathon —dijo.

—No es conveniente precipitarse en cuestiones de matrimonio.

—No estoy en absoluto de acuerdo con usted —dijo Tony fogosamente—. Soy partidario de arrojarse a él de cabeza, sin vacilar.

Una sonrisa de tolerancia apareció en el rostro de Meech; la sonrisa de cordura que el hombre de media edad reserva para la impetuosa juventud.

—Así solía pensar yo en otros tiempos, señor. Fue cuando estuve prometido con mi otra novia.

Tony se sentía interesado.

—¡Oh! Había otra novia, ¿eh?

—Sí, señor —dijo Meech, siempre encantado de poder confiar su vida a un auditor interesado—. Pero me hizo la charranada y se escapó con un cartero…

—¡No!

—Sí, señor. ¡Y después de su cumpleaños, además!

—¡Horrible! —exclamó Tony—. Es una lástima, pero hay mujeres así, mercenarias y baladíes…

—Pero no todas, señor —replicó Meech lealmente.

—Meech —dijo Tony con entusiasmo— ha hablado usted como un oráculo.

—Mi actual prometida sería incapaz de hacer una cosa así.

—¿Está usted seguro?

—Completamente seguro, señor.

Hubo una pausa. Tony jugueteaba con unos jabones de afeitar.

—A propósito, Meech —dijo— dígame usted una cosa. Estas dos jóvenes damas de que me ha hablado usted… ¿cómo se dirigió usted a ellas… cómo se declaró usted, quiero decir?

—¡Oh…, señor…!

—No, no, en serio. Quiero saberlo. Es terriblemente difícil declararse.

—Mi experiencia, señor, me ha demostrado que las cosas ocurren como tienen que ocurrir.

Tony pareció tratar de asimilar esta declaración. Repitió las palabras pensativo.

—Ocurren como tienen que… No acabo de entenderlo bien.

—Quiero decir que estas cosas dependen en gran parte de lo que podríamos llamar la inspiración del momento.

—¿Ah? ¿La inspiración del momento?

—Sí, señor. Busca usted lo que uno juzga una brecha y se mete por ella. Por ejemplo con mi primera prometida estábamos precisamente sentados en un cementerio y le pregunté si le gustaría ver mi nombre en su lápida mortuoria.

—¿Y la pregunta fue bien recibida?

—Mucho.

—Pero no se pararía usted allí…

—No, señor. Esto fue sólo el principio.

—Ya veo… ¿Y cuál fue su método de aproximación la segunda vez?

Un resplandor donjuanesco apareció detrás de los cristales de Meech. Parecía estar evocando lejanas, muy lejanas, felicidades.

—Bueno, eso fue cuando hubo terminado el cine —dijo—, de manera que era diferente.

—¿Qué tiene que ver el cine con eso?

—Las películas son emocionantes, señor; están saturadas de lo que podríamos llamar el estímulo emotivo. Es lógico que una muchacha no vea a Ronald Colman por nada. Con mi actual prometida, me limité a acercarme a ella, cogerla en brazos y besarla.

—¿Y le gustó?

—Dio todas las muestras de ello, señor.

Tony miró con admiración al impetuoso hombrecillo.

—¿Y ha vivido usted con esto durante ocho años y medio? ¡Es usted maravilloso!

—No he oído ninguna queja —dijo Meech, complaciente—. ¿Ha estado usted alguna vez prometido?

Era una pregunta sencilla, pero al oírla Tony tuvo la sensación de que le habían dado una ducha helada.

—¡Dios mío…! —exclamó.

Durante aquellas dos mágicas semanas, si Tony había dedicado algún recuerdo a Violet Waddington, fue únicamente un recuerdo pasajero, aquella evocación mental insignificante que uno dedica a algo desagradable que ha formado parte de una vida ya hoy definitivamente enterrada. Consideraba a Violet como una cosa que pertenecía a su pasado.

Y no obstante…, ¿se había dicho acaso una palabra que indicase que consideraba su compromiso anulado? No, tenía que admitirlo; ni una palabra. Por lo que sabía, Violet seguía considerándolo, pese a la alteración de las circunstancias, como el hombre con quien debía casarse. Él pudo dar por descoritado que el compromiso había terminado, pero nada indicaba que ella fuese de la misma opinión. En aquel mismo momento, en una palabra, aquella muchacha que apenas le gustaba, podía estar recorriendo tiendas encargándose el equipo de novia.

Estaba aturdido. Mientras permaneció allá, de pie no llegaba a imaginar cómo pudo llegar a hacer el asno hasta tal punto aquella mañana de verano, en la rosaleda de Langley End. Evocaba la escena. Ella estaba allí, él estaba allí también… a

prudente distancia uno de otro… unos cuantos pies los separaban. Ningún síntoma de peligro. Y entonces… súbitamente.

Al evocar cada circunstancia de aquella escena, se estremeció. Después de lo ocurrido en aquella rosaleda, le era imposible echarse atrás. Si ella quería todavía casarse con él, no tenía más remedio.

—¡Dios mío! —gritó—. *¡Lo estoy!*

—¿De veras? —preguntó Meech, interesado—. ¿Y cómo se declaró, usted a la joven dama?

—Meech —dijo Tony—. No me declaré. Fue ella la que, por decirlo así…

De nuevo su subalterno quedó desorientado. Dirigió una mirada a Tony y lo vio enigmático. Antes de que pudiese pedirle una aclaración, no obstante, la puerta señalada con el rótulo «Sección para Señoras» se abrió y apareció Polly.

Polly estaba maravillada. Parecía aportar un soplo de primavera a aquella sórdida estancia impregnada de olor de brillantina del cabello de Tubby Bridgnorth. Ante su aparición, la tristeza de Tony desapareció como había desaparecido aquel cabello bajo las tijeras de George Christopher Meech.

Si una cualidad predominaba en la formación espiritual de Tony era la facultad de adaptación. Podía en un momento dado verse convertido de conde en peluquero y lo aceptaba sonriente. Y similarmente, podía estar triste pensando en la mujer que le desagradaba y en el momento en que aparecía la muchacha que amaba, su espíritu elevabase y volvía a ser el hombre alegre y confiado de siempre.

El futuro, pensaba Tony, ¡que se arreglase solo! Lo único que importaba era el presente. Y este presente comprendía un almuerzo a solas con Polly.

Es decir, a solas si conseguía liberarse del adherente Meech, cuya conducta parecía indicar que pensaba quedarse para ver qué pasaba, aun cuando necesitase para ello todo el verano.

—¡Oh, aquí está usted! —dijo Tony—. Hace horas que la espero.

—Sólo cinco minutos, señor —dijo Meech, amante de la exactitud.

Tony estaba enojado con Meech.

—Pues a mí me han parecido horas… hablando con usted —dijo fríamente—. Vaya y cuelgue el «Cerrado» en los postigos exteriores.

—No va usted a cerrar el establecimiento un sábado por la tarde… —dijo Polly.

—Es lo mismo que le he dicho yo, señorita —observó Meech, con satisfacción.

Tony blandió la botella de champaña.

—¡Basta de discusiones, por favor! No quiero más charla. —Súbitamente se dio cuenta de lo que hacía—. ¡Arrea! —dijo mirando perplejo la botella—. No debería agitar esta botella…, o quizá sí…, puede mejorarlo… —Examinó la etiqueta con visible desagrado—. No he probado nunca esta marca. No sé si hará «pop». Creo que será mejor que vea usted cómo la destapo, Meech, y en el mismo momento hace usted un ruido con la boca. Añadirá lo que podríamos llamar «ambiente». ¡Ah!, lo olvidaba… Se va usted, ¿verdad? Bueno, adiós…

—Si realmente está usted decidido a cerrar la tienda a la una del mediodía… un sábado por la tarde…

—Muy bien, muy bien, ya lo sé…

—Nada me detiene ya aquí.

Un súbito resplandor apareció en la mirada de Tony. Contempló a su ayudante con la intensidad de un sumo sacerdote de los druidas inspeccionando un sacrificio humano.

—A menos que quiera que lo afeite primero —dijo, insinuándose.

—No, señor —dijo Meech, con firmeza—. No, gracias…

—Tengo el capricho de afeitar a alguien. Lo que podríamos llamar un capricho de peluquero.

—Su almuerzo parece estar listo —dijo Meech, con velado reproche.

—No creo que apruebe usted nuestro almuerzo en el establecimiento, Meech.

—No es de mi incumbencia censurar, señor —dijo Meech, con dignidad—. Pero jamás hubieran hecho una cosa así en Truefitt.

La puerta se cerró tras él y Tony se volvió hacia su invitada, que estaba disponiendo los bocadillos.

CAPÍTULO XIII

—Es un buen hombre este Meech —dijo Tony, sentándose en el mostrador—, pero un poco *snob*. Nunca le permite a uno olvidar que ha bajado de categoría.

Polly estaba saboreando un bocadillo con la sana fruición de la muchacha que ha ganado su sustento con una mañana de trabajo.

—No sé por qué se habrá marchado de Truefitt —dijo.

—Es uno de aquellos sombríos secretos tan comunes en los ambientes peluqueriles —dijo Tony—. Se oyen susurros de vez en cuando en los grandes establecimientos de barbería como el Senior Bay-Rum o el Snippers, pero nadie sabe nada concreto.

—Quizá era conde también.

Tony analizó este punto.

—Es posible —dijo—, pero no lo creo. Nosotros, los ex condes, tenemos algo indefinible que es casi imposible confundir. No logro verlo en George Christopher Meech. Personalmente, creo que su decadencia es debida únicamente a su caballerosidad. Aceptó el despido por salvaguardar el nombre de una mujer.

—¿Qué mujer?

Tony, pensativo, se comió el emparedado.

—A mi juicio —dijo—, se trataba de una manicura de ojos azules, frágil, pero adorable. Su mezquino salario ayudaba a mantener a su padre inválido. Durante algún tiempo, todo fue bien. Cada sábado ella llegaba a casa con el ligero sobre y gastaba su contenido en el alquiler, el sustento y una onza de tabaco para el pobre anciano. Entonces, un día, al regresar a su modesto alojamiento, encontró que la tragedia la esperaba.

—¿Había muerto?

—Muerto no, pero se volvía calvo. Puede usted imaginar lo que esto representaba. Al precio que fuese, había que salvar el cabello. Pero ¿dónde encontrar el dinero para un crecepelo? Imposible… Todo aquel domingo, hasta altas horas de la noche, Mabel (se llamaba Mabel) meditó desesperadamente. Y entonces, el lunes por la mañana, mientras comía un arenque con pan para desayuno, encontró la solución. Recordó que míster Truefitt guardaba una botella de crecepelo en el estante superior de un armario situado en la habitación donde ella y George Christopher Meech habían trabajado durante tantos meses.

Polly temblaba.

—No iría a robarlo.

—Sin duda alguna —dijo Tony, con firmeza—. Lo robó aquel mismo día mientras Meech había salido a almorzar. Pocos días después, míster Truefitt mandó recado a Meech diciendo que quería verlo en su despacho particular. —Tony cogió otro bocadillo y lo comió tranquilamente en silencio—. Bien, ya puede usted suponer lo que pasó. El robo había sido descubierto. Míster Truefitt acusó abiertamente a

Meech. O Meech o Mabel era el culpable. Y Meech podía fácilmente presentar una coartada, pero prefirió aceptar la acusación, a pesar de que estaba limpio como el acero. «He sido yo, míster Truefitt», dijo con voz tranquila y pausada. Míster Truefitt estaba visiblemente impresionado. «Piénselo bien, George», le dijo con firmeza, porque le tenía afecto. «¿Lo dice usted en serio?». «En serio, señor», contestó Meech. Siguió un largo silencio. Míster Truefitt lanzó un profundo suspiro. «Está bien, George», dijo. «Si esta es su versión, sólo nos resta dejar que la Justicia siga su curso». Y aquella misma tarde todos los dependientes formaron el cuadro, Meech se colocó en medio y míster Truefitt, ceremoniosamente, le arrancó las tijeras.

—¡Qué hombre! —dijo Polly con admiración.

—¿Míster Truefitt o Meech?

—Meech.

—Un héroe silencioso —dijo Tony.

Alcanzó la botella de champaña.

—¿Está usted a punto para un poco de «Cuvée Lucrecia Borgia»?

—Gracias.

—A propósito, Freddie ha estado aquí esta mañana.

—¿Lo ha visto usted?

—No, pero creo que va a volver.

—No sé cómo deben de estar todos…

—Sí, me gustaría tener alguna noticia. —Dirigió una mirada melancólica a la botella—. ¿Sabe usted?, creo que tendríamos que probar primero esto en una rata. Puede ser venenoso.

—No he probado nunca el champaña.

—Pues tampoco lo probará usted ahora —dijo Tony. Hizo saltar él tapón y se oyó un «pop» bastante esperanzador—. Bien, por lo menos ha hecho ruido —dijo, satisfecho. Llenó los vasos y acercó a ella uno de los sacos de papel—. Tome usted un variante. Quizá mejore el sabor.

Polly bebió en su copa.

—Me parece bueno —dijo.

Tony bebió en la suya.

—Podría ser peor —asintió—. Me recuerda el sabor del «Derma Vitalis», de la marca Price.

Polly apartó su copa.

—Me parece usted maravilloso —dijo simplemente.

—¿Yo? ¿Por qué? —dijo Tony, sorprendido y agradecido.

—No hay muchos hombres que estuviesen tan alegres en su situación.

—¿Almorzando con usted, quiere decir? Pero, si me encanta almorzar con usted…

—Ya sabe usted lo que quiero decir. Debe ser espantoso caer en eso después de lo que ha sido.

—Nada de esto. No me he divertido nunca tanto como en estas dos semanas.

—¿De veras? —preguntó Polly con cierto, interés.

—Estoy en mi elemento. Mis antepasados fueron todos barberos, y en esta atmósfera de colonia y brillantina mi alma halla por fin la paz. La sangre habla, ¿sabe usted?

Polly seguía bebiendo su champaña a pequeños sorbos. Parecía pensativa.

—¿Cree usted realmente ser el hijo de mistress Price? —preguntó finalmente.

—Yo sí. ¿Y usted?

—No, creo que está chiflada.

—Esto es interesante. Tome un bocadillo.

—Y lo que es más aún —prosiguió Polly—, cuando llegue el momento, no creo que lo mantenga.

—¿No?

—No. Desmentiría todo lo dicho.

—¿Qué le hace a usted creer eso?

—Sólo una idea.

—¿Le ha dicho a usted algo respecto a esto?

—Mucho. Dondequiera que la encuentro. Está llena de remordimientos.

—¡Pobre mujer! —dijo Tony, con compasión—. Debe de tener la sensación de haber arrojado una cerilla a un barril de pólvora.

Polly le dirigió por encima de la mesa una disimulada mirada de aprobación. De todas las cualidades que admiraba en el Hombre, colocaba en lo más alto la facultad de saber perder. Tony le parecía ser el hombre que sabía perder mejor de todos los que había conocido. Ni una sola vez desde el día fatal dio la menor muestra de desaliento.

—Tiene que ser desagradable para todo el mundo —dijo Polly—. Para sir Herbert, por ejemplo. O para lady Lydia.

—O para Freddie —dijo Tony, riéndose—. ¡Pobre Freddie! ¡Cuánto debe sufrir!

Y Slingsby. Es curioso que tenga que llamar a su sobrino «Milord».

—En conjunto, un lío asqueroso —asintió Tony—, una cosa insoportable de ver. Dejemos eso y vamos a hablar de dónde iremos usted y yo esta tarde.

—¿Es que vamos a alguna parte?

—Naturalmente… Con un día como hoy tiene usted que pasar la tarde al aire libre. Soy un hombre de negocios y creo que sacaré más rendimiento de usted si tiene los pulmones llenos de aire puro.

Polly lo miró de una manera rara.

—No debe usted estropearme —dijo—. Recuerde que tendré que seguir ganándome la vida cuando vuelva usted a ser conde otra vez.

—Eso lo dice usted. Pero yo no lo creo. Creo más bien que me encontrará usted aquí dentro de cuarenta años, trabajando con un casquete negro y un par de patillas blancas. El tipo pintoresco de barbero, vaya… Me parece estar oyendo a la gente

decir: «¡Oh, hay que proteger a aquel pobre barbero viejo! Es un tipo…».

—Dentro de veinte años, será usted un conde gotoso, mandando a todo el mundo al diablo.

—¿Lo cree usted?

—Lo sé.

Tony asintió con indulgencia.

—En fin, sí ésta es su versión, diremos como míster Truefitt le dijo a Meech: «Hace usted bien de aferrarse a ello». Pero nos apartamos del punto. ¿Dónde vamos esta tarde en mi viejo cacharro? ¿Al río? ¿Al soleado Sussex? Diga usted un nombre.

Un extraño gesto apareció en el rostro de Polly.

—Me parece que no iré nunca más en automóvil —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

—¡Oh!, no sé…

—¿Por qué no, Polly?

Polly lo miró valientemente, pese a que sus labios temblaban.

—Escuche —dijo—. Cuando era una chiquilla, solían mandarme a la granja de mi abuelo en Connecticut a pasar dos meses de verano. ¡Y cuánto me gustaba! Pero un año me negué a volver. ¿Comprende usted?… Me gustaba demasiado y sabía cuán horrible sería cuando ya no pudiese ir…

Se calló y apartó la mirada. Tony se quedó con la boca abierta. Le cogió la mano.

—¡Polly…! ¿Quiere usted decir…? ¡Maldita sea! —dijo Tony.

Soltó su mano rápidamente. El ruido de la puerta que se abría y la corriente de aire procedente de Mott Street que le dio en la nuca le avisó de que no estaban ya solos.

Se volvió, contrariado. Su primera idea fue que George Christopher Meech había regresado y estaba decidido a hablar firme y amargamente con él. Entonces se dio cuenta de que estaba equivocado. El intruso era Slingsby.

El mayordomo estaba espléndido con su traje de mañana y su sombrero hongo que usaba siempre para sus paseos cuando estaba en la metrópoli. Resoplaba ligeramente porque el buen tiempo lo había tentado a hacer el camino desde Arlington Street a pie, y su estado de salud no era del todo satisfactorio.

—¡Hola! —dijo Tony.

—Buenas tardes, milord.

El aspecto de Slingsby delataba respeto y benevolencia. Un pastor que examinase una oveja descarriada que hubiese siempre considerado socialmente superior, debía de tener el mismo aspecto. La decisión de sir Herbert Bassinger de ir a pasar un par de semanas en Londres había merecido su más ferviente adhesión. Había tenido que soportar mucho desde la marcha de Tony de Langley End y suspiraba por volver a verlo y poderle confiar sus cuitas.

Al observar que se estaba celebrando una comida, se consagró con suave eficiencia a su cometido social. Avanzó hacía la mesa sin decir una palabra más,

cogió la botella, miró la etiqueta, frunció el ceño y escanció el vino en las copas. Hecho esto, adoptó una actitud profesional detrás de la silla de Tony.

—Nada, nada, tío Ted —dijo Tony—, no debes preocuparte de nosotros.

—Prefiero esperar a milord.

—Yo no soy milord. Soy tu sobrino.

—Prefiero considerar a Su Señoría como Su Señoría.

Polly, con femenino tacto, los sacó de aquel difícil callejón sin salida.

—Hemos terminado —dijo—. Por lo menos yo. ¿Y usted?

—Completamente —dijo Tony.

Polly se levantó y comenzó a asear la mesa. Lo hizo de una manera experta, recogiendo los papeles y los restos, dejando un mínimo de perturbación. Declinó con un ademán la oferta de ayuda hecha por Tony.

—¿De veras puede usted hacerlo sola?

—De veras, gracias.

—¿No es excesivo para sus frágiles fuerzas?

—Soy más fuerte de lo que parezco —dijo Polly.

Abrió la puerta de la «Sección para Señoras» y entró. Tony se levantó y encendió un cigarrillo.

—Es usted muy amable por haber venido a verme —dijo—. Creo que la familia está en Londres. ¿Cómo va por casa?

Un ceño huraño ensombreció la placidez del rostro del mayordomo.

—No hay más que una palabra para calificarlo, milord —dijo sombríamente—. *¡Cataclismo!*

Tony se echó a reír.

—Cataclismo, ¿eh?

—Sí, milord.

—¿Es decir, que las cosas no van bien?

—No, milord.

—Bien, no veo la manera de evitarlo —dijo Tony, sentándose en la mesa—. Ve usted, mi querido amigo… —El mayordomo pestañeó—. Ve usted, mi querido amigo —prosiguió Tony no haciendo caso de su sufrimiento—, hay que enfrentarse con los hechos. Tanto usted como yo sabemos que no soy lord Droitwich…

No era costumbre en Slingsby interrumpir a la Familia, pero no pudo evitar hacerlo ahora.

—No sé nada parecido, milord. He estado observando al joven Syd y nadie me hará creer que es un aristócrata. Un hombre con la sangre de sus antepasados en sus venas —prosiguió Slingsby, calentándose con el tema—, es capaz quizá de emplear el cubierto de pescado con el entrante, pero jamás mojará un trozo de pan en la salsa.

—¡Oh, ya se acostumbrará! Tiene usted que darle tiempo.

—Diez años de presidio le daría yo —dijo el mayordomo, con rabia—, si dependiese de mí.

Hubiera seguido hablando todavía, pero en aquel momento la puerta de la «Sección para Señoras» se abrió y entró una figura que paralizó las palabras en sus labios.

—¡Oh! —dijo Slingsby—. ¿Tú, eh? Precisamente quiero verte…

Ma Price tragó saliva sin decir nada. Era una persona muy diferente de aquella mujer alternativamente lacrimosa y efervescente que zigzagueaba por el viejo interior de Langley End hacía dos semanas. Cierto era que parecía lacrimosa también en aquel momento, pero las lágrimas que amenazaban brotar no eran lágrimas vínicas. Procedían de una congoja espiritual más que de un estimulante alcohólico. Todo en ella era seda negra y sufrimiento.

Polly, apareciendo detrás de ella en el umbral vio la voluminosa figura del mayordomo hincharse como una nube tempestuosa.

—Por favor, no sea usted cruel con ella, míster Slingsby —suplicó—. No es feliz…

Otro sollozo escapó de Ma Price. Era el equivalente de un «¡Escuchadme, escuchadme!», pronunciado en una reunión pública. No había pasado dos semanas dignas de envidia. La comparación de Tony de que su sensación debía ser la del hombre que ha manejado un barril de pólvora, era exacta. Si de algo pecaba era de haberse quedado corto. Era como si hubiese hecho una brecha en el dique de un embalse y estuviese contemplando a miles de personas pereciendo ahogadas en el valle inferior.

El mayordomo se resistió a que le despojaran de su víctima.

—¿Y qué derecho tiene a ser feliz —preguntó, implacable—, después de lo que ha hecho?

Ma Price sollozaba lamentablemente.

—No tuve intención de hacer daño a nadie.

—Desde luego, no la tuvo usted —dijo Tony, acercándose a ella y rodeando con su brazo su ancha cintura.

—Todo esto está muy bien, milord —dijo Slingsby, emblema de la Fatalidad—. Pero, con intención o sin ella, lo ha hecho. Le aseguro a usted que mi sangre bulle al contemplar al pobre Syd. No he estado nunca acostumbrado —añadió el mayordomo — a servir en casas donde el llamado cabeza de familia se ofrece en medio de la comida a examinar el cuero cabelludo de sus invitados y decirles por qué les cae el pelo.

Polly se llevó las manos a la garganta.

—¿Eso ha hecho?

—Eso mismo. Y le dijo a sir Gregory Peasmarch que si no andaba con cuidado pronto tendría que ponerse un felpudo en la cabeza.

—¿Un felpudo?

—Para taparse el occipucio, milord —explicó el mayordomo.

Tony quedó impresionado.

—Tengo, que tomar nota de esto —dijo—. Puede ser útil. Es una frase eficaz para ser usada con los clientes.

Ma Price dio por primera vez rienda suelta a su congoja. Sollozaba desconsoladamente.

—Vamos, vamos, serénese, mistress Price —suplicó Polly.

—¡Dios mío! ¿Qué habré hecho y dicho yo? —sollozaba la desconsolada mujer.

El mayordomo la miró fríamente.

—Ya te diré yo lo que has hecho y dicho. Has echado a Su Señoría de su ancestral mansión trayéndolo aquí y has colocado en su sitio a un asqueroso insolente que ha llamado calabaza a Su Gracia el duque de Pevensey.

—¿Al viejo Pevensey? —exclamó Tony, entusiasmado.

—Sí, milord. Cara a cara. Su Gracia estaba hablando, bastante autoritariamente, como es su costumbre, y el infame Syd le dijo que recordase que no era él la única calabaza que había allí.

—¡Lo que yo llevaba tantos años queriendo decirle!

Slingsby se mostró severo.

—Puede ser del agrado de milord tratar este asunto con ligereza, pero puedo asegurar a milord que fue una escena sumamente dolorosa. Creí por un momento que Su Gracia iba a tener un ataque de apoplejía.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío…! —sollozaba Ma Price mirando con recelo a Polly. Esta, al quitar la mesa, había dejado la botella de champaña. En aquel momento la cogió y se dirigió hacia la puerta—. ¡Tenga cuidado con esto, Polly! —exclamó Ma Price—. ¡Apártelo! ¡No sabe el daño que hace!

Polly salió con la botella. Su marcha pareció dar a Slingsby la reconfortante sensación de poder discutir asuntos de familia sin la presencia de extraños.

—Veamos ahora tú… —dijo vivamente—. Vamos a arreglar las cosas. ¿Qué piensas hacer?

—¡Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío…!

—¡Basta ya, no berrees más!

Tony intervino.

—Calma, Slingsby. Tempere usted su severidad con un mínimo de tolerancia.

—Sí, milord —dijo, dirigiéndole una mirada de reprobación—. Y bien…

Su desconsolada hermana seguía sollozando.

—La cabeza se me va, Theodore; no sé verdaderamente qué hacer…

—¿No lo sabes? ¡Claro que lo sabes! Y si no lo sabes, voy a decírtelo yo. Niégate en absoluto a declarar. Destruye toda tu absurda patraña. Termina todo esto.

—Bien, quizá sí… —dijo Ma Price, dudando—. Me iba ahora a la capilla a rezar en busca de inspiración. Polly, querida —dijo al ver entrar a la muchacha—. Voy a la capilla a pedir inspiración. Acompáñeme hasta la esquina, ¿quiere?

—Muy bien, mistress Price.

Ma Price se secó los ojos.

—Hubiera debido saber que tenía que ocurrir el desastre y la confusión. La misma mañana que fui a Langley End rompí un espejo.

—No hubieras debido mirarte en él —dijo Slingsby.

Tony lo miró, confuso, mientras la puerta se cerraba. Habiendo conocido hasta entonces al mayordomo únicamente bajo la suave máscara de su profesión, ocultando cuanto fuesen impetuosas emociones, tenía motivos de asombrarse ante aquel nuevo *Slingsby*. Jamás hubiera supuesto que un mayordomo fuese capaz de encontrar una cosa tan sutil como su última frase; y estaba impresionado, como ocurre siempre, cuando un semejante revela insospechadas profundidades.

—Es usted un hombre duro, Slingsby —dijo—. Un gran artista del diálogo, pero duro.

El mayordomo suspiró profundamente.

—Es natural, milord. Cuando pienso en todo el mal que ha hecho esta vieja carcamal, siento que algo se eriza en mí.

Tony se incorporó.

—¿Se le eriza…? ¿Quiere usted que lo afeite?

—No, muchas gracias, milord.

Tony suspiró. La vida parecía ser un continuo desengaño.

—Me muero de ganas de afeitar a alguien. Un barbero no es un barbero hasta que ha hecho correr la sangre.

El mayordomo frunció el ceño respetuosamente, pero con severidad.

—No me gusta oír a milord hablar de esta forma.

—Lo siento —dijo Tony—. Nosotros, los profesionales, ya sabe usted… No podemos olvidar el oficio. Se detuvo, sorprendido. Una especie de fuerte e inesperado ronquido partió de los labios de su interlocutor. Al mismo tiempo, un obscuro rubor cubrió su rostro. Tony, al volverse, comprendió la razón. Durante su última frase una desaliñada figura había hecho su aparición en el marco de la puerta. Llevaba traje de montar, pero carecía de esa minuciosidad que suele acompañar a esta indumentaria.

—¡Vaya! ¡Por el aire que respiro! —gritó Tony—. ¡El quinto conde en persona! ¡Entre, entre, amigo mío…!

Syd no aceptó la invitación. Contemplaba con melancólica hostilidad al mayordomo. Durante el período de prueba en Langley End, el siempre marcado antagonismo entre ellos dos se había intensificado considerablemente. Hubiera sido difícil saber cuál de ellos dos miraba al otro con mayor desagrado.

—¡Oh! Está usted aquí, ¿verdad?

—Sí, estoy aquí —respondió el mayordomo con una mueca.

El menosprecio que había en el rostro de Syd se agravó.

—Conspirando e intrigando, como siempre, supongo.

—¡Syd…!

—¡Para ti, milord!

—Señores —dijo Tony, conciliador—, ¡por favor! —Se volvió hospitalariamente

hacia el recién llegado—. Siéntese…

—Prefiero estar de pie.

—¿De veras? ¿Tiene usted algún motivo especial?

—Sí —dijo Syd, brevemente—. Tomo lecciones de equitación.

Tony sintió lástima. Comprendía…

—Duele un poco al principio, ¿verdad? No importa. Pronto será usted un jinete consumado… Un cadáver, más bien. Me han hecho montar tanto que no soy ya un hombre, no soy más que una llaga sangrienta bajo una forma humana. —Se detuvo. Parecía dudar sobre si convenía darse por enterado o no de la franca risa que se le había escapado a Slingsby. Decidiendo, después de bien pensado, no rebajarse hasta eso, prosiguió—: Me han dicho —añadió, dirigiéndose a Tony— que dos de mis antepasados murieron en los terrenos de caza.

Tony asintió.

—Es exacto. Un abuelo y un tío. Dos, en total.

—Estas cosas pueden a veces llegar a tres —dijo Syd, tristemente.

—¡Ah, qué le vamos a hacer… *noblesse oblige*!

—¿Cómo dice usted?

—Dejémoslo —dijo Tony.

El mayordomo intervino en la conversación.

—Te está muy bien empleado, joven Syd. Espero que te mejores.

—No quiero saber tu opinión, sirviente…

—¡Señores! —dijo Tony.

Syd frunció el ceño.

—Es culpa de Ma —dijo con todo bélico—. Si me hubiese dicho la verdad cuando era pequeño, todo esto hubiera sido natural.

—El hombre es lo que es… —dijo Slingsby.

—¿Quieres hacer el favor de callarte?

—El hombre es lo que es —repitió el mayordomo con firmeza—, y todo aquel que abandona sus hábitos y sus ideas para entregarse a algo diferente no será nunca más que un mono domesticado. Cuando hayas tomado todas tus lecciones y te hayas acostumbrado, serás únicamente como una horrible mujer que no se atreve a sonreír por miedo de que se le agriete el maquillaje.

Syd hizo un gesto.

—No vas a esperar que renuncie a mis derechos de herencia, ¿eh, carcamal?

—¡No me llames carcamal!

—¡Alguien tiene que llamártelo!

—¡Señores, señores…! —dijo Tony.

Después de la última respuesta, Slingsby llegó a la conclusión, como tantas otras veces en el pasado, de que nada había cambiado en sus probabilidades de llevar la mejor parte en una controversia verbal con Syd. La mejor política era ignorarlo. Así lo hizo, ceremoniosamente.

—Voy a desearle los buenos días, milord —dijo a Tony—. Tengo que marcharme.

—Sí, quizá será mejor —dijo Tony—, antes de que corra la sangre. Venga usted por aquí alguna vez.

—Muchas gracias, milord.

El mayordomo dirigió a Syd una mirada altiva y salió.

—Conque lo han metido a usted en brega, ¿verdad? —dijo Tony.

—¡Sí, me han metido! —El rostro de Syd se contorsionó. Se imaginaba a las víctimas de la Inquisición cuando, al ser liberadas de la cámara de la tortura, se encontraban con un amigo solícito que les preguntaba qué tal les había ido por allá dentro—. ¡Recuerno, no pasa un solo minuto sin que tenga a alguno de la familia detrás de mí diciéndome que obre contrariamente a mis instintos! —Suspiró—. Sé que es una amabilidad por su parte, desde luego. Lo hacen por ayudarme.

—¿Cuál es el programa de costumbre?

Syd reflexionó.

—Pues… tomemos hoy, por ejemplo. Visita al sastre con mi hermano Freddie. Paseo a caballo en el Row con Freddie, a las dos y treinta. Concierto en serio a las cinco con lady Lydia. Una especie de conferencia o no sé qué después de la cena. Y cuando todos ellos han terminado conmigo me entregan a este Slingsby para las lecciones sobre vinos y comida. Cómo hay que comerlas o beberlos, por qué, cómo y con qué.

—Si tiene usted que montar con Freddie a las dos y media, ¿no va usted a llegar un poco tarde?

—Llegaré más que tarde —dijo con una amarga risotada—. No iré. Lo he plantado.

—Y aquí está usted de nuevo; en su viejo ambiente.

—¡Rrrr! —Syd hizo una profunda inspiración—. Huele bien, ¿verdad?

—Conque echa usted de menos la tienda, ¿eh?

La inocente pregunta pareció producir el efecto de un timbre de alarma en el alma de Syd. Dirigió una rápida mirada a Tony, una mirada a la vez cautelosa y defensiva, como sospechando una trampa.

—¡Oh, no! —dijo, con una débil tentativa de parecer indiferente—. He pensado venir sólo a dar un vistazo…

—Ya veo…

—Nosotros, los Droitwich, somos así… impulsivos. Y hay aquí un par de cosas en mi habitación que quisiera recoger. ¿Hay algún inconveniente?

—Ninguno. No se ha tocado nada.

—¿Vive usted aquí, ahora?

—No, duermo en el club.

—Ma… —Se corrigió en el acto—, Mistress Price sigue aquí, supongo.

—Sí, ha salido en este momento. Ha ido a la capilla.

—Me gustaría volver a ver a mistress Price —dijo Syd con interés.

—Vuelva dentro un rato y la verá. A propósito… —dijo Tony—, cuando regrese usted, ¿me permitirá usted que lo afeite?

Syd se quedó mirándolo.

—¿Dejar a usted que me afeite? No, gracias. No estoy cansado de la vida.

—¡Vamos, vamos! Este no es el espíritu de los Droitwich de las Cruzadas.

—No me importa lo que sea —dijo Syd, con firmeza—. Seguridad Ante Todo es mi divisa. Crea usted mi consejo y no afeite usted hasta que sea usted capaz de ello. Si quiere hacer algo, corte el pelo. De esta forma no asesinará usted a nadie. Y si corta usted el pelo no se deje usted llevar hasta tratar de chamuscar las puntas. Esto requiere una mano segura.

Y con esta máxima se retiró.

—Chamuscar las juntas requiere una mano segura —murmuró Tony—. Cada día aprendo alguna cosa.

Seguía aún meditando sobre esta trascendental verdad, cuando fue interrumpido por la llegada de un nuevo visitante.

—¡Hola, Tony, mi viejo amigo! —dijo Freddie, desde el umbral.

—Conque dejemos esto, ¿verdad? Cuando estoy enterado de todo su lindo tejemaneje, ¿eh? No me haga usted reír que se me va a partir el labio. ¿Se figuran ustedes que me van a birlar mi herencia legal? ¡Pues abandonen todas las esperanzas! ¡Ya me cuidaré yo de ello a pesar de todos ustedes!

—Nada de eso —dijo lady Lydia.

Syd se volvió para parar este nuevo ataque.

—¿Y por qué no?

—Porque —dijo sir Herbert— tengo aquí un papel firmado por mistress Price delante de los debidos testigos, en el cual niega rotundamente que haya el menor fundamento de verdad en toda esta historia.

Una bomba de alta fuerza explosiva que hubiese estallado en la tienda hubiera podido desconcertar a Syd un poco más, pero no mucho. Se quedó con la boca abierta. Miró a sir Herbert. Miró a lady Lydia. Después, volviéndose, miró a Ma Price y sus ojos al mirarla recordaron los de Julio César mirando a Brutus.

—¿Qué…?

Ma Price husmeaba el aire, inquieta.

—Esto es lo que quería decirte, hijo mío —dijo.

Tony avanzó un paso. Había asistido como mero espectador a la batalla que acababa de terminar con una tan señalada derrota del Pretendiente Droitwich, pero de una u otra forma, la cosa no tenía para él ninguna importancia. Sin la menor curiosidad, tendió la mano y sir Herbert depositó en ella el papel con la ceremoniosidad del que deposita valores en una cámara acorazada.

—Sí —dijo sir Herbert—. Tómalo, Tony, y por lo que más quieras, guárdalo en sitio seguro.

Dio un paso de lado como si, temiendo un súbito y desesperado ataque, estuviese

decidido a interponer una fuerte barrera entre Syd Price y su sobrino. Tony se acercó al sillón de peluquero, se sentó en el brazo y empezó a leer frunciendo el ceño.

Ma Price estaba hablando de nuevo.

—Estoy segura de haber obrado bien.

—Muy bien —dijo sir Herbert, cordialmente—. Muy bien. Perfectamente bien.

—Muchas gracias, sir Herbert. Eso es lo que dijo la señorita que estaba aquí.

Tony levantó la cabeza con un sobresalto.

—¿Qué señorita?

—Esta, querido… —dijo Ma Price, señalando a Violet, en cuyos ojos acababa de aparecer una expresión de súbito malestar—. Se lo he dicho un momento antes de que viniese usted y parecía muy contenta de lo que he hecho.

CAPÍTULO XIV

Freddie había cambiado de ropas desde su primera visita a la peluquería y lucía ahora un traje de montar de una belleza deslumbrante. Miró a Tony con solemne atención.

Tony estuvo encantado de ver aquel rostro un día familiar.

—¡Mi viejo Freddie, pardiez! Ven aquí y toma un poco de brillantina. Te ofrecería champaña, pero se ha terminado.

—Te encuentro muy bien, Tony. He estado aquí esta mañana. ¿Te lo han dicho?

—Sí, siento muchísimo que te hayas marchado antes de mi regreso. Hubiera podido invitarte a almorzar.

—He almorzado con Tubby Bridgnorth y su futuro padre político. El viejo es más rico que Rockefeller y calvo como un huevo.

—¿Qué huevo?

—Cualquier huevo.

—Pero ¿a qué hablarme a mí del infortunio del pobre hombre?

—Le he recomendado el «Derma Vitalis» Price y creo que le interesa.

—Eres un tipo estupendo —dijo Tony, con admiración—. Comprendo. Desde luego, me será de gran utilidad.

—¿Por qué? ¿A ti?

—Soy el dueño, ¿no?

Freddie se echó a reír.

—No seas idiota, Tony. No vas a estar en esta tienda mucho tiempo.

—¿Crees verdaderamente que hay probabilidades de que Syd no reclame sus derechos?

—¿Probabilidades? —dijo Freddie, echándose nuevamente a reír—. Pero, muchacho, es seguro… El hombre flaquea visiblemente. La otra noche me estuvo hablando de su pasada vida de barbero, sin preocupaciones. Me hablaba con lágrimas en los ojos, pensando en su Southend y los juegos de dardos, y de bolos, y en las rifas de cocos y el ambiente de las carreras… Te lo aseguro, el hombre desfallece, positivamente…

Se calló. Su andanza por la tienda lo había llevado frente al espejo y se detuvo contemplando su imagen. Su mano se elevó y se posó sobre su mejilla.

—¡Oye!

—¿Qué te pasa?

—Necesito afeitarme.

Cualquiera que hubiese visto alguna vez un caballo de batalla encabritarse al oír el clarín, lo hubiera recordado al ver la reacción de Tony al oír esta frase. Su cuerpo se estremeció. Un resplandor de anhelo brilló en sus ojos. Se lamió los labios furtivamente.

—¿De veras? —dijo con voz ronca, como la que debió de usar Moisés al ver la

Tierra Prometida desde la cumbre de Pisgah—. Conque necesitas…

Freddie no había observado estas manifestaciones. Se había sentado en una silla y permanecía allí con la cabeza echada hacia atrás.

—¿Dónde está el tipo con quien he hablado esta mañana? El tío de los lentes.

—¿Te refieres a Meech, ex dependiente de Truefitt?

—El mismo. Llámalo y que venga a trabajar. No tengo mucho tiempo.

—Déjalo para mí —dijo Tony.

Envolvió a su víctima en una sábana y comenzó a afilar una navaja. Freddie se incorporó, alarmado.

—¿Qué estás haciendo?

—Preparando las cosas. Se gana tiempo.

—¡Ah!…

Freddie se echó hacia atrás, tranquilizado, y Tony comenzó a mezclar el jabón. El rostro de Tony tenía una expresión solemne. Había habido momentos en su pasado —como, por ejemplo, la vez que le había birlado su «brassie» preferido y se lo había roto—, en que se había preguntado por qué Freddie tuvo que ser mandado a este mundo. Ahora lo sabía. Y al comprender que la Providencia no hace nada sin previo designio, se asombraba.

Freddie seguía riéndose.

—Oye.

—¿Qué hay?

—He hecho montar a caballo al joven Price.

—¡Oh…!

—Tienes que verlo. Monta como un saco de carbón.

Tony, ocupado con la tarea de enjabonar el rostro de su cliente, pudo, no obstante, prevenirlo con una palabra.

—Ten cuidado, Freddie. Suponte que se rompe el pescuezo…

—No me hagas la boca agua, Tony. ¡Pff-ff-ff!

Tony cesó de enjabonar y lo miró intrigado.

—¿Qué te pasa? ¿Se te hace la boca agua?

—¡Me la llenas de jabón, idiota!

—Perdona. Enjabonar es como chamuscar las puntas. Requiere una mano hábil.

Terminó de enjabonarlo. Syd, regresando de su misión, llegó a tiempo de verle coger la navaja e inclinarse sobre su inconsciente víctima. Freddie tenía la costumbre de cerrar los ojos cuando lo afeitaban y así lo hizo esta vez. Así lo hizo con absoluta tranquilidad porque había oído abrirse la puerta cuando entró Syd y creyó que era el tipo de los lentes. No tenía ni la menor sospecha del riesgo que corría. De momento, estaba preguntándose si bien pensado no era mucho mejor un buen *Dry*-Martini bien cargado, según la vieja fórmula, que todos estos «Stick’ Em Ups» y «Lizard’s Tonsils» y demás porquerías que se preparaban hoy en día.

En medio de su ensoñación, oyó la suave voz de Tony.

—¿Sabes una cosa, Freddie? —dijo, pensativamente—. Debe de ser un gran momento en la vida de barbero llegar al primer cliente a quien uno no corta.

Freddie abrió los ojos. Se incorporó. Parecía un animal salvaje de la selva virgen que acaba de ver una trampa en medio del follaje.

—¡Oye! ¿Qué estás haciendo?

—No te asustes, hombre.

—¿Que *no me asuste*?

Syd no podía soportar ya más. Había estado contemplando la escena nervioso, como el viejo guerrero que anhela intervenir en la lucha. La vista del jabón, su perfume, todo aquel efecto escénico había dado vida a una serie de irresistibles sensaciones atávicas.

Avanzó con un grito.

—¡Alto, deme usted eso!

Arrancó la navaja de las manos de Tony y permaneció frente a ellos, retador, firme, resuelto, decidido, como valles.

—Me hace rechinar los dientes —dijo— ver bajar a un aficionado.

Freddie, en lugar de dar las gracias al cielo su milagrosa salvación, se indignó.

—¡Oiga! ¿Qué diablos está usted haciendo?

—Siéntese en esta silla.

—Bien, pero ¿qué diablos…?

—¡Siéntese!, ¿quiere? —dijo Syd, rechinando los dientes.

Aquella melancolía que había marcado su entrada en el local diez minutos antes había desaparecido. Aquel aspecto de ser la pelota de fútbol del Destino —y una pelota bastante usada, además— lo había abandonado. Era fuerte, dominante, un hombre que practicaba su profesión en el terreno que le correspondía.

Freddie pareció someterse. Parecía haberse pospuesto de momento dilucidar por qué Syd se hallaba en Mott Street en lugar de encontrarse con los caballos en Prince’s Gate. Era un hombre de sentido común. Necesitaba afeitarse. Y estaba afeitándolo un verdadero técnico. Dejemos, pues, raciocinaba, que las cosas sigan su curso.

Cerró los ojos y se arrellanó de nuevo en su sillón.

—Adelante —dijo brevemente.

Tony contemplaba al hombre de la navaja con fingida sorpresa.

—¡Cómo, lord Droitwich…! —exclamó.

Syd le lanzó una fría mirada.

—Sí, soy lord Droitwich —dijo sombríamente—, y no permito que nadie diga lo contrario. Pero hace semanas que me muero de ganas de afeitar a alguien.

—Conozco la sensación.

—Míreme, ahora.

—Estoy mirando.

—Puede usted aprender mucho viendo trabajar a un artista.

Tony se acercó.

—Yo veo la idea —dijo—. Mano muy ligera y mucha suavidad.

Syd respiraba afanosamente. Así deben de respirar los cirujanos a mitad de una delicada operación. Estaba orgulloso de su trabajo.

—Míreme —dijo Syd—. Hay que estudiar no del pelo, la dirección en que va, ¿ve? Y así… —Afeitaba magistralmente a Freddie—. Usted en el otro sentido y, ¿qué pasa?

Había dirigido su pregunta a Tony, pero éste, a pesar de que no lo sabía, no era ya su único espectador. Durante éstas profesionales observaciones del grupo de tres personas había entrado en la tienda sin que lo advirtieran ni Tony ni Syd. La primera en entrar fue lady Lydia Bassinger, seguida inmediatamente de Violet Waddington y de sir Herbert. La idea de ir a hacer una visita a Tony durante el primer día de su estancia en Londres se les había ocurrido simultáneamente, como se le había ocurrido a Freddie. Y el espectáculo de ver aquel hombre que tan en breve —a menos de que ocurriese algún feliz milagro— debía ser lord Droitwich, entregado a la tarea de afeitar en su viejo establecimiento, los dejó momentáneamente mudos.

—Pasa usted en sentido contrario —continuaba Syd— y, ¿qué pasa? Arranca usted los folículos por la raíz. Tenía una vez un empleado…, un muchacho llamado Perkins…, y, ¿cree usted que pude jamás enseñarle a seguir la dirección del pelo? Ni en cien años. Le dije hasta cansarme: «Amigo Alf, ¿quiere usted o no quiere…?».

La anécdota, que indudablemente debía tener un alto valor moral, no llegó nunca a su conclusión. Porque en aquel momento los refrenados sentimientos de lady Lydia pudieron más que ella y lanzó una monosilábica exclamación.

—¡¡¡Bien!!! —exclamó.

CAPÍTULO XV

Como toda la gente bien pensada sabe, un artista debe ser juzgado por el conjunto de su obra, no por un fracaso incidental. No podemos, por consiguiente, marcar a Syd Price con el dedo de la censura porque en esta precisa ocasión fuese culpable de haber mellado la barbilla de un cliente. Su reputación como el mejor barbero del oeste del Marble Arch sigue en pie.

No obstante, esto fue lo que hizo. La súbita interrupción tuvo sobre él un efecto devastador. Su tan experta navaja resbaló y Freddie, saltando del sillón con un aullido de angustia, hundió su rostro en una toalla llenando el aire de amargos reproches.

Syd no se dio apenas cuenta de la catástrofe. Contemplaba pálido, a los intrusos.

Tony fue el primero en hablar.

—¡Vaya, vaya, vaya…! —dijo—. ¡Conque toda la familia…!

Lady Lydia le concedió una momentánea mirada.

—¿Cómo estás, Tony, querido? —observó, brevemente, volviendo la vista hacia Syd—. ¡Conque así es como se porta usted en cuanto apartamos los ojos de su persona…!

Tony cogió al desgraciado por el codo y lo empujó hacia adelante.

—«Señor —dijo—, ¡he aquí a los sabuesos sanguinarios…!».

Freddie tenía sus propias preocupaciones. Se estaba contemplando en el espejo, con la angustia en la mirada sombría.

¿Ha visto usted lo que ha hecho? —gritó, con la voz temblorosa de compasión de sí mismo—. ¡Una herida espantosa! ¡Y se atreve a llamarse barbero!

Syd hubiera podido contestar que incluso los barberos pueden estar sujetos a espasmos al verse interpelados por detrás en medio de su trabajo, pero tomó otro camino.

—Yo no soy barbero. Soy conde.

Sir Herbert lanzó un gruñido.

—¡Valiente conde!

Tony contempló el perfil de Syd, perplejo.

—¿Lo dice usted en serio? —preguntó.

—¡Valiente conde! —dijo sir Herbert—. ¡Afeitando…!

—Yo creí que suspiraba por un trago de agua de colonia.

Esta vez fue Violet. Nadie sentía gran afecto por Violet y sus observaciones explicaban la causa.

Syd había ya recuperado suficientemente la serenidad para discutir. La confianza iba renaciendo a medida que hablaba.

—¡Muy bien, muy bien, muy bien! —dijo—. Lo siento. No siempre puede uno refrenar el impulso, ¿no cree? Todos los Droitwich hemos sido impulsivos. He venido aquí a buscar cuatro cosas mías y al ver en ese momento que se disponían a degollar a mi hermano menor, he saltado. No creo que haya ningún mal en ello, ¿verdad?

—Ninguno con tal de que crea que nadie iba a degollar a Freddie —dijo Tony.

—Ahora es cuando me han degollado —dijo Freddie con vehemencia—. Estoy manando como una fuente.

La animación de Syd se desvaneció. Dolorosamente oprimido durante aquellas dos semanas, sucumbía bajo la tensión del momento. Dejó la navaja a un lado e hizo un vasto gesto de desesperación.

—¡Oh, al diablo todo esto! —dijo—. ¡Estoy asqueado!

Se acercó al escaparate y miró hacia la calle; su espalda era la del hombre que ha sufrido ya bastante. Sir Herbert y lady Lydia cambiaron una mirada conyugal de conspiración.

—Lo comprendo —dijo lady Lydia. Había habido una pausa y dijo estas palabras tranquilamente, sin su anterior truculencia. Su aspecto era el de una mujer herida hasta el corazón por un ingrato—. ¿Está usted cansado de ser adiestrado para su posición? ¿Es que no aprecia todo lo que estamos haciendo por usted? Bien, desde luego, si no quiere usted nuestra ayuda…

Syd se sintió nuevamente galvanizado. Se volvió rápidamente, con expresión de alarma.

—¡Oh, no digo esto!

—Entonces, ¿qué diablos pretende usted al obrar así? —preguntó sir Herbert con alegría—. Le suponemos a usted montando a caballo por el Row y lo encontramos metido en esta tienda entregado a sus vulgares menesteres…

—¿De qué sirven —preguntó lady Lydia— todos nuestros esfuerzos por educarlo si…?

—Lo siento.

Tony se agitaba inquieto. Hasta ahora se había divertido. Le gustaba aquella comedia, y el espectáculo de Freddie saltando de su silla le había hecho mucha gracia. Pero ahora, por primera vez, comenzaba a darse cuenta de que la situación tenía un lado patético. Miró a Syd. El pobre muchacho estaba positivamente humillado. Tony apretó los dientes.

Lady Lydia no era parca en lamentaciones. Seguía implacable su ataque.

—Tengo verdaderamente ganas de abandonarlo del todo…

Syd la miró acongojado.

—¡Oh, no diga usted esto! Me he desanimado sólo un momento —dijo con tristeza—. Me era imposible hacer nada correctamente y comenzaba a preguntarme si la manzana valía el dolor de barriga.

—Una metáfora asquerosa —dijo lady Lydia, cerrando los ojos.

—Sí el jamón valía el dolor de estómago, hubiera debido decir.

—Poco hemos mejorado…

Freddie seguía todavía absorbido por su tragedia personal.

—La sangre ha cesado —dijo—. ¿Qué ocurre ahora? ¡El tétanos, supongo!

—Lo siento… —susurró Syd.

—Demasiado tarde para sentirlo —dijo Freddie, tristemente.

Lady Lydia llevó la conversación a su primer tema.

—Bien, no hablemos más de esto —dijo—. Vaya a dar su paseo a caballo.

—¿A caballo? —preguntó Syd, palideciendo.

Había tenido la vaga esperanza de que con aquel barullo general el asunto de su paseo ecuestre hubiese sido olvidado.

—Murgatroyd está esperando con los caballos en Prince’s Gate desde las dos y media.

—Si no tiene usted respeto por el nombre de Droitwich —dijo sir Herbert, con vehemencia—, téngalo al menos por un caballo.

Incluso Freddie, prácticamente un cadáver descuartizado, por decirlo así, se sintió impresionado por la frase.

—¡Válgame Dios, es verdad! —dijo—. Deben de estar ya helados. Vamos…

Lo que Tony había calificado de espíritu de los Droitwich de las Cruzadas había cesado enteramente de animar al desgraciado que pretendía ser su heredero.

Syd parecía petrificado.

—No puedo —suplicó—. Y si viesen ustedes mis rozaduras no tendrían corazón para querer hacerme montar. ¡Si parece más la pintura de una puesta de sol que unas posaderas humanas!

—Propongo que nos lo enseñe —propuso Violet.

De nuevo Tony se agitó inquieto. Sentía la misma sensación que había experimentado algunas veces asistiendo a un match de boxeo. Esto no era leal.

—Con rozaduras o sin ellas —dijo sir Herbert, ampulosamente—, tiene usted que ir a dar su lección de equitación. ¿Es que no se ha dado usted cuenta de que como conde de Droitwich será elegido M.F.H.[2] de Maltbury?

—¡Debe usted creer que un *Master of Foxhounds* puede asistir a las reuniones en bicicleta! —exclamó lady Lydia.

Syd se sentía cada vez más acongojado en medio de aquella artillería.

—Si dependiese de mí, suspendería la Maltbury Hunt y mataría los zorros.

Un angustioso silencio siguió a esta observación.

Sir Herbert se volvió con una calma impresionante.

—Es inútil, Lydia —dijo—. Tendremos que abandonarlo como un caso perdido. Que se guise en su propia salsa. Si no quiere ser educado para su posición, dejemos que haga lo que quiera.

La desconfianza abandonó a Syd. Capituló con pánico.

—Iré, iré… —dijo desesperadamente—. Iré. Gracias a Dios el suelo de Row parece bastante blando.

—Un minuto —dijo Tony.

Su rostro habitualmente alegre se había ensombrecido y dio un paso hacia adelante. Quería poner las cosas en su sitio.

—Un minuto —repitió—. Escuche, Syd, infeliz asno descarriado. Se están

burlando de usted.

—¡Tony! —exclamó lady Lydia.

—No tiene usted ninguna necesidad de montar, si no quiere.

Syd se había detenido a medio camino de la puerta y lo miraba entornando los ojos. *Cockney* hasta la médula de los huesos, tenía la arraigada suspicacia del *cockney* ante la súbita amistad.

—¿Qué le hace a usted decir esto?

—Me da usted lástima.

—¡Oh…! —dijo Syd, riéndose amargamente—. Quiere hacerse el listo, ¿eh?

—¿Qué quiere usted decir?

—Le comprendo muy bien —dijo Syd con el aire de un hombre retando una serpiente humana—. Quisiera usted que no aprendiese, ¿eh? Quiere usted que no me adiestren y que sea el hazmerreír de todo el mundo cuando se discuta mi caso el mes que viene, ¿verdad? Esto convendría muy bien a sus planes, sin duda, ¿eh? Pues voy a montar, ¿comprende? Aunque se me llene el cuerpo de puestas de sol.

—No olvide el concierto de las cinco —dijo lady Lydia.

—¿Concierto? —Syd se quedó con la boca abierta—. ¡Dios! Lo había olvidado. Muy bien, tía… allí estaré… ¡Qué vida!

Se marchó, mártir destrozado. Freddie, dirigiéndose una última mirada en el espejo, lo siguió.

—¡Bonita figura haré en el Row! —dijo Freddie, tristemente—. ¡Con un maldito sablazo de seis pulgadas en mi cara!

CAPÍTULO XVI

En el interior de la tienda, la austeridad de la familia se había esfumado convirtiéndose en una efervescencia de mutuas felicitaciones. Sir Herbert, que durante la anterior escena había conservado el aspecto de un severo juez en presencia de un criminal de una clase particularmente innoble, volvía a ser de nuevo el genial caballero rural para lo cual la Naturaleza lo había criado. Lady Lydia y Violet sonreían felices.

Sólo Tony se mantenía apartado del compacto grupo. Su rostro era todavía sombrío y contemplaba amargamente aquella jovial reunión.

—¡Capital! —dijo sir Herbert.

—Sí, casi lo afirmaría —asintió Violet—, me parece que ya es suyo.

—Una semana más —añadió sir Herbert—, y arrojará la esponja.

Lady Lydia miraba sonriente a Tony. Violet le dirigió también una mirada de aprobación.

—Ha sido un golpe maestro, Tony —dijo—, fingir tener lástima de él.

—Sí —asintió lady Lydia—. Ha sido verdaderamente muy inteligente.

—Positivamente maquiavélico —añadió Violet—. No sabía que fueses tan sutil.

Tony no daba muestras de unirse al jovial espíritu de la concurrencia.

—¿Podría interesaros acaso —preguntó— saber que pienso exactamente lo que he dicho?

—¿Cómo?

—Que me da lástima.

El buen humor de sir Herbert se aminoró.

—¿Qué estás diciendo?

—Tony —dijo Violet—, estás delirando.

—Os digo que este pobre diablo me da lástima —repitió Tony, obstinado—. No me ha gustado nunca el plan este de extenuarlo y molestarlo, pero ahora me parece infame.

Lady Lydia estuvo a punto de soltar un balido de angustia.

—Es el único modo de hacerle renunciar a su pretensión.

—No me importa. No es deportivo.

—¡Deportivo! —dijo sir Herbert, con desprecio.

—No lo es —dijo Tony—. Y siempre hubiera creído que la única excusa que tiene la gente como nosotros es ser deportivos. Cada vez que en el pasado tenía un remordimiento de conciencia al pensar que estaba viviendo ocioso y a costa de los demás, sin hacer nada por merecerlo, me consolaba pensando: «Bueno, por lo menos eres deportivo». Y aquí me tienes, formando parte de una conspiración para desposeer a este pobre diablo de sus derechos.

Sir Herbert estaba demasiado atónito para soltar siquiera uno de sus ronquidos.

—¡Estás hablando como un imbécil!

—Estás hablando —dijo Violet, con acidez— como uno de esos hombres que predican sobre cajas de jabón, en el parque.

—No me importa cómo esté hablando —dijo Tony—. Me tiene sin cuidado parecer o no un orador de Hyde Park. Pero no podréis negar el hecho de que estamos jugando sucio.

—¿Puedo observar…? —La ampulosidad había descendido de nuevo sobre sir Herbert como una mano de niebla—. ¿Puedo observar que todo esto lo hacemos enteramente en interés tuyo?

—Sí —dijo lady Lydia—. Pareces haberlo olvidado.

—«¡Sopla, sopla, tú, viento invernal —dijo Violet—, no eres tan cruel como la ingratitud del Hombre!».

Si tuvo la intención, al intercalar esta brillante cita poética, de aclarar la atmósfera y arrancar una sonrisa al rostro de su prometido, fracasó completamente.

Tony le dirigió una mirada de malevolencia. Más que nunca se estaba preguntando ahora cómo pudo llegar a hacer la tontería de comprometerse con aquella muchacha estúpida.

—¡Por el amor de Dios —dijo secamente—, no trates de ser graciosa!

Violet se quedó helada.

—Perdóname… —contestó con frialdad.

Tony apeló a sir Herbert. Podía perdonar una alerta ceguera en la deportividad en la mujer, pero siempre había considerado al baronet como un rígido adepto del Código.

—¿No puedes comprender lo que quiero decir? —dijo, desesperado—. ¿No comprendes que es una manifiesta brutalidad obligar a montar a caballo a un hombre que rehúsa incluso una silla almohadillada para sentarse?

—Es el bisturí del cirujano, muchacho.

—¡Oh, me dais asco!

Hubo un silencio angustioso.

—Pues, mi palabra que… —dijo sir Herbert, purpúreo y ofendido.

Tony tenía suficiente sentido para saber cuándo había que excusarse.

—Perdonad. No hubiera debido decir eso. Pero…, ¡maldita sea…! —Buscaba las palabras que hubiesen podido hacer penetrar su punto de vista a través de aquella ponzoñosa nube de prejuicios—. ¿Es que jugamos al *cricket*? —preguntó suplicante.

Lady Lydia se agarró a la palabra con la habilidad de una dialéctica práctica.

—Claro que no es *cricket*. Es algo mucho más serio…

—¿Es que no te das cuenta —preguntó sir Herbert— de que si este hombre gana el asunto va a ser una amenaza para todos los Pares?

—¡Qué tontería! Muchas veces ha habido entre ellos hombres vulgares.

—No representaban una tradición. Droitwich lo es. Llevamos siglos enteros diciendo que la sangre habla y hablando de la sagrada herencia del nacimiento, y de repente viene un tipo con la sangre de sabe Dios cuántos condes en sus venas

comportándose como un saltimbanqui y llamando calabaza a la gente.

—Todo el sistema social de Inglaterra reposa sobre el principio de que un hombre con antepasados no *puede ser* vulgar —dijo lady Lydia.

Tony se negó a ceder una pulgada.

—No me importa. Sabe el Cielo que no le tengo ningún cariño particular a Syd, pero tiene derecho a que se le trate con nobleza.

Violet torció los labios. Sus ojos brillaron con esa fría decisión militante que había permitido a su padre meter triunfalmente sus Noventa y Siete Sopas entre los dientes de una sociedad recalcitrante.

—Entonces, cortando en seco la discusión —dijo—, ¿qué propones que hagamos exactamente?

—Propongo decirle a Syd la verdad.

—Que es…

—Que puede hacer lo que le dé la gana. Que un conde no tiene necesariamente que montar a caballo si no quiere… ni ir a los conciertos… ni ser un modelo y compendio de todas las virtudes.

—En una palabra —estalló sir Herbert—, destruir todas nuestras posibilidades.

—Me parece que estás rematadamente loco —dijo lady Lydia.

Tony sonrió, amargado.

—Lo habré heredado probablemente de mi bisabuelo —dijo—. ¿No habéis oído hablar de él? Price el Loco, lo llamaban. Tenía una tienda en St. James y gozaba de la clientela del Marlborough Club. Pero derrochó toda su fortuna detrás de un visionario proyecto de depilatorio, y la gente de Bond Street vino y se nos llevó la clientela. Así es como vinimos a parar a Knightsbridge.

—Hace un rato —dijo Violet—, me pediste que no me sintiese graciosa. ¿Podría pedirte lo mismo?

Tony asintió.

—Perfectamente. La comedia ha terminado. ¿Qué pasa ahora?

—¿Qué pasa ahora? —dijo Violet—. Pues bien, que quizá podrías consagrar un momento a considerar *mi* situación.

—Eso es —dijo sir Herbert—. ¿Qué va a ser de ella?

—En nombre de Violet —dijo lady Lydia—, no tienes derecho a desperdiciar la mejor probabilidad que tienes de vencer.

Tony permaneció un momento silencioso. Miró a Violet.

—Comprendo. Desde luego, supongo que no querrías casarte con un barbero.

—Supones muy bien.

—De manera que si le digo a Syd toda la verdad me das la patada.

—Estás tratando de echarme la culpa a mí, ¿verdad?

—Nada de esto. Yo…

—Bien, me tiene sin cuidado —dijo Violet—. Perfectamente. Dejémoslo así. Si eres tan superlativamente honrado que insistes en colocar a este hombre en una

situación para la cual sabes tan cierto como yo que no está preparado…

—No es este el punto.

—… y en la que no será feliz…

—Tampoco es éste.

Los ojos de Violet lanzaban chispas.

—Bien, pues mi punto —dijo— es que si haces esto hemos terminado. ¿Está claro?

—Completamente.

Sir Herbert estaba atónito. Como conde de Droitwich, Tony estaba confortablemente provisto de bienes materiales, pero en modo alguno hasta el punto, especialmente teniendo en cuenta las cargas inmobiliarias e impuestos, de poder mandar tranquilamente a paseo una fortuna, rompiendo sus relaciones con la heredera de las Noventa y Siete Sopas Waddington.

—Vamos, vamos, escucha… —suplicó—. Me parece que no hay necesidad de…

Se detuvo con la música todavía en su interior. Jamás se sabrá cuál era el poderoso argumento que estaba a punto de exponer, qué clase de aceite Tipo A intentaba arrojar sobre las agitadas aguas, cuando Polly Brown, después de haber acompañado a Ma Price hasta la esquina, había emprendido el regreso hacia la tienda y estaba ahora de pie al lado de la puerta, al alcance de aquel intenso y delicado asunto familiar.

Parecía embarazada por haberse metido en aquella escena de conjunto.

—Oh, perdonen… —murmuró.

—Entre —dijo Tony—. Ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir. ¿Todo ha ido bien con ella?

—¿Con quién? —preguntó sir Herbert.

—Con mi señora madre —explicó Tony—. Polly la ha acompañado hasta la capilla.

Violet miró a Polly.

—¿Polly? —dijo suavemente—. Me alegro de saber su nombre de pila.

—¿Qué diablos quiere hacer esta mujer en la capilla un sábado? —preguntó lady Lydia.

—¡Oh, nosotros, los Price, rezamos siempre! —dijo Tony.

Lady Lydia tuvo una gran idea.

—¡Herbert! —gritó.

Violet seguía interesada en Polly.

—Supongo —iba diciendo— que lord Droitwich y usted deben de haberse visto muy a menudo en estos últimos tiempos…

—Sí —contestó Polly.

—¡Qué bien! —exclamó Violet.

—Herbert —dijo lady Lydia, inspirada—, tengo una idea. *Ahora* es el momento de ir a ver a esta horrible mujer y hacerla entrar en razón.

Un destello de lo que pasaba por su mente pareció alcanzar la de sir Herbert.

—¡Pardiez… quieres decir…!

—Si la pescamos en el momento en que sale de la capilla podemos encontrarla en un estado débil…

—¡Pardiez, tienes razón!

Lady Lydia se volvió hacia Polly, respirando fuerte. Pese a la actitud absurda de Tony, podía obtenerse la victoria en la hora «H». Lady Lydia conocía a todas las Ma Price de este mundo. Es notorio que jamás son tan sensibles a la voz de la razón como en el momento de salir de una capilla. Pescadlas, entonces y las encontraréis tan maleables como la arcilla.

—¿Dónde está la capilla?

—Al final de la primera calle a la izquierda.

—¡Lydia! —exclamó sir Herbert con la misma emoción que si acabase de ver salir una zorra de un bosquecillo—. ¡Vamos!

No estaba menos animada su compañera. Parecía que también ella acabase de ver el astuto animal.

—¡Juntos, Herbert! —contestó, como si sus palabras fuesen el legendario «Hally Ho!».

—Es nuestra gran oportunidad —dijo sir Herbert, emocionado—. No debemos perderla.

Salieron de la peluquería como sabuesos tras una pista. Tony se volvió a Violet.

—¿No vas con ellos?

Su tono era indiferente. El de Violet también.

—Tengo algunas compras que hacer. Dejaré el coche aquí y volveré a buscarlo.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Pensarás en lo que te he dicho?

—Pensaré.

Violet contempló a Polly. Era una mirada desagradable.

—Desde luego —prosiguió—, cuando te lo dije no comprendía todos los atractivos de la peluquería Price.

—¿Las tradiciones?

—La compañía —dijo Violet—. Adiós.

CAPÍTULO XVII

La brusca salida de la heredera de las Noventa y Siete Sopas Waddington, siguiendo de tan de cerca la más súbita todavía de sir Herbert y lady Lydia, fue la causa de que Polly se sintiese un poco confusa. Estaba sentada en un sillón de peluquero y dirigió hacia Tony su mirada temerosa. Él, por lo menos, parecía aguantarse firme en aquel mundo vacilante, si bien no le hubiera sorprendido verle imitar lo que al parecer era la moda actual, de seguir aquella vertiginosa corriente hacia la puerta. Desde su regreso a la peluquería, la gente desaparecía por aquella puerta como conejos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Polly.

—Nada —dijo Tony—. Tonterías.

Su rostro estaba iluminado por una sonrisa de felicidad. Para Tony «todo estaba para lo mejor en el mejor de los mundos posibles». Por fin era libre, y expresó su satisfacción lanzando un profundo suspiro.

Polly no demostraba estar convencida con una respuesta evasiva como aquella. Tenía la sensación de haber sido cogida en medio de un ciclón. La causa de este ciclón escapaba a su entendimiento; pero cuando se encontraba en una atmósfera de nervios en tensión y exacerbados temperamentos, sabía reconocerlo.

—Parece estar enfadada con usted —dijo.

—Lo está.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Polly, como buena mujer, fue directamente al fondo del asunto. Desaprobaba estas evasivas masculinas. Era una muchacha a quien gustaba saber exactamente qué era qué.

—¿Es que ya no están ustedes prometidas? —preguntó.

—Ya no —dijo Tony.

Su voz delataba una profunda satisfacción. La luz de felicidad de sus ojos brillaba con mayor intensidad al contemplarla.

—Estas campanas nupciales no tañerán para nosotros —dijo Tony.

Miró a Polly con deleite. En sus relaciones con la muchacha hasta aquel momento, se había sentido siempre coaccionado y retenido por la idea de que hallándose todavía Violet Waddington en la posición del que tiene y piensa utilizar una opción sobre su modesta persona, no tenía derecho a permitirse expresar libremente sus sentimientos, sin lo cual un enamorado es una fuerza muerta desde el principio. Ahora todos los obstáculos que los separaban habían desaparecido y Polly, aun cuando ella no se daba cuenta, se hallaba en presencia del Varón Conquistador.

—Mi compromiso, gracias a Dios —dijo—, ha terminado.

El hecho merecía, por lo visto, más felicitaciones que compasión. Polly bajó la cabeza gravemente.

—Me parece que tiene usted suerte —dijo.

—Y a mí también.

—Todavía no he conocido nunca una muchacha de la alta sociedad que no tuviese un corazón de bacalao —dijo Polly con el tono de la persona que sabe lo que habla—. Desde luego es muy bonita.

—Sí, creo que si.

—¿Y de qué sirve eso?

—Exacto…

La femenina curiosidad de Polly se agudizó.

—¿Cómo llegó usted a prometerse con ella?

—Son cosas que ocurren…

—Eso supongo.

Un breve silencio reinó en el ambiente capilar de la casa Price. De Brompton Road llegaba el ruido del tráfico. Londres seguía con sus negocios y sus placeres, ignorante de que en Mott Street estaban a punto de ocurrir cosas sensacionales. Polly, se levantó y se miró en un espejo. Tony cogió un número del *Tatler* e hizo con él una distraída tentativa de matar una mosca que pasaba. La falló y el insecto prosiguió su camino con una sonrisa de desdén.

Tony dejó el *Tatler*.

—Oiga —dijo.

Polly se volvió.

—Oigo —contestó.

Tony dio un tirón a su corbata.

—Hablando de noviazgos…

—¿Qué?

—Meech me explicó el suyo esta tarde.

—¿Míster Meech?

—Sí.

Alguien golpeó la puerta. Al parecer, uno de esos chiquillos que tanta animación y alegría aportan con su presencia a Mott Street, había arrojado contra ella una bota vieja. Tony no prestó atención. Polly tampoco. Tony estaba de pie en medio de la habitación retorciéndose los dedos. Polly había cogido una botella de «Derma Vitalis» Price y estaba contemplando con aparente interés la etiqueta.

—Siempre creí que míster Meech estaba casado —dijo.

Tony movió la cabeza.

—Admito —dijo— que tiene la mirada melancólica y extenuada del hombre casado, pero de momento sólo está prometido.

—¡Oh!

—Sí. Sólo prometido.

Polly dejó la botella.

—Ha estado prometido dos veces —dijo Tony—. Lo cual demuestra que no hay

que perder nunca las esperanzas.

El chiquillo que había arrojado la bota, o quizá otro, empezó a chillar ahora ininteligiblemente a un segundo, o quizá a un tercero, en medio de la calle. Polly aguardó a que hubiese cesado el estrépito.

—¿Por qué le interesa a usted tanto míster Meech? —preguntó.

—Meech no, sólo sus métodos.

—¿Sus qué?

—Sus métodos. Su sistema. Su forma de declararse.

—¡Oh…!

—Yo no.

—Pues verá usted: estaban sentados en un cementerio y él le preguntó si le gustaría ver su nombre escrito sobre la lápida de su sepultura.

Polly reflexionó.

—No me parece muy bueno —fue su veredicto.

—Y, no obstante, por otra parte, no es malo —arguyó Tony—. Hizo su efecto.

—¿Dijo ella que le gustaría ver el nombre de Meech grabado sobre su tumba?

—Sí. No inmediatamente, desde luego, sino al cabo de una serie de años largos y felices.

—¿Y el segundo?

—¡Ah, éste fue diferente! ¿Comprende usted? Entonces se había inventado ya el cine.

—¿Qué tiene que ver el cine con eso?

—Mucho. Alteró totalmente el método del ataque.

Polly arrugó la frente.

—¿Se declaró en algún cine?

—Mejor que esto. Había observado sus reacciones ante las películas cuando el héroe besa a la heroína y le parecieron favorables, de manera que un día puso su fortuna a prueba, perder o ganar. La cogió entre su brazos…

—¿Y la besó?

—La besó con tan salvaje pasión que pareció querer reducir sus huesos a gelatina. Por lo menos así lo deduje. No me lo dijo tan claramente. Dijo sólo que la besó. Pero ya sabe usted cómo debería de besar Meech.

Esta vez Polly sintió una cierta admiración. Las mujeres admiran siempre a un hombre de empuje. Meech ganó en su estimación. No lo había sospechado nunca, pero, por lo visto, tenía en el fondo un auténtico fuego. ¿Qué importa, pensaba, que el bigote sea lacio, si su alma es capaz de encumbrarse?

—¡Arrea! —dijo.

—Muy justa observación —asintió Tony—. ¿Debo, por consiguiente, entender que de los dos métodos prefiere usted el segundo?

—Desde luego.

—¿Está usted segura?

—Completamente segura.

—Perfectamente —dijo Tony—. Estoy enterado.

Y sin más preámbulos se precipitó sobre ella dominante, a la manera de Meech, la agarró con el alegre abandono de un estibador manejando un saco de maíz, y la besó.

La besó furiosamente. Esto es lo que llevaba dos semanas esperando, y ahora que se había presentado la oportunidad, no se privaba de ella. La besó en la boca, en los ojos, en el cabello, en la barbilla y en la punta de la nariz.

—¡Oh, Polly! —dijo Tony.

Ella se liberó de sus brazos, sin aliento.

—¡Oh, Tony! —dijo Polly.

Las palabras eran sencillas, pero daban su significado sin ambigüedad. Y sí algo hubiese habido de obscuro en ellas, el brillo de sus ojos hubiera obrado de intérprete.

Las brochas de afeitar, las botellas de loción, las correas para afilar navajas y los anuncios de las paredes contemplaban la escena con una indiferencia que delataba reprobación. Nada de esta especie, parecían estar diciendo, había ocurrido en el Salón de Peluquería Higiénica de Price desde su fundación en los tiempos de la Regencia.

—¿Me quieres? —preguntó Tony.

—Desde luego…

Tony estaba más calmado. Se había sentado sobre el borde del lavabo y la contemplaba con infinita satisfacción.

—No lo digas de esta forma tan indiferente —dijo—, como si fuese la cosa más sencilla del mundo. Es terriblemente difícil quererme. Jamás ninguna muchacha me ha querido. Ahora bien, quererte a ti… ¡Bah! Esto es infantil…

—¿De veras?

—¡Claro! Cualquiera puede quererte. Yo necesité dos segundos. En el momento en que te vi salir corriendo de aquellos arbustos y ponerte delante de mi coche, me dije: «¡He aquí la mujer con la que me casaré!».

—¡No es verdad…!

—¡Palabra, en aquel mismo momento!

—Pero ¿qué pudiste ver en mi?

—Me gustó la forma graciosa como saltaste en el aire.

Polly se apoyó en él.

—Hubiera querido no desmayarme entonces —dijo con voz melosa y pausada.

—¿Por qué?

—¡Hubiera sido tan maravilloso sentir que me llevabas en tus brazos! Perdí la ocasión. Lo primero que recuerdo es verme acostada en el sofá.

—Pues vas a ver si te gusta ahora —dijo Tony.

La levantó en brazos y comenzó a recorrer la habitación. La levantaba y bajaba pensativamente.

—Tienes que comer cosas de más alimento —dijo.

—¿Por qué?

—No está bien para una muchacha pesar diez libras.

—Peso ciento cinco.

—¡No es verdad!

—Palabra.

—Entonces, es que debo de ser muy fuerte. Me parecías una pluma. ¿Soy realmente una especie de atleta o es que el amor me daba esta ilusión?

—Eres maravilloso… Pero ¡oh, Tony!

—¿Qué?

Se apartó de sus brazos. Su lindo rostro se puso grave. La opalescente neblina de felicidad comenzó a menguar en sus ojos. Durante un breve instante se había abandonado completamente a la magia del momento, pero ahora su sentido común innato había empezado a recuperar sus derechos. Era una muchacha con clara visión.

—Desde luego —dijo, con un ligero suspiro de pena por aquellos sueños que deben desvanecerse en el frío despertar de la realidad—, es imposible.

Tony la miró, ofendido. La observación lo hirió profundamente. Le parecía una observación estúpida, indigna de la reina del sexo débil.

—¿Qué es imposible? ¿Qué es lo que es imposible?

—No puedes casarte conmigo. Tendrás que casarte con una muchacha de tu clase.

—¿Qué quieres decir, de mi clase?

—Supongamos que el tribunal decide que el conde eres tú…

—¡Escucha! —dijo Tony con énfasis—. Escúchame bien, y que no tenga qué volver a repetírtelo. Si yo soy el conde, tú serás la condesa.

—No podría.

—Pues tendrás que poder. Es cuestión de costumbres. Femenino de conde: Condesa. ¿No te lo enseñaron en el colegio?

—Pero no comprendes…

—De lo que estoy seguro es de que no seré conde si te niegas a ser condesa. Esta es la primera decisión que estoy dispuesto a tomar.

Polly lo miró dulcemente.

—¿Me quieres realmente hasta este punto?

—¿Que si te…? —Tony se echó a reír—. Pero ¿es que no me has escuchado? —preguntó con indignación.

Polly volvió a soñar.

—¡Oh, Tony…! —dijo.

—¡Oh, Polly! —dijo Tony. Bajó del lavabo y volvió a estrecharla entre sus brazos con una efusión de la que incluso Meech hubiera podido aprender algo—. ¡Qué suerte más extraordinaria que nuestros padrinos y madrinas nos hayan bautizado con los nombres que nos pusieron! Tony y Polly… Es imposible encontrar dos nombres que vayan mejor juntos. ¡Qué bien suena al oído!… «Tony y Polly vendrán este fin de semana… ¡Cómo! ¿no conoce usted a Tony y Polly? Son una pareja deliciosa, Tony y Polly…».

—Tony y Polly —dijo Polly, suavemente.

—Es imposible separar dos nombres como éstos. Es como la sal y pimienta… o como Abelardo y Eloísa…

—O Romeo y Julieta…

—O el cerdo y las judías…

Se detuvo, con la vista fija. La puerta del establecimiento se había abierto y en su marco se dibujaba la maltrecha silueta del último descendiente de un noble linaje. El quinto conde de Droitwich regresaba de nuevo al nido adorado, como una paloma mensajera regresa a su palomar.

CAPÍTULO XVIII

«El primer principio de la firmeza del jinete a caballo —dice la *Enciclopedia Británica* en su admirable artículo sobre Equitación—, es que esté firmemente sentado. Un jinete sin firmeza en su asiento es susceptible de ser derribado a cualquier movimiento súbito del caballo». Syd no había escrito este artículo, pero si le hubiesen preguntado, hubiera dicho que estaba absolutamente conforme con esta tesis. En el momento de entrar se vio claramente que su recelo acerca del noble animal, el caballo, estaba bien fundado. Su sombrero estaba abollado, sus ropas llenas de barro, y avanzaba penosamente, como el hombre a quien cualquier movimiento causa dolores insufribles. Su resistencia a ir a montar a caballo al Row no había sido un mero capricho.

Tony lo miró con compasión.

—¡Hola! —dijo—. ¿Ha tenido usted algún accidente?

Syd lo miró tristemente.

Polly sintió por él una profunda compasión. Siempre había querido a su ex dueño y el espectáculo que ahora ofrecía despertaba en ella toda la piedad de su alma caritativa.

—¡Oh, míster Price! —gritó—. Deje que vaya a buscar un poco de árnica.

Syd la detuvo con un ademán. Estaba demasiado preocupado para darse cuenta de que ella le había dado un nombre que había abandonado definitivamente.

—No —dijo con una mueca—. No puedo permitir que ninguna persona del sexo débil me ponga árnica en el sitio que me duele.

En la actitud de Tony había sólo compasión. Hacía muchos años que él había pasado también por el género de experiencia que ahora acongojaba a su amigo; pero no hay ningún hombre que olvide totalmente las emociones de aprender a montar.

—Mi pobre Syd, ¿se ha caído usted?

Una mueca de profunda amargura contorsionó el rostro de Syd.

—Sí, me he caído —dijo—. Pero a caerme ya me voy acostumbrando. Lo que me ha hecho daño es que el caballo me haya coceado.

—¿Lo ha coceado a usted?

—Tres veces en el mismo sitio —dijo Syd, tristemente—. Jamás he visto un animal con mayor tino. Si me siento ahora dejaré una marca sangrienta.

Polly, con un nuevo arranque de femenina compasión, le dijo que sería mejor que abandonase el caballo. En esto demostraba su habitual buen sentido. Syd no era de la pasta de la que se hacen los *jockeys*.

—Ya lo abandonaré, no se preocupe. —Otro gesto de dolor apareció en el rostro del desgraciado. En un momento de distracción se había apoyado contra el sillón de la peluquería y se hallaba frente a frente con su alma—. No quiero volver a ver un caballo en mi vida, salvo hecho pedacitos y ensartado en un *brochette*.

Hubo una pausa. El propio Syd parecía no tener nada más que decir, y sus dos

compañeros se abstenían delicadamente de interrumpir sus penas con palabras. Syd se quitó el sombrero, y durante algunos instantes se contempló silenciosamente en el espejo. Tomó un cepillo y restableció a su cabello su habitual suavidad. Después, con una expresión de desaliento, se volvió hacia Tony.

—Escuche —dijo—. Quiero verle.

—Abra usted los ojos —dijo Tony, animándolo.

—Necesito hablar de negocios con usted.

—Venga…

De nuevo Syd se miró en el espejo. Su imagen pareció fortificar la resolución que había tomado, porque fue al grano sin ulterior preámbulo.

—¿Qué oferta fue la que me hizo usted por abandonar mis derechos? —preguntó —. Aquel día, en Langley End, cuando comenzó todo el asunto ese… Mil libras al año, ¿no era eso?

—Creo que eso era.

Syd se quedó un momento pensativo.

—Bien, no voy a decir que las acepto —prosiguió, a medida que su natural cautela volvía a él.

—Ya lo dijo usted entonces.

—Pero las acepto como punto de partida.

Tony parecía intrigado.

—No lo entiendo bien. ¿Qué quiere usted decir como «punto de partida»?

—Como base de negociación, ¿comprende?

Tony estaba ahora asombrado. Las palabras que había oído no parecían poder tener más que una interpretación y, no obstante, vacilaba en aplicársela. Pese a lo que sir Herbert y los demás habían dicho durante aquella conversación que terminó tan súbitamente, no podía llegar a creer que algunas desventuras en Rotten Row fuesen suficientes para que un hombre abandonase una reclamación que tenía ganada de antemano.

—¿A dónde va usted exactamente? —preguntó.

Syd parecía impacientarse por su lentitud en comprender.

—Quiero terminar esto —dijo brevemente.

—¿Renunciar a su derecho?

—Eso mismo… Vale la pena ahora.

Tony silbó ligeramente.

—Es una decisión súbita, ¿no?

—Ya hace semanas que lo pienso —dijo Syd, con el aire de un inválido que refiere sus primeros síntomas—. Lecciones de equitación…, conciertos…, conferencias… —Reflexionó tristemente y con voz suave invocó el nombre de la Divinidad—. Ya es bastante. De manera que si su proposición es en serio y nos ponemos de acuerdo sobre la cifra, abandono, y puede usted quedarse con su maldito título…

A Polly le pareció que en aquel momento parlamentario, no era aquel su sitio. Se estaban discutiendo altos asuntos de Estado y creía no tener derecho a oírlos.

—¿Me marcho? —preguntó.

—De ninguna manera —dijo Tony.

—No se largue usted por mí… —suplicó Syd.

—Pero si quieren ustedes hablar…

—Hablaremos —dijo Tony—. Por lo menos, yo, voy a hablar con este pobre hombre engañado, como si fuese su tío carnal. Syd, pobre idiota, escuche. Antes de contestar a la pregunta que me ha hecho quisiera que me contestase usted una mía.

—Diga —dijo Syd, de la forma sombría que parecía ya haberse apoderado definitivamente de él.

—Bien, entonces, dígame una cosa. ¿Cuál es exactamente la imagen que se ha forjado usted de un conde?

Esto pareció dar a Syd tiempo para reflexionar. Al parecer, no era muy fuerte en descripciones.

—¡Oh!… —Frunció el ceño al ver un anuncio del fijapelo Wibraham que pendía de la pared, como si tratase de buscar inspiración en él—. Pues no sé… Un tipo así, de la alta sociedad…

—¿Un hombre culto?

—Si quiere usted decirlo así.

—¿Aficionado a los conciertos y a las conferencias, y al propio tiempo excelente tirador, espléndido jinete, buen bailarín, brillante en la conversación y hombre ameno para las veladas de después de la cena?

De nuevo Syd contempló el anuncio del fijapelo como pidiéndole opinión y consejo.

—Sí —dijo—. Esto es más o menos lo que me ha dicho la gente.

—¡Y lo ha creído usted!

—Sí, ¿qué hay de malo en ello?

Tony se echó a reír.

—Si logra usted encontrar un solo conde que reúna estas condiciones, me como ese sombrero. Es un fieltro Homburg con cinta color castaño.

Syd lo estaba mirando. La venda no había caído todavía de sus ojos, pero estaba cayendo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nueve condes de cada diez —dijo Tony, confidencialmente, como alguien que está en el secreto—, serían incapaces de distinguir a Brahms de Irving Berlin, ni sienten el menor deseo de ello. El sesenta por ciento de ellos no han asistido a una conferencia en su vida. El ochenta y cinco por ciento son incapaces de pronunciar un brindis ni aunque los pagasen. Y, como final, hay lo menos dos o tres que no saben montar a caballo.

Syd emitía unos ruidos ahogados como un pez que acaba de enterarse de noticias

sorprendentes.

—Entonces, ¿por qué me han dicho que tenía que hacer y soportar todo esto? —dijo poniendo el dedo en el centro mismo de la llaga.

—A fin de que se encontrase usted tan molesto con todas estas cosas que hiciese usted lo que ha hecho ahora, aceptar un arreglo y abandonar.

Siguió una angustiosa pausa, durante la cual aquella indignante verdad iba penetrando en el alma del Pretendiente. Cuando de nuevo habló, fue con la voz del hombre cuya mente se arrana a las mayores profundidades a las que puede caer la humana naturaleza.

—¡Cooo! —dijo.

Tony asintió sobre su punto.

—Me sorprende que se dejase usted engañar de esta manera —dijo—. Hubiera creído que vería usted desde el primer momento cuál era su juego. Míreme usted a mí, ¿cree usted que he ido jamás a conferencias y conciertos? Montaba, sí. Pero entonces me gustaba montar. Es usted realmente un perfecto, imbécil, Syd, ¿no lo cree usted?

El Pretendiente le dirigió una mirada de suspicacia. Tenía el mismo aspecto que cuando Tony había tratado de convencerlo por primera vez durante su anterior encuentro. En aquella ocasión le había parecido que tramaba algo sucio y ahora tenía la misma, sensación. La vida no había acostumbrado a Syd Price a apreciar fácilmente el altruismo en aquellos que profesan el deseo de hacer el bien. Sospechaba siempre la trampa y, hacendoso, la buscaba en el acto.

—¿Y por qué me dice usted todo esto? —preguntó.

—La divisa de los Price es: «¡Juega limpio!».

Syd se estremeció con gusta indignación.

—¿De veras? —gritó—. ¡Pues no parece ser la de los Bassinger! ¡Se han burlado de mí! ¡Pretender que lo único que querían era ayudarme…!

Le fallaron las palabras y se refugió en su habitual «¡Cooo!». Ahora estaba convencido. Había en Tony una fuerza de persuasión y no sospechaba ya de su buena fe. Si los condes eran realmente lo que Tony le había dicho que eran, y tenía motivos para saberlo, la negrura del alma de sir Herbert y de lady Lydia era evidente.

Tony trató de defender a los ausentes.

—Pero no tiene usted que guardar rencor a los demás… —dijo.

—¿Eh…? —dijo.

—Me quieren mucho, ¿comprende usted?

Syd no empleó ninguno de sus especiosos razonamientos.

—¡Mis propios parientes haciendo esta cochinada! —murmuró apesadumbrado —. Siempre había imaginado que la sociedad era una cosa bastante sucia, pero no hubiera sospechado nunca tanta porquería.

—Pero es que ellos no se consideran parientes suyos. Sir Herbert, lady Lydia y Freddie creen que el verdadero conde soy yo.

Syd lanzó un resoplido.

—Eso creen, ¿eh?

—No puede usted censurarlos; de veras…

Un segundo resoplido de Syd pareció indicar que, por lo contrario, lo creía perfectamente posible. Paseaba furiosamente por la habitación. Sus ojos brillaron y sus orejas habían adquirido un color rojo vivo.

—Quizá creen que no puedo ser un buen conde.

—Temo que ésta es la idea que tienen.

Syd soltó un tercer resoplido y esta vez eclipsó en violencia y volumen a los anteriores, estableciendo un nuevo récord de los resoplidos despectivos. Fue también lo suficientemente imprudente para levantar su mano y dejarla caer con impresionante fuerza sobre su muslo, erro que fue el primero en lamentar. Un espantoso aullido escapó de su garganta y comenzó a friccionarse la parte contusionada.

Después se enderezó y adoptó una actitud bélica.

—Ya… —dijo—. Bien, ya les enseñaré yo. Ya verán todos ellos…

—De lo cual deduzco —dijo Tony—, que la oferta que me ha hecho usted está fría…

—Fría como el beso de una madrastra —dijo Syd, elevándose hasta unas inusitadas alturas de la imagen retórica. Reflexionó—. ¡Imagínese usted a mí dejándome llevar engañado de esta manera! ¡Yo que siempre creí tener algo en la cabeza!

Lanzó otro resoplido de venganza y durante un instante pareció que la acústica de las salas hubiese producido un eco. Pero después se vio claramente que no había sido un resoplido, sino dos.

El segundo procedía de Ma Price que acababa de entrar en la habitación.

CAPÍTULO XIX

Su visita a la capilla había indudablemente hecho poco o nada para restablecer la tranquilidad de Ma Price. Su actitud, al entrar en la sala, era la de la mujer que tiene muchas cosas en la cabeza, y cosas graves, además. El resoplido había sido un resoplido de agotamiento. Avanzó con el paso de la persona que soporta una pesada carga.

Syd la miró distraídamente. Muchas veces, durante la pasada quincena, había sentido la nostalgia de la presencia de aquella mujer, pero ahora que la tenía delante no podía concederle más que una superficial atención. El recuerdo de sus pesares lo ocupaba con exclusión de cualquier otra cosa.

—¡Hola, Ma…! —dijo, distraídamente.

Mistress Price parecía estar también bajo la impresión de otras fuertes emociones que le impedían dar a aquella reunión la importancia que tenía. Ella, como Syd, la había esperado con verdadero deseo, pero no daba muestra de la animación que hubiera sido de esperar. Si Syd hubiese estado en disposición de espíritu para observarla atentamente, hubiera descubierto en su actitud un curioso embarazo. Se había desplomado sobre una silla y evitaba sus miradas.

—Hola, Syd… —dijo.

—¿Estás bien, Ma?

—He tenido dolor de cabeza.

—Yo también he tenido dolor —dijo Syd—, pero en el otro extremo.

—Sir Herbert y lady Lydia han ido a su encuentro, mistress Price —dijo Polly.

Mistress Price asintió.

—Los he visto. Acabo de hablar con ellos.

Syd estalló con vehemencia.

—Los has visto, ¿eh? Pues también yo estoy buscando la ocasión de verlos. —Su voz se elevaba y Ma Price se llevó una mano a la frente en señal de protesta—. Tengo algo que decirles, algo que les hará erizar los cabellos. Ya les explicaré yo quién soy. Ya le enseñaré yo a sir *Herbert Bloom* Bassinger lo que hace al caso…

—No grites, querido —suplicó mistress Price, plañideramente—. Tengo tanto dolor de cabeza… Polly, hija mía, me muero por una taza de té…

—Voy arriba a prepararlo.

—En dos palabras —dijo Tony—, Polly va a poner la tetera a hervir. —Se acercó a la puerta de la «Sección para Señoras»—. Voy a ayudarla. Haremos las tostadas juntos… ¡Tony y Polly!

La cogió de la mano y salieron. Syd oyó a Tony cantar alegremente mientras, cruzando la «Sección para Señoras», tomaba las escaleras que llevaban a las habitaciones de la familia. No le gustaba. En aquel momento todo lo que fuesen cantos y regocijos le parecía fuera de lugar y una falta de tacto.

Y entonces su mente volvió a un asunto de mayor urgencia. Se sentía ultrajado.

—¿Para qué querían verte la ridícula Lydia y el maldito Herbert? —preguntó.

Así, escandalosamente, aludió a un honorable baronet y a la hija de cien condes. Si aquella siniestra pareja había querido hablar con Ma Price sólo podía haber sido con un objeto.

Ma Price comprendió sus sospechas.

—Han estado hablando conmigo, hijo mío. Me piden que no declare.

—Eso es, ¿eh? —dijo con voz hosca—. ¿Tratando de quitarme testigos la víspera del proceso? ¡Cooo! ¡Vaya tíos! ¡Las más ponzoñosas culebras que puedes encontrar bajo la hierba en todos los domingos del año! No me extrañaría que pudiese mandarlos a la sombra por esto…

—Sir Herbert parece muy apenado por todo esto, hijo mío.

—Más apenado parecerá cuando lo haya visto yo.

—No parece creer que tengas las condiciones para ocupar tan alta posición.

—¡Ya! ¿Y por qué no? —dijo Syd, atravesándola con su punzante mirada de juez de instrucción—. Mira —preguntó—. ¿Qué imagen te has formado de un conde?

Ma Price estaba aturdida.

—No lo sé… —dijo, desfalleciendo.

—Te imaginas que es un tipo estupendo que va a los conciertos y monta y no sé cuantas cosas más, ¿eh? Pues te equivocas. ¿Te enteras? El setenta por ciento de ellos no han ido a un concierto en su vida. Y el ochenta y cinco… no dos o tres, no saben montar a caballo.

—Pero tú sí, ¿verdad? —dijo Ma Price con cierta duda.

—¡Claro que sí! He estudiado la cuestión. Y todas las zarandajas esas que me han estado imponiendo para torturarme son agua de borrajas. Esa es la verdad. Lo sé por un técnico en la materia.

Ma Price se agarraba al estante de debajo de un espejo.

—¡Oh, Dios mío! —gimió—. Mi cabeza va a estallar. ¿Dónde está el pulverizador ese de agua de colonia que solías emplear?

—Te diré que puedo ser un conde tan bueno como cualquiera.

Ma Price suspendió su investigación para mirarlo compasivamente.

—Pero ¿serás feliz, hijo mío?

—¡Claro que seré feliz!

Ma Price suspiró.

—Antes lo eras. En esta misma peluquería. ¡Cuán remoto me parece ahora y hace sólo dos semanas…! No encuentro este pulverizador.

—Mira en el estante de arriba.

—¿Te acuerdas de aquellos tés que dábamos? ¡Te volvías loco por las salchichas y el puré! —Suspiró de nuevo—. Si vas a ser conde no podré prepararte nunca más las salchichas con puré.

Aquello conmovió visiblemente a Syd. Durante un instante flaqueó claramente. Después recobró la firmeza otra vez.

—En la vida —dijo nepoleónicamente—, no todo son salchichas y puré. Tengo que tener en cuenta mi destino.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!

—Es inútil llorar sobre la leche vertida. Lo que debe ser, será.

—¡Eras tan feliz antes, trabajando en esta tienda!

Se tambaleó desconsolada y Syd, que había visto abrirse la puerta de la calle, lanzó un «¡Oh!» de prevención. Violet Waddington regresaba de las compras y venía, fría y altiva, a interrogar a Tony respecto a su reciente decisión. Exteriormente fría e imperturbable, hervía interiormente con una indignación casi tan justificada como la de Syd.

—¡Oh! —dijo, mirando a uno y a otro—. Quería ver… bueno, míster Price, creo que tengo derecho a saber…

Syd encontró muy justificado el empleo del nombre. Tony era míster Price, y como míster Price se quedaría buenamente para siempre. Hizo un signo con el pulgar por encima del hombro.

—Price está arriba preparando el té con Polly Brown —dijo secamente.

Violet apretó los labios.

—¡Doméstico se siente! —dijo, produciendo un ruido que era mitad ronquido mitad risa—. En fin, sería cruel interrumpirlo en estos momentos, ¿no cree usted? Quizá tenga usted la bondad de decirle que he venido y le propongo que me escriba. Ya comprenderá.

—¡Ah, aquí está por fin! —dijo Ma Price, súbitamente. Había encontrado el pulverizador.

—Es referente a un asuntillo que discutíamos cuando me he marchado —explicó Violet—. Quiero saber qué ha decidido.

—Voy a decirle que está usted aquí.

—¡Oh, no se moleste!

—No es molestia. Y puede hacerle también una taza de té.

—Muchas gracias.

—El gusto es mío —dijo Syd, cortésmente—. «Ta, ta…». Perdone, hasta luego.

Se marchó. Y Ma Price, que estaba ocupada con su pulverizador, pensó que era indicado excusarse.

—Me perdonará que haga esto, señorita, ¿verdad? —dijo, cesando un momento de darle al fuelle—. Tenía dolor de cabeza.

—Me parece que esta tarde lo tiene todo el mundo —dijo Violet—. Espero que no haya interrumpido una conversación interesante.

—¡Oh, no, señorita! Estábamos solamente hablando. Syd se ha empeñado en ser conde y yo trataba de hacerle ver que no le conviene.

Violet se quedó mirándola. Estas, pensó, son aguas peligrosas.

—Pero eso es muy extraño, ¿no cree?

—¿Extraño, señorita?

—Considerando que es usted la principal testigo para probar que es el legítimo conde…

Una mirada de angustia apareció en los ojos de Ma Price. Se estremeció visiblemente.

—¡Oh, señorita! —gimió—. Me pregunto si hago bien…

—Si me lo pregunta usted le diré, ¡no! —dijo Violet—. Será un desgraciado.

—Esto es exactamente lo que he pensado, señorita. De manera que cuando sir Herbert vino a encontrarme a la salida de la capilla, hice lo que hice.

Violet no entendía una palabra.

—Me parece que no la entiendo bien. ¿Qué hizo usted?

Ma Price miró, temerosa, hacia la puerta.

—¡Oh, señorita! —se estremeció—, no he tenido valor para decírselo a Syd hace un momento, pero he firmado un papel que sir Herbert había escrito, desmintiendo rotundamente que hubiese nada de verdad en mi historia.

CAPÍTULO XX

Una súbita alegría aturde de una manera tan efectiva como un súbito desastre. Durante un número considerable de segundos, después de haber oído estas palabras, Violet Waddington permaneció silenciosa, incapaz de hablar. Luego tragó saliva y recuperó sus facultades.

—¡Cómo…!

—Sí, señorita —dijo Ma Price, mirándola esperanzada. Lo que necesitaba de momento era un poco de apoyo moral—. Espero que habré hecho bien…

Violet pareció encontrar de nuevo alguna obstrucción en su garganta.

—Me parece que ha hecho usted muy bien —dijo lentamente.

Se tragó las palabras que había tenido intención de añadir. Tony acababa de entrar.

—Tienes el té a punto, mamá. —Vio a Violet y se detuvo en seco—. ¡Hola, Vi!

—Vaya usted a tomar su té, mistress Price —dijo Violet—, estoy segura de que lo necesita usted.

Ma Price era de la misma opinión.

—Jamás ha dicho usted una verdad más cierta, querida —dijo—. Me bebería un jarro entero.

Tony la acompañó hasta la puerta y la cerró tras ella. Se acercó de nuevo a Violet, un poco inquieto. La mirada que Violet le había dirigido cuando él entró, lo había sorprendido. No era la mirada de la mujer ofendida e iracunda que había supuesto. Era una mirada clara, afectuosa.

Se le ocurrió una explicación de este fenómeno. Había regresado, a su juicio, con el ánimo de discutir con él y tratar de cambiar sus intenciones por medio de mimos y demás añagazas femeninas. No creía que fuese una muchacha de temperamento brillante en este terreno, pero se puso a la defensiva. No perdió tiempo. Atacó en el acto el punto esencial.

—Bueno, Vi…, se lo he dicho todo —dijo, tomando precauciones por lo que pudiese ocurrir.

—¿Toda la verdad?

Lo miraba con una extraña sonrisa.

—Toda la verdad —respondió Tony.

—Está muy bien —dijo Violet.

Su sonrisa se había convertido en una tierna bendición. Así podía sonreír una dama de los tiempos antiguos a su caballero, cuando éste había demostrado serlo de veras.

Se acercó un poco más a él y puso sus manos sobre sus brazos.

—¿Creías que hablaba en serio cuando te dije que rompía contigo si se lo decías? Lo hice sólo para ponerte a prueba, amor mío. Quería ver si eras un hombre capaz de cumplir con tu deber, cualesquiera que fuesen las consecuencias.

Tony la miró atontado. Sentía esa extraña sensación que se había apoderado de él algunas veces durante los sueños, la sensación de estar tomando parte en una escena y al mismo tiempo saber que no ocurría realmente. Oía las palabras, pero su razón se rebelaba contra ellas. Era increíble que pudiese ser Violet quien estaba hablando de aquella forma…

«Lo hice sólo para ponerte a prueba, amor mío…». No era una frase digna de ella. Era una frase que nadie usaría. Parecía el subtítulo de una vieja película muda.

Más aún, si realmente aquella era la forma de hablar de Violet, ¿dónde había ocultado hasta entonces esta nobleza y riqueza de lenguaje?

Lo besó rápidamente.

—Voy a marcharme —dijo—. Tengo mil cosas que hacer. Ven a verme por la noche, cuando cierres el establecimiento.

Dando media vuelta, salió de la tienda con vivacidad, dejando a Tony contemplándola con la boca abierta. No se había dado cuenta apenas de su beso. Su mente estaba demasiado ocupada tratando de comprender el gran misterio que sus palabras encerraban.

Y súbitamente, abrió la boca. Había comprendido lo que estas palabras significaban.

Detrás de él resonó una voz.

—Tony…

Dio media vuelta. Polly estaba de pie en el umbral de la puerta. Tenía una taza de té en la mano.

—Te he traído tu té, Tony —dijo con voz débil—. Se estaba enfriando.

Tony permaneció silencioso. Un ligero tinte grisáceo había aparecido en su rostro. Extendió la mano automáticamente.

—Gracias —dijo.

Seguía mirándola. El silencio se hacía interminable. Fuera del bar, al extremo de la calle, un piano ambulante había empezado a tocar. Los ómnibus circulaban por Brompton Road. Londres seguía ocupándose de sus asuntos.

Tony dejó la taza.

—No soy ningún canalla, Polly —dijo lentamente.

—Ya lo sé, Tony.

Se desplomó sobre una silla. Estaba extenuado.

—¿Has visto eso?

—Sí.

—¿Has oído lo que ha dicho?

—Sí.

La inmovilidad de Tony se convirtió de repente en una especie de frenesí. Golpeó con rabia el brazo de su sillón con el puño.

—¿Qué diablos voy a hacer ahora?

Polly no dijo nada. Estaba pálida y uno de sus dientecillos se había hundido en el

labio.

—Dijo que si le soltaba todo el cuento a Syd…, que si le decía que la familia se burlaba de él…, que trataba de hacerle abandonar la partida…, me mandaba a paseo. Creí que esto bastaba. Di por descontado que pensaba lo que decía. Y ahora dice que no. Que era sólo para ponerme a prueba… No puedo retroceder.

—No.

—¿Cómo puedo retroceder?

—No puedes.

—Pero, Polly…

—Mala suerte.

—¡Mala suerte! —Se echó a reír histéricamente y de repente se detuvo—. Perdona —dijo—, me estoy portando como un chiquillo. Pero no debes decir estas cosas. Es demasiado gracioso. No puede uno evitar reír. ¡Perderte a ti…, mala suerte! ¡Nada de eso! —gritó, con el rostro rojo y convulsionado—. ¡Antes me condeno! Me tiene sin cuidado ser un cerdo o que todo el mundo diga que soy un cerdo. Iré a explicárselo todo. Le diré lo que representas para mí. Le diré que tiene que devolverme la libertad. Le diré…

Polly movió la cabeza.

—No puedes…

—Pero, Polly…

—No. No serías tú…

Se echó hacia atrás en su silla. El piano ambulante seguía tocando una marcha muy viva y Tony llevaba inconscientemente el compás con el pie.

—No serías feliz —dijo Polly— si hicieras algo mal hecho. Jamás he creído que fuese una muchacha para casarse contigo si no tuvieses nada. «Tanto contra cuanto» debe de ser su divisa. Pero me equivocaba. Es buena. No puedes abandonarla, Tony.

—Pero, ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros el resto de nuestros días? Tú me quieres. Yo te quiero. Años y años…

—No puedes abandonarla; esto lo sé.

—Pero, Polly…

—He olvidado el pulverizador —dijo la voz de Ma Price detrás de ellos.

Ma Price entró en la peluquería y se dirigió hacia el estante. Como Polly pocos minutos antes, llevaba en la mano una taza de té, circunstancia que llevó a Syd, ofendido, a entrar detrás de ella.

—¡Eh! ¿Qué significa esto? —preguntó Syd.

Ma Price se volvió.

—Quiero mi pulverizador, hijo mío.

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¡Te has marchado llevándote mi té!

Esto era nuevo para Ma Price. Miró la taza, sorprendida.

—¿Yo?

Syd estaba nervioso.

—Dios haga —dijo con unción— que no pierdas la memoria el mes que viene cuando se vea mi causa… Sería dar el campanazo al asunto.

A Ma Price le pareció que había llegado el momento de la revelación. Hubiera preferido posponerlo, pero le hería el corazón ver a aquel muchacho vivir en lo que podríamos llamar el paraíso de los tontos.

Produjo un ruido extraño, como un balido.

—Syd… Tengo que decirte una cosa.

—Y tienes otra que decir ante el Comité de la Cámara de los Lores, acuérdate de eso.

Por la puerta de la calle, haciendo irrupción en aquel crítico momento, entró un grupo de tres personas. Lady Lydia, seguida por sir Herbert Bassinger y Violet. Los ojos de Syd relampaguearon.

—¡Hooo! —gritó—. ¡Los Trampistas Artificiosos…, macho y hembra! De derecha a izquierda; ¡Sir Herbert y lady Serpiente Bassinger!

Los barones quedan siempre cortos delante de este género de bromas. Si sir Herbert hubiese pertenecido al otro sexo, hubiera podido decirse que tascaba el freno. Abombó el pecho y se sonrojó un poco.

—¡Veamos, veamos…! —dijo—. ¡Veamos…!

—Ya está todo visto —dijo Syd, con cordialidad.

—Dejemos esto, por favor…

Syd se echó a reír de una forma repulsiva.

—Conque dejemos esto, ¿verdad? Cuando estoy enterado de todo su lindo tejemaneje, ¿eh? No me haga usted reír que se me va a partir el labio. ¿Se figuran ustedes que me van a birlar mi herencia legal? ¡Pues abandonen todas las esperanzas! ¡Ya me cuidaré yo de ello a pesar de todos ustedes!

—Nada de eso —dijo lady Lydia.

Syd se volvió para parar este nuevo ataque.

—¿Y por qué no?

—Porque —dijo sir Herbert— tengo aquí un papel firmado por mistress Price delante de los debidos testigos, en el cual niega rotundamente que haya el menor fundamento de verdad en toda esta historia.

Una bomba de alta fuerza explosiva que hubiese estallado en la tienda hubiera podido desconcertar a Syd un poco más, pero no mucho. Se quedó con la boca abierta. Miró a sir Herbert. Miró a lady Lydia. Después, volviéndose, miró a Ma Price y sus ojos al mirarla recordaron los de Julio César mirando a Brutus.

—¿Qué…?

Ma Price husmeaba el aire, inquieta.

—Esto es lo que quería decirte, hijo mío —dijo.

Tony avanzó un paso. Había asistido como mero espectador a la batalla que acababa de terminar con una tan señalada derrota del Pretendiente Droitwich, pero de una u otra forma, la cosa no tenía para él ninguna importancia. Sin la menor

curiosidad, tendió la mano y sir Herbert depositó en ella el papel con la ceremoniosidad del que deposita valores en una cámara acorazada.

—Sí —dijo sir Herbert—. Tómalo, Tony, y por lo que más quieras, guárdalo en sitio seguro.

Dio un paso de lado como si, temiendo un súbito y desesperado ataque, estuviese decidido a interponer una fuerte barrera entre Syd Price y su sobrino. Tony se acercó al sillón de peluquero, se sentó en el brazo y empezó a leer frunciendo el ceño.

Ma Price estaba hablando de nuevo.

—Estoy segura de haber obrado bien.

—Muy bien —dijo sir Herbert, cordialmente—. Muy bien. Perfectamente bien.

—Muchas gracias, sir Herbert. Eso es lo que dijo la señorita que estaba aquí.

Tony levantó la cabeza con un sobresalto.

—¿Qué señorita?

—Esta, querido… —dijo Ma Price, señalando a Violet, en cuyos ojos acababa de aparecer una expresión de súbito malestar—. Se lo he dicho un momento antes de que viniese usted y parecía muy contenta de lo que he hecho.

—Desde luego… —dijo sir Herbert.

—Naturalmente… —dijo lady Lydia.

Tony juntó las manos. El papel crujió bajó su presión.

—¿Se lo dijo usted un momento antes de que yo viniese? —preguntó—. Ya comprendo…

Permaneció un largo rato mirando fijamente a Violet. Después, echándose a reír, dio media vuelta.

Ahora comprendía. La nobleza y amplitud de miras que tanto lo habían maravillado quedaban explicadas.

Sir Herbert intervenía nuevamente.

—Quizá incluso usted —dijo dirigiéndose al abatido Syd—, sea capaz de comprender que todo su asunto cae ahora automáticamente por su base…

Un profundo suspiro escapó del pecho de Syd. Miró a Ma Price ferozmente.

—Hubiera debido suponer lo que pasaría si te dejaba ir a la capilla —dijo.

Sir Herbert pulsaba ahora otra nota más agradable. Había empezado a tratar de la cuestión financiera.

—Aun cuando usted reconoce que no tiene derecho alguno que invocar, estoy seguro de que lord Droitwich se mostrará generoso. Si, por ejemplo, desea usted trasladarse a Bond Street, no me cabe la menor duda de que…

Se detuvo bruscamente. El grito desgarrador que partió de los labios de su mujer hubiera interrumpido al más elocuente orador.

Entonces, al ver él también lo que ocurría, lanzó un agudo grito.

—¡Tony…!

Tony estaba sentado sobre el borde de un lavabo. En su mano izquierda tenía aquel trascendental documento, en la derecha una candela encendida. Y todos

pudieron ver el papel arder y retorcerse bajo su llama.

—¡Tony!

Esta vez era Violet quien hablaba y él la miró fijamente, esbozando una media sonrisa en su rostro. El papel revoloteó convertido en cenizas, y cayó al suelo. Tony se levantó y se limpió los dedos.

—Chamuscar requiere una mano segura —dijo Tony.

CAPÍTULO XXI

Los rayos del sol matutino penetrando a través de los ventanales vertían en el salón de Langley End su luz alegre. Centelleaban por la plata y los cristales. Se reflejaban sobre las sillas antiguas. Bañaban el retrato de Larga Espada con su baño de oro. Pero sobre el último de los descendientes de Larga Espada no podía, no obstante, posarse, porque Syd, poco aficionado personalmente al sol, se había instalado en un profundo sillón en las sombras del otro extremo de la sala y estaba absorbido leyendo en su periódico favorito los resultados de las carreras.

Pero si no había sol en la superficie de Syd, su corazón estaba henchido de él. Catorce días habían transcurrido desde aquella sensacional escena del Salón de Peluquería Higiénica de Price, y ni uno solo de ellos había dejado de felicitarse por el sensacional desenlace de aquella reunión de familia. La cosa le parecía ya a Syd en el bolsillo y tarareaba mientras iba leyendo, satisfecho de la vida.

El ruido de pasos que se acercaban tras de las ventanas le hizo detener sus agradables canturreos y levantar la vista, y por encima del periódico vio a Tony. Lo miró con sorpresa porque lo suponía a setenta millas de allá, en Londres. Pero era una sorpresa tolerable. No tenía nada contra Tony. Había tratado a sir Herbert y a lady Lydia como se merecían diciéndoles lo que pensaba de ellos; y obró también lealmente, durante una animada escena, con el Hon. Freddie Chalk-Marshall. No; contra Tony no experimentaba la menor hostilidad. Le era simpático y consideraba que había obrado muy noblemente. De manera que, al dirigirle la palabra, no lo hizo con la aspereza del dueño de la casa que ve un intruso introducirse por las ventanas del jardín.

—¡Oh! ¿Es usted, mi querido Price? —dijo.

Tony se llevó respetuosamente la mano a la frente.

—Buenos días, milord.

—¿Qué le trae a *usted* aquí?

—Sir Herbert me ha llamado para celebrar una conferencia —explicó Tony—; he venido con Polly en el dos plazas.

—¿Polly está bien?

—Tan bien como puede estar una muchacha que cuenta casarse conmigo dentro de una semana o cosa así.

Syd abrió los ojos.

—¿Van ustedes a casarse?

—Sí.

—Bien; otras cosas peores podría usted hacer…

—Pero no mejores…

—Polly es una buena chica —dijo pensativo—… Y hábil como manicura, además. Será para usted una gran ayuda en la tienda.

—Traza usted una bonita imagen de la Vida Casada del Peluquero —dijo Tony—.

La abnegada esposa arreglando la mano de un cliente en un rincón del establecimiento mientras el marido le arregla la otra. Me gusta. Es romántico. Desgraciadamente, no tendremos ocasión de esto en mi caso. Inmediatamente después de la ceremonia, nos iremos a cualquier sitio a hacer fortuna. Hemos pensado en Kenya. A plantar café, ¿comprende?

Syd abrió de nuevo la boca.

—¿Eh? Pero…, ¿y la tienda?

—Voy a venderla.

—¡Cómo! —La voz de Syd expresaba un incrédulo horror. Estaba visiblemente escandalizado hasta lo más profundo de su corazón—. ¡No lo dirá usted en serio!

—Sí, tengo una oferta de un tal Pupin.

—¡Dios mío! —La consternación de Syd aumentaba—. ¿No va usted a vender la Peluquería Price a un rapabarbas?

—Pupin es suizo.

El rostro macilento de Syd había enrojecido. Sus ojos lanzaban chispas de cólera.

—Me tiene sin cuidado que sea de las Fidji —gritó, con voz conmovida—. Pero la idea de vender Price a un desconocido…, a quien sea… ¿Dónde está su orgullo de familia? ¡Cómo! ¡Price lleva seis generaciones siendo Price! —Miró a Tony como un sumo sacerdote hubiera podido mirar a algún desgraciado culpable de sacrilegio. Su voz se hizo más aguda—. ¿Se da usted cuenta de que Rowland Hill, el hombre que inventó el sello de correos, solía ir a Price? Thackeray nos debe todavía dos peniques por haberle arreglado las patillas. ¡Pero si una vez afeitamos al doctor Crippen!

Tony se encogió de hombros.

—Desgraciadamente —observó—, vivimos en una época materialista y necesito dinero.

Syd, que se había levantado, se desplomó nuevamente en su sillón.

—Bien, bien —dijo, malhumorado—, después de todo, es asunto suyo, no mío.

—Exacto. Me perdona, ¿verdad? Tengo que ir a buscar a Polly. A lo mejor la ha mordido una ardilla. Puede usted decir que he llegado y que estaré en el jardín para cuando me necesiten.

—¿A quién se refiere usted?

—A sir Herbert y su banda.

—¡Oh! ¿La conferencia? —dijo Syd, riéndose levemente—. ¿De qué se figura usted que le va a servir una conferencia?

—De nada, supongo.

—Y tiene usted razón.

—No obstante, no puede usted censurar a sir Herbert que sea un hombre obstinado, ¿verdad?

—No me hable usted de este asqueroso reptil —dijo Syd, con ímpetu—. ¡Ha tratado de hacer que me partiese el pescuezo haciéndome montar a caballo!

—Fue sólo para divertirse —dijo Tony—. Bien, hasta pronto, sin duda.

Desapareció por el jardín soleado y Syd volvió a su lectura.

Pero la información hípica de las carreras había perdido todo su encanto y atractivo. Syd se echó atrás en su sillón y cerró los ojos, frunciendo el ceño. Por mucho que tratase de razonar, por mucho que tratase de decirse que la desaparición de la peluquería Price no tenía nada que ver con el condado de Droitwich, no podía, eludir una horrible sensación deprimente al pensar en aquel viejo establecimiento cayendo en manos ajenas. Todos sus primeros recuerdos se centralizaban alrededor de la peluquería. Aquel sitio era para él como un imán. Recordaba cuando jugaba por el suelo…, no debía de tener más de tres años entonces… Y aquel formidable escándalo que se había armado cuando, a la edad de seis años, rompió un frasco de «Derma Vitalis».

¡El primer cliente que afeitó! Lo que llamaron después «el día de la sangre»…

Y ahora un rubicundo suizo reinaría allí donde una dinastía de Prices habían administrado la Alta, la Media y la Baja Justicia. Syd, ferviente lector de ciertas revistas y cierto tipo de novelas, no había tropezado nunca con los poemas de Omar Khayyam; de lo contrario, hubiera quedado profundamente impresionado por aquel pasaje en que los persas meditan sobre la tragedia del león y el lagarto viviendo en los lugares donde Jamshyd reinó y bebió copiosamente. El paralelo era clarísimo.

¡La peluquería Price! En fin, desde luego, la peluquería no tenía nada que ver con él ahora. Y, no obstante…

Un profundo suspiro escapó de su pecho y abrió los ojos para ver… la corpulenta silueta de Slingsby contemplándolo melancólicamente. Se incorporó, contrariado. No había oído al mayordomo entrar en la habitación, y experimentaba esa normal repulsión del hombre cuando es observado sin darse cuenta.

—¿Qué te ocurre, vasallo? —dijo, sonrojándose un poco.

La actitud del mayordomo era despreciativa y glacial.

—He venido a ver si la habitación estaba vacía.

—Ya… —Syd volvió a leer su periódico. Le parecía que aquella era la forma como había que tratar a aquel hombre. Indiferencia. Aristocrático desdén. Siguió leyendo algunos instantes antes de decir nada. Entonces se le ocurrió una pregunta a la que deseaba una respuesta—. ¿Quién es el tipo viejo ese con una cara como un pejesapo que acaba de llegar?

La mirada de Slingsby se hizo, si era posible, más fría, y más parecida a la de una rana justamente irritada.

—Me es imposible reconocer la descripción —dijo secamente—, pero míster Wetherby, el abogado de la familia, hace poco que ha llegado.

—Para la conferencia, ¿eh? Supongo que debe de estar en la biblioteca bebiéndose *mi* jerez —se rió de una forma desagradable y abandonó el tema con ceremoniosa calma—. ¿Has puesto algo sobre «Ally Pally» esta tarde? —preguntó.

Slingsby había, en realidad, pasado más de una hora aquella mañana, después del desayuno, pesando las diferentes probabilidades de los caballos que corrían aquel día

en Alexandra Palace y, de haber sido otro su interlocutor, hubiera acogido con entusiasmo aquella oportunidad de discutir las probabilidades. Pero se negaba rotundamente a hablar de carreras con Syd. Permaneció fríamente silencioso.

Syd seguía leyendo su periódico.

—Será mejor poner algo sobre «Swis Cheese» para la de las tres treinta —aconsejó—. Es una ganga.

El mayordomo se agitó.

—No quiero gangas tuyas.

—Has dejado de apostar, ¿eh? —dijo Syd—. Bien hecho. A un hombre de mi posición no le gusta saber que tiene a sus órdenes un mayordomo jugador. Teme uno siempre por las cucharas.

Slingsby se atragantó. De la misma manera que toda la vida pasada cruza por la mente del hombre que se está ahogando, cruzaron ahora por la del mayordomo todas aquellas ocasiones de los tiempos pasados en que pudo darle un sopapo a aquel hombre y se había contenido. Ahora era ya demasiado tarde. Pensó en la amargura de lo que es «haber sido».

—Abstente de bromas de mal gusto, por favor —fue todo lo que supo contestar.

Syd le miró severamente.

—¡No me contestes, haz el favor! Y llámame *milord*. Ya hubiera tenido que decírtelo antes.

—Te llamaré *milord* cuando el Tribunal lo ordene, y no antes.

Syd se rió.

—No vas a tener que esperar mucho… con la declaración de Ma y este retrato… Y cuando el Tribunal me haya declarado legítimo lord Droitwich, ¿sabes qué es lo primero que ocurrirá?

—Sí —estalló el mayordomo, exaltado—. Me oirás despedirme de la casa, joven Syd.

—¡Toma…! —respondió Syd. Y, olvidando completamente la noble sangre que corría por sus venas le sacó la lengua. Slingsby, animado por los mismos sentimientos, se la sacó también. Y en esta denigrante actitud los encontró sir Herbert Bassinger al entrar en la habitación.

—¡Dios mío! —exclamó, deteniéndose, atónito, ante aquel espectáculo.

Las dos lenguas volvieron a su sitio. Slingsby, haciendo un visible esfuerzo, recuperó su dignidad oficial.

—Perdóneme, sir Herbert —dijo.

Sir Herbert concedió su perdón con un ampuloso ademán.

—No hay de qué —dijo—. No hay duda de que la provocación fue extrema. A menudo he tenido yo también ganas de hacer lo mismo. —Se volvió hacia Syd con tono autoritario—. Y ahora, muchacho…

Syd lo miró con repugnancia. De todo el personal de Longley End, comprendiendo incluso a Slingsby, era el que más le desagradaba.

—¿Qué hay? ¿Qué lleva usted de cabeza, serpiente?

Prudentemente quizá, sir Herbert decidió no haber oído la última palabra.

—Necesito esta habitación. Míster Wetherby, mi abogado, va a venir aquí.

—La buena Vieja conferencia, ¿eh? ¡Qué va…!

—Desde luego, si insiste usted en no marcharse, lo llevaremos a la biblioteca.

Syd se levantó.

—¡Oh, no se preocupe! Nosotros, los Droitwich, sabemos cuál es nuestro deber. Me marcharé. Pero están perdiendo el tiempo y el dinero, ¿saben ustedes? ¿De qué les va a servir a ustedes un abogado cuando el Tribunal nos vea a mí y a *ese* juntos? —dijo, señalando con el pulgar el retrato del Larga Espada—. Mire —dijo, adoptando una actitud semejante a la de un antepasado—, mire el retrato y esto. —Se golpeó el pecho—. Acuérdese de esto. Voy a citar en comparecencia a este retrato. Esté usted seguro de que se hallará en el Tribunal cuando llegue el momento. Bueno. ¡Abur…!

Salió y Slingsby lo vio partir con asco.

—Realmente, sir Herbert —dijo, destrozado—, casi desearía que ganase su causa a fin de no tener que seguir pensando que es sobrino mío.

Sir Herbert no le dio una palmadita en la espalda, porque esto son cosas que no se hacen, pero posó sobre él una mirada alentadora de simpatía.

—No se preocupe, Slingsby, no ganará su causa… si jugamos las cartas hábilmente. ¿Ha llegado mistress Price?

—Sí, sir Herbert. Robert la ha traído en el Rolls-Royce hace media hora. Está, en la despensa.

—¿Sabe este muchacho que está aquí?

—No, sir Herbert.

—Que no lo sepa —dijo el baronet con animación—. No tiene ni que sospechar que anda por los alrededores. ¿Ha venido ya lord Droitwich?

—Sí, sir Herbert. He visto a milord pasear por los jardines con miss Brown.

—¿Mis Brown? —dijo sir Herbert, arqueando las cejas—. ¿La manicura?

—Sí, sir Herbert.

—¿Y para qué la ha traído aquí?

—No podría decírselo, sir Herbert.

A sir Herbert Bassinger se le ocurrió una posible teoría.

—Fue la primera en oír la declaración de mistress Price. Quizá piensa que su testimonio… En fin, no importa. Vaya a buscarlo. Y cuando llame, haga entrar a mistress Price.

—Muy bien, sir Herbert.

El mayordomo se retiró. Sir Herbert, al quedarse solo, se acercó a la chimenea y contempló el retrato del caballero de la Larga Espada. Se frotó la barbilla pensativo y una parte de su animación abandonó su rostro. ¡Había un parecido, maldita sea!

Unas voces fuera le anunciaron la llegada de su esposa y del abogado de la

familia.

CAPÍTULO XXII

La descripción de Syd referente al representante legal de la firma Polk, Wetherby, Polk and Polk, calificándolo de «tipo viejo con cara de pejesapo» había sido, si no enteramente justificada, por lo menos muy aproximada a la realidad. El abogado era un hombre bien entrado en años y sus grandes ojos vidriosos, mirando a través de los quevedos, recordaban, en efecto, los de algunas clases de peces. Avanzó en la habitación con aquel paso peculiar de los abogados, mirando de un lado para otro como si esperase ver una cuadrilla de bandidos ocultos detrás de los sillones y bajo el piano.

—Venga aquí, venga, Wetherby —dijo sir Herbert, suspendiendo su contemplación de Larga Espada—. Estará usted mejor aquí que en la biblioteca. Da más el sol.

Míster Wetherby contempló la luz del sol de una manera suspicaz, como temiendo que le gastase bromas.

—Una habitación de lo más agradable… —asintió.

Lady Lydia se estremeció.

—Para mí, no —dijo—. Aquí fue donde ocurrió todo.

—¿Aquí?

—Bueno, siéntese, Wetherby —dijo sir Herbert—. He mandado a buscar a lord Droitwich.

—Sí, llamémosle así mientras podamos —dijo lady Lydia.

—¡Ah, aquí está! Mi querido Tony —dijo sir Herbert afectuosamente, precipitándose hacia la puerta a su encuentro—, es magnífico que hayas podido venir.

—¡Hola, tía Lydia…! Si es que te puedo llamar todavía así…

—Puedes —dijo lady Lydia con énfasis.

—¿Cómo está usted, míster Wetherby?… —dijo Tony—. Espero no haber llegado tarde. Estaba enseñando los jardines a Polly Brown.

Sir Herbert asintió.

—¡Ah, sí! Ha sido muy buena idea haber traído a miss Brown, Tony, pero estoy seguro de que Wetherby nos dirá que su testimonio no tiene en realidad valor legal alguno… Bien, podemos empezar, Wetherby. Estamos todos aquí.

—¿Dónde está Freddie? —preguntó Tony.

—Sigue en Londres. Está en casa de su amigo Tubby Bridgnorth. Le he telefoneado que viniese, pero me ha dicho no sé qué de negocios importantes. Bueno, Wetherby, no hay necesidad de grandes preámbulos. ¿Qué demonio podemos hacer?

Míster Wetherby juntó las yemas de los dedos.

—Déjeme que haga una recopilación de los hechos —dijo—. Esta mujer firmó un papel negando categóricamente que hubiese una palabra de verdad en todo el asunto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Estaba legalmente testificado?

—Sí.

—¿Y lord Droitwich lo quemó?

—Sí.

—Y si hay alguna especie de justicia en el mundo —dijo lady Lydia mirando durante a Tony—, esto sólo tendría que aceptarse como prueba legal de que es lord Droitwich. Su padre estaba tan chiflado como él.

Tony hizo una amable mueca. Míster Wetherby volvió los reflectores de sus quevedos hacia él.

—¿Podría preguntarle, lord Droitwich, por qué quemó usted este papel?

—Puede usted, míster Wetherby —dijo Tony—. Y le contestaré como un hombrecito. Si no lo hubiese quemado me hubiera tenido que casar con Violet Waddington. De esta forma me casaré con Polly Brown.

Si la célebre combustión del papel había caído como una bomba para sir Herbert y lady Lydia, la franca explicación de los motivos que lo habían motivado no tuvo efectos menos destructores.

—¡Tony!

—¡Estás loco!

Tony no había hecho aquella declaración con la menor esperanza de que fuese bien recibida. Había anticipado su actitud. Los nobles corazones pueden ser algo más que los de simples baronets, y la franca sinceridad más importante que la sangre normanda, pero no se daba cuenta de ello a los ojos de sir Herbert y lady Lydia. Por mucho que los quisiese, no era ciego a la realidad de que su concepto mental de las cosas carecía de una cierta elasticidad. Pertenecían al tipo aristocrático más anticuado y no habían adquirido, en cuanto a cuestión de cuna hacía referencia, aquella moderna y despreocupada mentalidad característica de nuestros días. Pero él estaba dispuesto a mostrarse firme.

—Es absurdo —dijo Tony tranquilamente—. Os gusta. Ya lo sabéis.

Lady Lydia no estaba dispuesta a admitir ninguno de sus razonamientos. Era cierto, y no lo hubiera negado, que le gustaba Polly. Pero es perfectamente posible estimar a una muchacha trabajadora con verdadero afecto, sin por esto estar dispuesta a aceptarla como esposa del cabeza de familia.

—Nuestros gustos y disgustos, no tienen nada que ver con el asunto —dijo—. Esto es imposible.

—Exacto —asintió sir Herbert.

Míster Wetherby no decía nada. Se limitaba a darse brillo a una uña con la punta de un pañuelo.

—¿Por qué? —preguntó Tony.

—¡Una manicura…!

—La pareja ideal para un barbero. Como Syd hacia observar hace un momento…

—Está fuera del caso… —comenzó sir Herbert cuando Tony lo interrumpió.

—Y ahora escuchadme, queridos —dijo Tony—. Contaba con una cierta expectación, pero no exageremos. Este matrimonio se realizará. Si he tenido la gran suerte de ganar el amor de una muchacha como Polly Brown, podéis apostaros el pellejo a que no voy a ser tan imbécil de despreciarlo.

—Pero supongamos que el Tribunal decide que tú eres lord Droitwich…

—En este caso —dijo Tony—, siguiendo las habituales reglas familiares, ella será lady Droitwich.

Sir Herbert miró a lady Lydia. Lady Lydia miró a sir Herbert. Ambos miraron a míster Wetherby, pero no sacaron ningún provecho de él, porque acababa precisamente de empezar a pulirse otra uña. Los abogados de familia dan siempre en estas ocasiones muestras de una admirable indiferencia. Físicamente, míster Wetherby estaba todavía presente; espiritualmente, su aspecto daba la impresión de hallarse a cien leguas de distancia.

—¿No te he dicho yo que está loco? —gritó lady Lydia.

Tony mantuvo su imperturbable actitud. Sentía compasión por los sufrimientos de aquellos dos desgraciados, pero estaba decidido a no ceder una pulgada.

—Vamos, vamos… —suplicó—, ya sabéis que no estáis tan desconsolados como esto. Es pura filfa, eso es. Deja ya de portarte como una tía y veamos otra vez la sonrisa aquella tuya… Sabes que te gustó Polly desde que la viste y sabes también que cuando la hayas tratado un poco más la querrás tanto como yo.

—No sé nada de todo esto.

—Entonces tienes que tratar de aprenderlo —dijo Tony disponiéndose a jugar triunfo—. Siento mucho poneros la pistola en el pecho —prosiguió—, pero si estáis dispuestos a mostraros los viejos aristócratas intransigentes de siempre, se acabó la partida. Si la familia no está dispuesta a aceptar a Polly, me largo tranquilamente y dejo el campo libre a Syd. ¿Qué preferís, Polly condesa o Syd conde? —Se calló para dar tiempo a digerir esta trascendental observación—. Os dejaré que reflexionéis —dijo, dirigiéndose hacia el ventanal—. Como Syd hizo observar en una ocasión memorable —añadió—, os doy diez minutos para que toméis una resolución trascendental.

Un opresor silencio siguió a su declaración. De nuevo sir Herbert y su esposa cambiaron una mirada. Cada uno de ellos halló en el otro una ausencia total de optimismo.

—Lo dice en serio —dijo sir Herbert.

—Sí —contestó lady Lydia.

—Y es obstinado cómo un demonio.

—Sí —contestó de nuevo lady Lydia—. Su padre era exactamente igual.

—¿El viejo Price? —gritó míster Wetherby sorprendido. No había pretendido meterse en la conversación hasta que lo interrogasen, pero esta última frase lo sacaba de su habitual reserva.

—No —dijo lady Lydia—. Mi hermano John. —Suspiró—. ¡Cómo me recuerda

todo esto los tiempos en que quería casarse con una *barmaid*!

Sir Herbert había conseguido serenarse.

—Bueno —dijo—, tenemos ya suficientes motivos de preocupación sin que andemos ahora en cuándo o con quién se casa Tony. El problema que se presenta ante nosotros es: ¿Cómo nos las arreglaremos para librarnos de Price?

Míster Wetherby volvía a ser de nuevo el hombre de edad, alerta y dispuesto. Este era el punto de su incumbencia, y se dirigió en el acto hacia él con ese senil vigor de que los abogados dan siempre muestra cuando sienten el aguijón profesional.

—A mi modo de ver —dijo con animación—, es obvio que debemos inducirla a firmar otro papel.

—Exacto —dijo sir Herbert—. Y usted es el hombre indicado, Wetherby. Sus argumentos tendrán más peso que los nuestros.

—A nosotros no quiere escucharnos —añadió lady Lydia—. Herbert apeló a sus mejores sentimientos cinco veces antes de salir de Londres, y no encontramos en ella ninguno.

—La dificultad —explicó sir Herbert—, por lo que he podido comprender, estriba en que es sumamente supersticiosa y considera el acto de haber quemado aquel papel como una especie de augurio. Como una especie de signo mandado por el Cielo para mostrar el verdadero camino a seguir.

—De manera —dijo lady Lydia—, que ahora queremos que vaya usted a convencerla de que el Cielo le ha hecho tomar una dirección equivocada.

—Estoy seguro de que puede usted conseguirlo, Wetherby. Es una vieja ignorante. Si se muestra usted misterioso…, siniestro…, en fin, ya sabe usted… *legal*…

Míster Wetherby asintió comprensivamente. Hubiera sido incapaz de expresarlo con palabras, pero tenía la sensación de que aquel era realmente su verdadero camino.

—Exacto, exacto, comprendo perfectamente sus intenciones. Quizá sería convergente incluso empezar a redactar ya el documento a fin de poderlo tener a mano en el momento oportuno.

Se levantó y se dirigía hacia el escritorio cuando se dio cuenta de que la concurrencia había aumentado. Una silueta inmaculada había aparecido a la puerta y era recibida con júbilo por todos los presentes.

—¡Freddie! —exclamó sir Herbert—. Creí que habías dicho que no vendrías.

El Hon. Freddie asintió.

—He cambiado de parecer —dijo brevemente—. ¡Hola, tía Lydia…!

—Buenos días, Freddie. ¿Conoces a míster Wetherby?

—¡Ya lo creo! Buenos días, míster Wetherby. ¡Está usted espléndido! ¿Cómo están hoy día los entuertos y denuestros? —preguntó.

El abogado le dirigió una sonrisa inexpresiva y se sentó en el escritorio. La inspiración había descendido indudablemente sobre él porque en el acto se oyó su pluma arañar el papel.

Lady Lydia reanudó la conversación con su sobrino.

—¿Qué te ha decidido a venir finalmente?

—El acontecimiento más asombroso e inesperado. ¿Dónde está Tony?

Lady Lydia hizo un ademán indicando el jardín.

—Por allí. Con —añadió en tono un poco indiferente— su *fiancée*.

—¿Eh? —dijo Freddie, sorprendido—. ¡Pero si creía que Violet le había devuelto el sombrero y mandado otra vez al almacén!

—Sí, pero es otra. Miss Polly Brown.

Freddie dio rienda suelta a su entusiasmo.

—Pero ¿es que Tony ha sido capaz de conquistar a esa deliciosa criatura? ¡Buen trabajo! ¡Excelente, magnífico trabajo!

—¡Y lo feliz que debe de ser él! —dijo Freddie—. Y tengo una pequeña noticia que darle que lo pondrá más contento todavía. Lo verás salir cantando por toda la casa.

Sir Herbert, durante esta conversación, se había consagrado a la tarea de pulsar el botón del timbre. Retrocedió, interesado.

—¿Qué noticia? —preguntó.

Su sobrino le dirigió una mirada pétrea.

—Déjalo —dijo—. Es sólo para Tony. Perdona que te lo diga, tío Herbert, pero tienes una excesiva tendencia a meterte en todas partes…

Irguiendo un dedo amenazador, se dirigió hacia una de las amplias puertas de cristales.

Lady Lydia lo vio salir y se encogió de hombros.

—¡Qué familia más excéntrica! —murmuró.

La puerta se abrió y apareció Slingsby.

—¿Ha llamado usted, sir Herbert? mistress Price… —dijo el baronet.

—La he traído conmigo cuando he oído el timbre, sir Herbert.

—¿Está ahí?

—Sobre la alfombrilla, sir Herbert.

—Que entre. Y no se mueva usted. Necesitaremos un testigo.

Míster Wetherby se había levantado con un papel en la mano.

—¿Terminado? —preguntó sir Herbert.

El abogado le tendió el documento.

—Breve, pero preciso, me parece.

—Excelente —dijo sir Herbert, después de haberlo leído.

La puerta se abrió de nuevo. Slingsby, que había salido un instante, volvió a entrar precedido de la negra y sedosa silueta de Ma Price.

CAPÍTULO XXIII

Ma Price estaba completamente serena y muy atemorizada. Desconfiaba claramente del desarrollo de los acontecimientos. Era una mujer que, como los antiguos griegos o romanos, estaba acostumbrada a amoldar su vida a la interpretación de los oráculos y presagios que veía; y cuando Tony quemó aquel papel la tarde nefanda en el salón de peluquería, consideró aquella acción, como había explicado sir Herbert a míster Wetherby, como una viva luz mandada del Cielo para hacerle ver que había obrado mal firmando el documento y que debía en lo sucesivo andarse con cuidado.

En esta fe se había mantenido firme contra todos los argumentos y súplicas durante dos semanas enteras; y entonces, cuando había llegado el convencimiento de que seguía la verdadera senda de la verdad, he aquí que aparecía otro augurio en forma de gato negro que cruzaba su camino a medio Mott Street en el momento en que se dirigía al bar de «El Gusano y el Parro». Y ya no sabía qué hacer.

En materia de gatos negros, la opinión pública está diametralmente dividida. Una secuela de pensadores los interpreta como mensajeros de la buena suerte; otra, como signo de ineludible calamidad. Y hay un tercer grupo que los considera una mera advertencia. A esta secuela pertenecía Ma Price. No sabía exactamente contra qué la advertían, pero sabía haber recibido el aviso.

Su actitud, por consiguiente, al entrar en el salón, era una mezcla de melancolía y cautela. Parecía un Daniel femenino entrando recelosamente en la cueva de los leones.

—Venga, venga, mistress Price —dijo sir Herbert.

—Sí, sir Herbert —respondió Daniel, mirándolo nerviosamente.

—Siéntese —dijo lady Lydia, con una mirada de asco y una entonación que demostraba claramente que hubiera preferido ofrecerle un vaso de cicuta.

—Gracias, lady Lydia.

—Este caballero —dijo sir Herbert—, es míster Wetherby, el abogado de la familia.

Ma Price, que se había sentado cautelosamente en el borde de la silla, se levantó a medias, agitándose nerviosamente. Su sensación de peligro inminente aumentó. Voraz, lectora del *Family Herald*, y publicaciones similares, sabía cuanto hacía referencia a los abogados de la familia. Nunca se sacaba de ellos nada bueno. Destruían testamentos, raptaban herederos y se sabía incluso que habían asesinado algún baronet. Sospechó de míster Wetherby desde el principio; y, agitándose en su silla, miró lastimosamente a lady Lydia.

—¿Podría tomar un dedo de oporto, milady?

—No.

—Muy bien, muy bien —dijo Ma Price, husmeando desconsoladamente.

—No la hemos invitado a ninguna fiesta, mistress Price —dijo sir Herbert—. Es

más bien una especie de conferencia. Tendrá usted su oporto después.

—Muchas gracias, sir Herbert.

—De momento, míster Wetherby, quisiera hacerle a usted algunas preguntas.

—Sí, sir Herbert —dijo Ma Price, desde el fondo de su congoja.

—Usted, Wetherby…

Al oír estas palabras, míster Wetherby, que había estado limpiando los cristales de sus quevedos, volvió a ponérselos y soltó una tosecita corta, seca, aguda y estridente. Su nota siniestra produjo en la testigo un temblor gelatinoso en todo su cuerpo. No fue necesario que los ojos de míster Wetherby, mirando a través de los cristales, la informasen de que aquello era la nota de clarín que preludia el ataque. Si míster Wetherby hubiese lanzado un grito estridente de cacería, no hubiera indicado con mayor claridad que los acontecimientos iban a comenzar.

—Mistress Price… —comenzó el abogado.

—Señor…

—Parece usted vagamente recelosa.

—¿«Celosa», eh?

—Míster Wetherby —interpretó sir Herbert— quiere decir que parece usted nerviosa.

—No nerviosa, exactamente, sir Herbert. Pero con todo esto de mandarme un chófer de uniforme a buscarme con un Rolls-Royce, la cabeza me da vueltas.

—Comprendo. Bien, cálmese usted, mistress Price. No tiene usted nada que temer, con tal de que… ¿eh, Wetherby?

—Exacto —asintió el abogado—. Con tal de que nos diga la verdad.

—Toda la verdad —dijo lady Lydia.

—Y sólo la verdad.

—Y que Dios me ampare —murmuró Ma Price, automáticamente, levantando una mano temblorosa.

Sir Herbert dirigió una mirada al abogado.

—Y… eh… si firmase un documento a ese electo… —dijo.

—Exacto —dijo míster Wetherby.

—Exacto —repitió sir Herbert.

—Exacto —dijo míster Wetherby de nuevo, sacando el objeto en cuestión.

Una pausa siguió a este cambio de impresiones. Los dos hombres y lady Lydia se miraron significativamente… En cuanto a Ma Price, se había acurrucado en su silla como una tortuga bajo su concha. Todos estos «Exactos» silbando alrededor de su cabeza la habían reducido al estado de un protoplasma humano.

Su sangre fría no mejoró al oír una nueva tosecita gutural de míster Wetherby.

—Y ahora, mistress Price…

—Señor…

El abogado miró por encima de sus quevedos.

—Ha llegado a mi conocimiento —dijo en voz fría y amenazadora—, que es

usted autora de una sorprendente historia que pretende provocar cierta duda sobre los derechos del actual conde de Droitwich a su título y a sus propiedades.

De las treinta y tres palabras de esta peroración, Ma Price entendió quizá siete. No obstante, «Sí, señor», le pareció ser la respuesta adecuada, y así la dio.

—¿Afirma usted que, habiéndole sido confiado lord Droitwich durante su infancia para ser cuidado, lo substituyó por su propio hijo, y que el verdadero lord Droitwich es el hombre que ha sido conocido por Syd Price?

—Sí, señor.

—Dígame usted, mistress Price, ¿está usted sujeta a alucinaciones?

Mistress Price se quedó en ayunas.

—¿Cómo dice? —preguntó, confusa.

—¿Puedo decir que tiene usted una vivida imaginación?

—No lo sé, señor.

—Creo que sí, mistress Price —dijo el leguleyo, asemejándose cada vez más a una boa constrictor humano hipnotizando a su presa—, y puedo asegurarle, mistress Price, puedo asegurarle… que esta historia, es, desde el principio hasta el fin, una ficción de su intelecto.

—¿Qué es un intelecto? —preguntó cautelosamente Ma Price.

Míster Wetherby soltó otra tosecita, complementándola esta vez con un siniestro tamborileo con el estuche de sus lentes sobre el escritorio.

—Quisiera hacerle algunas preguntas, mistress Price —dijo—. ¿Es usted muy aficionada a la lectura?

—Sí, señor.

—¿Era usted muy aficionada… digamos, hace dieciséis años?

—Sí, señor.

—¿Qué tipo de literatura?

—Me gusta el *Family Herald*.

—¡Ah…! ¿Iba usted frecuentemente al teatro en aquellos tiempos?

—Si daban un buen melodrama, sí.

—¡Exacto! Ahora, escúcheme bien, mistress Price. ¿Me permite usted que le recuerde que esto del cambio de un niño por otro de una familia más distinguida ha sido la base de cien novelitas del *Family Herald*, y es una situación tan elemental del melodrama que el difunto W. S. Gilbert la satirizó en su poema «La Venganza del Niño»?

—¿A dónde va usted a parar?

—Ya le diré a usted a lo que voy a parar. A insinuarle a usted que toda esta historia no es más que un cuento chino producto de un exceso de lectura del *Family Herald*, un exceso de melodrama y un exceso, ¿me permite usted que se lo diga?, de tragos de *gin*.

—¡Precisamente! —dijo sir Herbert.

—¡Exactamente! —corroboró lady Lydia.

Daban la sensación de contenerse difícilmente para no lanzar gritos de júbilo.

Ma Price había necesitado algún tiempo para asimilar el insulto y todas sus consecuencias, pero ahora lo había comprendido y se levantó con aire militante, las manos en las caderas.

—¡Eh, oiga! —comenzó.

—Siéntese —dijo míster Wetherby.

—Sí, señor —dijo Ma Price, sumisa.

—Vamos ahora —prosiguió míster Wetherby— a otro punto. Hace dos semanas firmó usted un documento desmintiendo que hubiese el menor fondo de verdad en este asunto.

—Sí, señor; se quemó.

—Lo sé. Y así he preparado otro documento similar. ¿Me hace el favor de venir hacia aquí, mistress Price? —dijo, indicando el escritorio—. Aquí tiene la pluma —prosiguió—. Firme aquí, me hace el favor…

—Slingsby —dijo sir Herbert.

El mayordomo avanzó un paso.

—Sea usted testigo de la firma de mistress Price.

—Muy bien, sir Herbert.

—¿Comprende usted, mistress Price? —dijo míster Wetherby—. Es esencial para su tranquilidad que firme usted este documento que he preparado. Si se negase usted a hacerlo se encontraría usted en una situación muy desagradable cuando compareciese como testigo ante el Tribunal. Los abogados le preguntarían indudablemente por qué, si estuvo usted dispuesta a jurar determinada verdad en un momento dado, se negaba usted ahora a repetir su juramento. El perjurio es un delito muy grave, mistress Price.

—¿Perjurio?

—Perjurio he dicho.

Ma Price estaba convencida. Ahora comprendía el significado de aquel gato negro. Había sido mandado para avisarla del grave peligro en que se hallaba. A no ser por él, hubiera podido seguir obstinadamente su camino, sólo para encontrarse al final con el desastre. Tomó la pluma con la emoción del que acaba de escapar a un grave peligro y míster Wetherby, saboreando en aquel momento su triunfo, se quitó los lentes y comenzó a limpiarlos de nuevo.

Ma Price se levantó y se acercó al escritorio. Estaba al lado del ventanal, y a través de él, al avanzar, sus ojos se fijaban en los bellos céspedes y arbustos. Y súbitamente, como atraídos por alguna siniestra visión, brillaron intensamente. Había cogido la pluma de repente, dando un grito, la arrojó lejos de sí.

—¡Cooo!

Sir Herbert dio un salto.

—¿Qué demonios ocurre ahora? —preguntó.

Ma Price se volvió y lo miró resueltamente. Lo que acababa de ver le decía

claramente que había hecho un diagnostico erróneo sobre el gato negro. Había sido mandado para prevenirla; sí, pero para prevenirla contra la firma del documento. De lo contrario ¿Por qué, en el preciso momento en que sus dedos agarraban el mango de la pluma, había aparecido ante ella aquel nuevo portento, sino para prevenirla?

—¡No voy a firmar!

—¿Cómo?

—¡No!

—¿Por qué no? —gritó lady Lydia.

Ma Price señaló dramáticamente hacia la ventana.

—¡Acabo de ver una urraca! —dijo.

CAPÍTULO XXIV

Cuando en un salón de razonables dimensiones, un abogado de la familia exclama: «¡Absurdo!»; un baronet: «¡Dios confunda a esta mujer!»; su esposa: «¡Está loca!» y la viuda de un barbero de Knightsbridge: «¡Les digo que he visto una urraca!», todos simultáneamente, tiene forzosamente que producirse una confusión digna de la Torre de Babel, destrozando el oído de cualquiera que entrase en aquel momento.

Así ocurrió con Syd. Había entrado en el preciso instante en que el barullo alcanzaba su apogeo, y tuvo la misma sensación que experimentó algunas veces en las tempestuosas reuniones del Fulham Debating Society cuando las pasiones alcanzaban su grado máximo y media docena de honorables miembros dirimían sus cuestiones a la vez. Miró confuso a su alrededor. Consideraba que se había portado caballerosamente al permitir a aquellos conspiradores conspirar en su casa, y lo menos que podían hacer ellos a cambio, era conspirar silenciosamente.

—¡Eh! —gritó con una voz potente como una bocina de niebla.

El tumulto cesó. Miró fríamente a la reunión.

—¡Válgame Dios! —dijo con amargura—. ¿A esto llaman ustedes una conferencia? Parece más bien la jaula de los loros del zoo…

La intrusión de este elemento ajeno y subversivo en aquel preciso instante afectó profundamente a sir Herbert.

—¡Salga usted de aquí! —estalló con voz de trueno.

Syd le dirigió tranquilamente una mirada.

—No tan alto, víbora —dijo secamente.

Y entonces, por primera vez, su vista se fijó en Ma Price, y permaneció inmóvil, atónito.

—¡Ma! ¿Tú aquí?

Ma Price estaba emocionada.

—¡Oh, Syd —gritó—, la he visto en el preciso instante!

—¿Has visto qué?

—La urraca. Me la han enviado. Un segundo más y hubiera firmado el papel.

—¿El papel? —Un súbito destello cegador brilló delante de Syd—. ¡Válgame Jesucristo! —exclamó, atónito—. ¡Más trampas! —Se volvió hacia sir Herbert, saturado de justa indignación—. De todas las víboras humanas pegajosas, escurridizas y falsas de este mundo, se lleva usted la palma. En cuanto aparto un solo segundo la mirada de usted ya vuelve a sus viejos trucos. Es para volver loco a cualquiera. —Volvióse rápidamente y señaló a míster Wetherby con un dedo acusador —. ¡Oiga, usted, el de la cara…! ¿Pretende usted ser abogado y anda en todos estos trapisondees? Tengo muchas ganas de denunciarlo al lord Chancellor o a quien sea y que le den su merecido.

Lady Lydia apeló a sus aliados masculinos. La situación le parecía estar fuera del

alcance de una frágil mujer.

—¿Es que no hay manera de echar de aquí a este hombre? —gimió.

—No, no la hay —dijo Syd—. Por lo menos antes de que haya hecho lo que venía a hacer.

Se volvió hacia la puerta, como debió volverse Wellington hacia sus tropas en Waterloo cuando les dio órdenes de formar la línea de avance.

—Traiga la escalera —dijo.

Y Charles, el ayuda de cámara, entró, arrastrando con dificultad una pequeña escalera de mano, mientras sir Herbert lo contemplaba, completamente atónito.

—¿Qué diablos se le ha antojado a usted ahora? —preguntó sir Herbert.

Syd señaló el retrato de Larga Espada que pendía del muro.

—Cito a comparecer a Su Señoría —dijo—. ¡Cuernos! ¡Este retrato no está seguro aquí! La primera cosa que harán ustedes si no me lo llevo será pintarle otra cara.

Cogió el otro extremo de la escalera y avanzó resueltamente hacia la chimenea. Charles, el ayuda de cámara, que hubiera sido el primero en admitir que no entendía una palabra de todo lo que pasaba, pero que se divertía como nunca en su vida, lo siguió, dócil aliado. Charles tenía edad de divertirse con las peleas familiares, y está tenía todo el aspecto de terminar en carnicería; y si terminaba en carnicería a Charles le parecía de maravilla.

Para Slingsby, por el contrario, mayordomo ya maduro, todo aquello le había parecido desde su iniciación monstruoso y lamentable. Jamás durante sus once años de mayordomo, nadie llevó una escalera de mano al salón. Su sangre hervía, y sólo un innato respeto por la familia le impidió tomar parte activa en la escena. Usualmente, no hablaba nunca antes de que le hablasen a él, pero en circunstancias como aquella se reconocía el derecho de arrojar todas las reglas sociales por la borda.

—¿Es su deseo, sir Herbert —preguntó, jadeante de emoción— que se quite de aquí este retrato?

—¡De ninguna manera! —gritó lady Lydia.

—¡Claro que no! —aulló sir Herbert—. ¡Llévese inmediatamente esta escalera fuera de aquí!

Míster Wetherby no dijo nada. Pero miraba a Syd de una forma legal y siniestra, como si quisiera informarlo de que la jurisprudencia del caso Rex Winterbortham, Gooch and Simms, Merryweater, comprendía la actual situación y que haría bien en ser prudente.

Syd no estaba intimidado ni por la voz ni por la mirada. Conocía sus derechos y entendía aferrarse a ellos.

—Voy a mostrar este cuadro al Tribunal. Puede serme útil y tengo intención de ganar mi causa.

Ma Price, como Charles, no entendía bien lo que pasaba, pero creyó que una palabra a tiempo no podía hacer ningún mal.

—¡Oh, Syd —dijo—, no seas tan brusco!

—Chitón, Ma. ¡Eh, deme usted eso! —exclamó con súbita furia. Porque Slingsby, fuerza activa por fin, le había dado un empujón haciéndole perder su presa sobre la escalera. Hizo un esfuerzo por recuperarla, y Slingsby y Charles, éste en el apogeo de su júbilo ya, la levantaron por encima de su cabeza.

Lanzó un grito desgarrador.

—¡Me han hecho pasar por debajo de una escalera! ¡Y en el momento en que va a verse mi caso!

El desastre parecía privarlo de sus últimos vestigios de dominio de sí mismo. Nadie puede vivir toda su vida con Ma Price. Sin sentir desarrollarse en él una tendencia a su superstición, y el infortunado incidente lo había conmovido hasta lo más profundo de su alma. Tenía la impresión de que no solamente el mundo visible, sino el invisible, estaban contra él. Desesperado, se agarró con fuerza a los faldones del chaqué de Slingsby, y con este ademán puede decirse que la Batalla de la Escalera había comenzado.

Fue esencialmente una escena de acción durante la cual hubiera sido absurdo esperar un animado diálogo entre los que tomaban parte en ella. Míster Wetherby chascaba la lengua y afirmaba que todo aquello era ilegal. Ma Price exclamó: «¡Syd, querido!». Y Slingsby gritaba: ¡Suéltame, asqueroso rufián! Pero aparte esto, prevalecía un angustioso silencio, roto sólo por la fuerte respiración de los combatientes y el accidental grito de los heridos.

Por encima de la brega, Larga Espada los contemplaba y parecía aprobar. Muchas fueron las veces en que Larga Espada se vio mezclado en esta clase de contiendas. Si algo hubiese podido decir, hubiera sido acaso para lamentar la carencia de hachas de guerra.

Aparte esto, no tenía nada que decir. El asunto parecía desarrollarse de la manera más satisfactoria, porque ahora sir Herbert Basinger se encontraba también arrebatado por el remolino de la batalla.

Al principio de la lucha, sir Herbert se había conservado neutral, contentándose con hacer uso del ademán y la palabra. Pero ahora una rápida vuelta de Slingsby hizo que la escalera girase en dirección a él. Syd soltó su presa de los faldones del mayordomo para hacerla sobre la escalera. Esta avanzó amenazadora hacia el chaleco del baronet y él la apartó. Slingsby y Charles la levantaron rápidamente y después empujaron hacia abajo. Esto colocó a sir Herbert de nuevo en situación peligrosa. Para evitar recibirla en la espinilla pegó un salto como un cordero joven en primavera y al volver a aterrizar se encontró con la pierna cogida entre dos travesaños. En aquella situación le quedaban pocas esperanzas.

—¡Alto! —gritaba sir Herbert—. ¿No ven ustedes que están tirando de mí? ¡Paren, paren! ¡Estoy cogido!

El mayordomo oyó la voz de la autoridad y no era sordo a sus súplicas. Con un poderoso esfuerzo empujó la escalera hacia abajo. Esta giró rápidamente y Syd,

hallándose en su camino, cayó como el trigo delante de la hoz.

—¡Déjeme salir! —exclamó sir Herbert.

La escalera cayó. Sir Herbert se desplomó sobre un sillón agarrándose el pie.

—¡Rayos y centellas! —gritaba sir Herbert, en sus sufrimientos—. ¡Y mi pie gotoso, además! ¡Es culpa suya, suya, insolente granuja! —añadió dirigiéndose a Syd.

Los reproches verbales no podían ya ofender a Syd. Esta base había pasado a la historia. Se agarraba el estómago con las manos, retorciéndose convulsivamente.

—¡Como me haya quitado alguna entraña de su sitio arrojaré el peso de la ley sobre todos ustedes! —declaró.

Sir Herbert se volvió hacia Slingsby. La pesadumbre se reflejaba en su rostro.

—Slingsby, ¿me hace el favor de echar este hombre de aquí lo antes posible?

Una sonrisa de beatitud apareció en el rostro cariacontecido del mayordomo.

—Perdón, *¿podría* oírlo otra vez, sir Herbert?

—Que se ocupe de hacer un paquete con él y enseñarle las verjas del parque —dijo lady Lydia.

—Bien, milady. Gracias, milady.

Relamiéndose, el mayordomo contempló su pie derecho durante un momento; después, frotándose enérgicamente las manos, retrocedió hacia la puerta de cristales.

Syd retrocedió hacia la puerta de cristales.

—¡Vamos a ver! —exclamó—. Nada de violencias…

Ma Price se interpuso en el sendero de la venganza.

—¡Theodore! ¡No te atrevas a tocarlo!

—¡Apártate de mi camino, Bella!

—¡Ya te he prevenido! —dijo Syd, nerviosamente, continuando su retirada. Y entonces, en vista de que el avance del mayordomo iba haciéndose demasiado amenazador para ser soportado, pegó un súbito salto hacia la puerta de cristales; y al hacerlo tropezó violentamente con Tony, quien, seguido de Freddie y de Polly, se dirigían en aquel momento hacia el salón.

Tony agarró limpiamente a Syd y volvió a meterlo en el salón.

—La temporada de fútbol ha empezado temprano este año, ¿verdad? —dijo, intrigado. Miró a Slingsby, que respiraba afanosamente y de un momento a otro parecía tener que lanzar a las llamas a Syd, que se había refugiado detrás del sofá y tenía en sus manos un pesado jarrón en actitud mitad defensiva mitad retadora—. Pero ¿qué significa todo esto? —dijo.

Sir Herbert contestó la pregunta.

—Que lord Droitwich nos está probando su noble cuna peleándose con el mayordomo…

Syd creyó deber excusarse.

—Quizá hice mal en dejar que se me subiese el humo a las narices, pero lo vi todo rojo.

—Usted lo cree así.

—Supongo que no seré el primer Droitwich que comete un error.

—No —dijo sir Herbert—. Si es usted un Droitwich, su padre cometió uno muy grande.

Syd se sintió ofendido. Se dirigió a Ma Price.

—¿Has oído esto? —Se volvió hacia sir Herbert—. Ante esta grave provocación —dijo con dignidad—, he hecho cuanto ha estado en mi mano por mantenerme en términos de amistad con usted y con tía Lydia, pero parece que es inútil.

—Pero ¿de qué se trata? —preguntó Tony.

Sir Herbert se rió. Los recientes acontecimientos lo habían dejado inquieto. El dolor de su pie comenzaba a disminuir, pero sus sentimientos estaban todavía ultrajados.

—Trataba de llevarse el Pourbous.

—¡No es verdad! —exclamó Syd, con fuego—. Lo único que quería era el cuadro ese de aquí.

—Pourbous era el nombre del artista que pintó este retrato de Larga Espada —dijo lady Lydia con glacial menosprecio.

—¡Ah…! —Syd pareció entenderlo—. Bueno, llámenlo como quieran.

Tony parecía intrigado.

—¿Y para qué quería usted al viejo Larga Espada? —preguntó.

—Para que no me gasten algún truco con él. No quiero que le cambien la cara antes de comparecer tanto el Tribunal. Ma —dijo, haciendo un ademán con su mano—, fíjate un poco en el viejo ese y dime a quién te recuerda.

—Pues…

—¿Se parece a mí o no? —preguntó Syd, impaciente.

Ma Price contempló el cuadro.

—Con toda certeza, se parece a ti, hijo mío.

—No tiene del todo mi expresión, mi determinación, quiero decir. Quizá la tenía y el viejo no sé cuantos, el pintor, no la puso. De todos modos, mis abogados creen que el retrato ese me va a servir de mucho y no quiero que ninguna serpiente lo ande manoseando.

Tony se echó a reír.

—¿Es esto todo lo que le preocupa? No tiene usted por qué inquietarse. Me ocuparé de que el viejo Larga Espada comparezca ante el Tribunal para declarar en la lucha, con el mismo rostro que tiene ahora.

—Bien —dijo Syd, impresionado—. Puede usted ser el hijo de un barbero, pero, ¡cuerno!, lucha usted como un caballero… Supongo que sabe usted que este retrato le hace a usted perder la causa, ¿verdad? Es decir, si Ma mantiene su declaración tal como va a hacerlo.

—Es muy probable.

Syd parecía un poco intrigado.

—¿Es que no quiere usted ganar su causa? —preguntó.

—Pues, francamente —dijo Tony—, después de la noticia que me ha dado Freddie vacilo un poco. ¿Comprende usted? Si gano, seré lord Droitwich…

—No ganará usted.

—Y si no… seré sólo Price, el multimillonario.

—¿Qué diablos estás diciendo? —preguntó sir Herbert, intrigado.

—Díselo, Freddie.

El Honorable Freddie avanzó un paso con su gracia habitual.

CAPÍTULO XXV

La actitud del honorable Freddie Chalk-Marshall, cuando trataba con sus semejantes, daba siempre la sensación, de que se consideraba el único adulto sensato en medio de una reunión de niños atontados. Y esta sensación adquirió en aquel momento mayor intensidad. Con mirada paternal contempló el grupo. Parecía querer decirles que si tan sólo la gente dejase las cosas en sus manos, no habría complicaciones ni problemas.

Se aclaró la voz, se estiró los puños y tomó la palabra.

—No sé —dijo, mirando a la concurrencia como para cerciorarse de si valoraba o no con exactitud su inteligencia— si alguno de ustedes ha leído alguna vez poesías.

Sir Herbert, que estaba muy lejos de haber recuperado la calma, produjo un ruido parecido al de la aguja del gramófono rascando el disco, y propuso, con una aspereza que no trató de ocultar, que el orador fuese directamente al grano. Fue una interrupción que hubiera podido desconcertar a un orador menos experimentado, pero Freddie se limitó a dirigir una mirada glacial en dirección a su tío.

—Voy al grano, voy… Mi pregunta respecto a la poesía, como verán ustedes antes de que hayan envejecido o engordado mucho, va directamente al meollo de la cuestión. Iba, pues, a decir que, si han leído ustedes poesías, han podido tropezar con una cosa de no sé quién que dice más o menos: «Más de una gema de puros rayos serenos, poseen las sombrías e insondadas cavernas del océano. Más de una flor ha nacido para lucir ignorada sus colores y perder su dulzura en…

—¡Ay, Dios mio!

—… en el aire del desierto» —añadió Freddie, severamente.

Fue sir Herbert, intranquilo todavía, quien había hecho la interrupción. Lady Lydia, esposa leal, acudió en su defensa.

—Tienes razón, Herbert. Freddie, querido —dijo lady Lydia, plañidera—, ¿hay realmente necesidad de todo esto? No podemos estar aquí oyéndote recitar versos…

—Tía Lydia —dijo Freddie, con mayor suavidad que cuando se dirigía a su tío, ya que no quería mostrarse duro con una mujer—, ¿sería mucho pedirte que cerrases el pico durante medio minuto? Me es imposible continuar si los de mi propia sangre tienen que interrumpirme a cada momento. Súmete en el silencio, ¿quieres?

—Bueno, bueno, perfectamente…

Freddie prosiguió.

—Y ahora, ¿por qué, os preguntaréis, se encontraban estas gemas y estas flores en la posición descrita? ¿Por qué no alcanzaron nunca la celebridad? ¿Qué les impedía sacudir su anonimato y hacerse un nombre digno de ellas? Eran gemas preciosas, flores magníficas. Y, no obstante, permanecían ignoradas de todos. ¿Por qué? Yo os lo diré. Porque no tenían a su lado un tipo astuto e inteligente, dotado del genio del vendedor, que las valorice. El solo mérito no es nada sin el vendedor. No sirve de nada poseer una gema tipo A.1 si no se sabe explotarla. Y lo mismo ocurre con las

flores. Y lo mismo puede aplicarse al crecepelo.

De nuevo sir Herbert pareció estar a punto de hablar, pero vio la mirada de su sobrino y guardó silencio.

—Hace muchos años —prosiguió Freddie—, un tipo inventó una loción capilar extraordinariamente buena. ¿Qué contenía? No puedo decirlo. Un poco de esto, sin duda, un poco de aquello… La llamó el «Derma Vitalis» Price.

Syd había permanecido con la barbilla apoyada en sus manos y la vista fija en el caballero de la Larga Espada, como si temiese que al apartarla de allí pudiesen hacerle alguna trampa. Al oír estas palabras, por primera vez se sintió interesado.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Qué tiene que ver con esto el «Derma Vitalis» Price?

—A menos que Freddie tenga intención de recitarnos algunos poemas más —dijo Tony, dándoles ánimos—, pronto lo sabrás. Es una historia emocionante. Si alguno de ustedes tiene el corazón débil, que se agarre donde pueda. Freddie, recitanos el «Gunga Din» y «La Carga de la Caballería Ligera». Después ve derecho al asunto.

Freddie no quiso apartarse de su objeto.

—El «Derma Vitalis» Price fue siempre el «ganador», pero no había nadie allí para darle el empujón de salida. El viejo Price lo embotelló, por lo visto, de una manera trivial e indiferente y vendía un frasco o dos de vez en cuando a sus clientes, pero durante años enteros no existió lo que podríamos llamar verdadera actividad. Y entonces llegué yo. Vi que en aquel género, debidamente explotado, había una fortuna. Decidí ocuparme de ello. Allí estaba, floreciendo ignorado en las sombrías e insondadas cavernas de Mott Street, Knightsbridge, y me ocupé de ello.

Detuvo a su concurrencia con una mirada ardiente.

—Me ocupé de ello —repitió—. Mi primer acto fue mandar media docena de frascos al futuro padre político de Tubby Bridgnorth, de nacionalidad norteamericana, después de haberme cerciorado por fuente autorizada, de que era calvo como una bola de billar. Le dirigí la peroración profesional siguiente: «Pruébelo, se lo ruego. Es todo lo que le pido. No puede hacerle daño ninguno probarlo, ¿no cree usted?». El futuro padre político de Tubby es un pájaro razonable. No me extraña que haya amasado millones. Tiene la mentalidad amplia que vence y triunfa. Comprendió mi punto de vista. Probó el «Derma Vitalis». Y ahora, escasamente dos semanas después, ha comenzado a aparecer en su cúpula oval algo que tiene una vaga semejanza con un felpudo joven.

Una exclamación febril escapó del pecho de Syd. Estaba profundamente conmovido.

—Si eso es verdad —dijo Syd, emocionado—, el nombre de Price pasará a la Historia.

—Y ahora —terminó Freddie—, va a constituirse una sociedad con vistas a explotar el producto internacionalmente y me han mandado a conferenciar con Tony a fin de que diga su cifra. El viejo Beamish me ha dicho que puedes decirla tan

elevada como quieras, Tony, porque las acciones tienen que ser colocadas en el mercado americano, y por un procedimiento que no he pretendido entender, serán los primos los que pagarán. Creo que es lo que ocurre siempre en cuestiones financieras.

Syd se había levantado. Tenía la expresión del hombre que ve visiones.

—¡Cooo! ¡Voy a pedir cien mil…, que me aspen si no las pido!

Una risa sarcástica partió como una bala de la boca de Freddie alcanzando a Syd en medio del cuerpo en el momento en que caminaba febrilmente por la habitación. Dio la vuelta, beligerante y suspicaz. Las risas sarcásticas siempre lo habían afectado de una forma desagradable.

—¿De qué se ríe usted? —preguntó.

—De la idea de imaginármelo hablando de negocios con el viejo Beamish. Pero no sea asno, hombre, ¿qué tiene usted que ver con este asunto?

—¿Eh?

—El género es de Tony —explicó Freddie.

En cuanto el significado de estas palabras penetró en Syd, quedó con la boca abierta y un intenso rubor cubrió su rostro.

—¡Eh…! Se figura usted poder robarme mis derechos de nacimiento, ¿eh?

—No son sus derechos de nacimiento.

—Exacto —asintió sir Herbert—. No puede usted tener las dos cosas, muchacho. Si es usted lord Droitwich no puede usted tener relación alguna con el Price ese, no sé cuántos…

Hubo un silencio angustioso. Syd parecía reflexionar. Después, con una violencia que arrancó un «¡Oh!» a los labios de Ma Price, la agarró por la muñeca y la arrastró hacia el escritorio como un remolcador tirado de un monstruo de los océanos. Cogió la pluma y se la puso en las manos.

—¡El papel, Ma…! ¡Fírmalo! ¡Pronto!

—Pero, Syd…

—¡Eso es, Syd! —gritó el Pretendiente—. ¡Syd soy y Syd seguiré siendo! Syd Price, único propietario del «Derma Vitalis» Price, eso soy yo. —Miró hacia el grupo de familia—. ¿Se figuran ustedes que voy a contentarme con ser un mero conde, ahora que ha ocurrido esto? ¡No es fácil! —Cogió el papel y se lo metió en el bolsillo —. Me guardaré esto, no sea que alguien le gaste otra vez alguna broma. Y si alguno de ustedes viene a llamarme otra vez lord Droitwich, les enseñaré este papel debidamente firmado por Ma Price como prueba de que todo es pura fantasía. —Se dirigió a la puerta de cristales—. Vámonos, Ma.

El remolino de los acontecimientos había reducido a Ma Price a un estado que suele describirse diciendo que no sabía si estaba de pie o de cabeza. Su mente era una olla revuelta de gatos negros, urracas, abogados asmáticos y documentos.

—¿He hecho bien? —preguntó Ma Price, débil.

Empujó a Ma Price por la puerta y se volvió para lanzar el último dardo.

—Si alguno de ustedes desea comunicar conmigo, llámenme al Ritz.

Freddie cruzó una mirada con él.

—No olvide —dijo suavemente—, que tengo un diez por ciento de comisión…

El entusiasmo de Syd palideció un poco. Miró a Freddie, pensativo:

—¡Cooo! —dijo con saña—. Me gustaría poder afeitarlo alguna otra vez, un día…

Dio la vuelta y se marchó. Tony tendió su mano en busca de la de Polly.

—Bien, ya lo ves —dijo.

Los años parecían haber huido de sir Herbert Bassinger. Al desvanecerse las sombras habían quitado de su alma una pesada carga.

—Tony —dijo, con la voz preñada de emoción—, te felicito.

Tony estaba radiante.

—Ya puedes… ¡Oh! —dijo—, ¿te refieres a lo de tener el título? Creí que te referías a mi casamiento con Polly.

Indiscutiblemente, hubo un momento de malestar. Una parte del peso de sir Herbert que había desaparecido pareció apoderarse de nuevo de él.

—Er… he… —comenzó.

Lady Lydia fue quien tomó el asunto en sus manos. Era una mujer capaz de afrontar lo inevitable. Se acercó a Polly y la besó. Y si detrás de su beso había un suspiro de compasión por la ignota damisela hija de antigua y acaudalada familia que no llegaría ahora ya nunca a ser lady Droitwich, nadie se dio cuenta de ello.

—Hija mía —dijo—, estoy seguro de que Tony merece muchas felicitaciones.

Se volvió hacia Slingsby.

—Prepáreme un cóctel, Slingsby. Lo necesito.

—¡No! —exclamó Freddie, con firmeza—. En una ocasión como esta sólo hay un hombre capaz de preparar cócteles. —Se golpeó el pecho—. Y este hombre es F. Chalk-Marshall, el hombre que llevó las buenas nuevas desde Aix hasta Gante.

—En fin —dijo lady Lydia, acompañándolo hasta la puerta—, si me envenena moriré feliz.

Slingsby se apartó para dejarlos pasar y después salió tras ellos. Su rostro de luna parecía brillar con íntimo deleite.

—¿Un cóctel? —dijo sir Herbert, con animación—. No es mala idea. Wetherby…

—Exacto —dijo míster Wetherby.

Tony besó a su Polly.

—Y así, finalmente —dijo—, la paz y la felicidad cayó sobre Anthony, quinto conde de Droitwich…

Polly se había apartado de él y lo estaba mirando, acongojada.

—¡Tony, no puedo!

—¿No puedes, qué?

—Casarme contigo…

Tony sonrió confiadamente.

—Espera hasta que te lleve a St. George, Hannover Square —dijo—, y verás lo

aprisa que te casas conmigo.

—Pero esta casa… ¡es tan grande!

—Ya te acostumbrarás.

—Pero yo no puedo ser condesa…

—No tengas un concepto tan superior de las condesas —dijo Tony—. No son superiores a ti.

—¡Pero si tengo miedo…!

—Mira, escucha —dijo Tony—. Cuando me aceptaste, yo era barbero. Con trabajo y habilidad me he abierto camino hasta llegar a conde. No puedes abandonarme ahora. Sería un golpe cruel para todas las ambiciones. Piensa en la gente joven que tratan de triunfar en la vida; la decepción que sería para ellos… ¿De qué sirve sudar y afanarse para triunfar, se dirían, si la mujer que uno ama lo abandona a la hora del triunfo?

—Pero, Tony… ¿no comprendes?… ¿No lo ves?… no estoy hecha…

—Vamos, vamos… —dijo Tony, brevemente.

Puso punto final a sus objeciones cogiéndola en brazos y llevándosela hacia la puerta. Allí se detuve para besarla.

—¡Tony y Polly! —dijo—. ¡La célebre pareja!

La besó nuevamente y entraron donde un musical repiqueteo les anunció que Freddie Chalk-Marshall estaba cumpliendo con su cometido.

F I N

NOTAS

[1] Juego de palabras intraducible. En inglés: «The Bar of the House Lords», es el Tribunal de la Cámara de lores. De aquí la confusión de Syd entre «Bar» (tribun. 1) y bar. — N. del T. <<

[2] *Master of Foxhounds*. Dignidad dentro la organización de caza del zorro. — N. del T. <<